

ENRIQUE CABEZAS RHER

# Los días que están dentro del espejo

Colección Artes y Humanidades



Universidad  
del Valle

Programa  Editorial

ENRIQUE CABEZAS RHER

# Los días que están dentro del espejo



Colección Artes y Humanidades

*Los días que están dentro del espejo* es la etopeya de un traidor múltiple y magnífico, en tanto que -por un lado- es infiel con su pasado y su presente (y quizá con su futuro), con las personas e instituciones que confiaron en él, con sus propios sueños y convicciones, mientras que -por otro- no sólo jamás es perturbado por la culpa o el arrepentimiento, sino que se conforta con la fuerza, el arrojo y la decisión que emplea para cometer sus felonías. Pero, en una paradoja, intenta redimirse a sí mismo mediante el amor que (como se lo merece en justo castigo) solamente puede experimentar recio, estafalario y alienante.



Universidad  
del Valle

Programa ditorial

ENRIQUE CABEZAS RHER

# Los días que están dentro del espejo



Colección Artes y Humanidades

## **Universidad del Valle**

### **Programa Editorial**

Título: Los días que están dentro del espejo

Autor: Enrique Cabezas Rher

ISBN: 978-958-670-459-5

ISBN-PDF: 978-958-5164-65-9

DOI: 10.25100/peu.539

Colección: Artes y Humanidades

**Primera Edición Impresa octubre 2005**

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Enrique Cabezas Rher

Diseño de carátula: Henry Naranjo P.

Portada: Judas Escariote con los sumos sacerdotes. Ilustración del Códice de Predis. Biblioteca Real (Turín)

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, diciembre de 2020

“Al destino le agradan las repeticiones,  
las variantes, las simetrías”

*Jorge Luis Borges*

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

# 1

*A veces solía tener la sensación de que mi vida no había sido del todo mi vida, sino apenas la reflexión de un espejo cuya superficie no reprodujo fielmente la imagen en la que me reconocía sino otra, la de una clase de monstruo anodino y sutil hecho de una sonrisa y un gesto para engañar; una imagen que era al tiempo yo liberado de mi viejo sentimiento de culpa y atormentado por el gozo que me producía esa liberación; yo, reprochándome moralmente mi traición y confortándome secretamente por la fuerza, la decisión y el arrojo empleados en cometerla; una imagen que no era la mía aunque tuviese conmigo un molesto e inconfundible aire de familia, digo ese especial que tienen algunos: el del hermano que nació muerto, o el de la madre que fue internada en un hospital para enfermos mentales, o el de la tía que fue expulsada de casa por su conducta indecorosa, o el del padre que huyó para siempre con la excusa de que iba hasta la tienda de la esquina a comprar cigarrillos.*

*Otras veces, por suerte, no había lugar para la duda. Las pruebas eran impolutas: esa repetición continua de los hechos, ese calco incesante de las circunstancias, esa certidumbre de estar perdido y caminar en círculos, demostraba -por efecto de la reflexión- que la falsa vida era la otra. La que estaba por fuera del espejo...*

Ahí está Fernández. Esperándola. Haciendo cabalas acerca de si la joven acudirá o no a la cita. Vaciando el tiempo con un gotero. Gastando, como sucede en los “comics”, su reloj de tanto mirarlos (y ésto lo piensa seriamente; como un fenómeno que aunque surrealista puede suceder: en su calidad de profesor de semiótica, guarda un inmenso respeto por las tiras cómicas y sostiene la tesis que quien no las lee asiduamente en la infancia no será en la edad adulta un buen lector). Revisando mentalmente la posibilidad de haber cometido un error táctico o estético al momento de invitarla a pasar juntos el fin de semana. Confía en que su pequeño automóvil (discreto: de médico, anciano o sacerdote; causante en él de la impresión de deberle -por el hecho de existir- un poema, una balada o al menos una cuartilla llena de gracejos) pasará desapercibido para los transeúntes; se notará apenas, parqueado al lado de un estación de gasolina en la Avenida Roosevelt, esa calle que a causa de su ámbito luminoso, su trazo rectilíneo y sus palmeras erectas como grandes signos de admiración (que en verdad, no sólo se le antojan signos para condimentar las palabras, sino -con esa vergüenza reprimida, interiorizada, convertida en subconsciente, que le ha enseñado a sentir la ética marxista ante los órganos sexuales y sus representaciones simbólicas- penes de gigantes a los que la humedad del trópico les hubiese hecho salir desflecados arbustos en el glande) le recuerda otras calles de Río de Janeiro y Miami que conoció fugazmente gracias a una gira de turistas, a las que se ha aficionado como pobre y triste compensación de las grandes excursiones de meses por varios continentes con las que antaño el Partido premiaba su militancia y su gestión proselitista. No cesa de atormentarse con la carencia de señales premonitorias de la ocurrencia del arribo de la joven, señales que rocen apenas lo extraordinario, como el paso de tres enanos tomados de la mano o una lluvia rápida y repentina que cubra solamente una superficie de dos metros cuadrados alrededor de su automóvil. Pero su tormento no termina

allí: piensa también en otra posibilidad, en la de escandalizar a algún conocido que al transitar por el lugar se entere de que ha tenido la osadía de invitar a una de sus alumnas a acostarse con él. Para poner aliño a su aprensión, un sol duro de las diez de la mañana solidifica el calor, el viento sopla por otras latitudes y siente hambre y unas ganas terribles de orinar.

### 3

*Un temprano motivo de interés constituyó para mi el paso del tiempo, el devenir de las horas y la existencia. Asunto que dió como frutos la perplejidad, el asombro, la angustia y el arrepentimiento, no sólo en mi niñez sino, especialmente, durante mi militancia política.*

*En un principio, se me antojaba creer que cada minuto que transcurría le era permitido al hombre (en verdad, se le obligaba, se le condenaba a ello) construir una especie de inmensa muralla que era su propia vida y, justamente, estaba erigida con la materia prima del tiempo. Muralla levantada con esos inefables ladrillos, que no debían ser cúbicos como los usuales sino de caprichosa conformación geométrica (esférica, cónica, cilíndrica...) según fuese el cariz de la experiencia sufrida, y cuya consistencia y solidez dependía de la voluntad y entereza personales.*

*Este prematuro interés por el tiempo me condenó a vivir sujeto a él como ninguno, pendiente de su paso de bastón de ciego con una preocupación neurótica que me convirtió desde niño en un ser extraño, que me tornó en un niño viejo a quien -por venganza, en castigo por su impertinencia y su talante de entrometido- el mismo tiempo se encargaba de angustiar sobremanera, de sujetar con sus terribles cadenas.*

*De algún modo, me parecía a esos malos actores a los que la presencia de las cámaras intranquilizan y les impide actuar con la serenidad y concentración que debieran, actuar según las instrucciones del director y el carácter del personaje que encarnan. Yo fungía*

*como un actor al que la doble exposición al tiempo de la realidad y al tiempo de la ficción atormentaba dos veces, como atormenta para cada uno la presencia del hermano siamés y que sufren a la par en él y en otro; al modo de un cirio encendido por ambos extremos, me consumía por vivir una vez y otra más el transcurso del tiempo, que parecía colocado en medio de dos espejos.*

*Cuando crecí y fui adulto, este exagerado sentido del tiempo no se alivió en mí. Al contrario, el hecho de haberme vinculado al Partido y de haber sido conscientizado acerca de la inutilidad de mi vida e instruido en el credo y en la filosofía verdaderos me hizo saber que la construcción de mi muralla había resultado irremediamente deleznable, y que debería vivir otra vez, someterme de nuevo al paso del tiempo. A un “paso del tiempo corregido” y preñado de un contenido más real y plausible en tanto que era vivido en el ámbito de la verdad y la ciencia, en la obra de la construcción de un hombre nuevo, en la configuración de la más deseable de las promesas.*

#### 4

—¡Tiene que venir!- grita Fernández, y se arrepiente enseguida de su arrebato, sonrojándose, temeroso de haber sido escuchado y tomado por un loco. Pero nadie lo escucha; está de suerte: su Volkswagen amarillo -a pesar de que brilla como una gran moneda deforme- pasa, como él tanto quiere, desapercibido: es una especie de sistema cerrado (recién lavado, perfumado con una barra de olor, todavía con el clima de otro país que el calor está volviendo al de Cali) que le da a él una apariencia un tanto cómica: como es un hombre enorme, parece introducido en un carrito de juguete o una roca dentro de una botella.

“¡Tiene que venir!”, repite, pero mentalmente esta vez.

Luego se deja llevar de nuevo por absurdos pensamientos. Piensa en la existencia utópica de una vacuna contra la incertidumbre. ¡Que panacea: un servicio médico -socializado y eficaz- al que uno pudiese recurrir y después de un leve pinchazo quedar inmunizado

contra el sufrimiento que producen los hechos y circunstancias que no podemos controlar!

Vuelve a reconstruir -por millónesima vez en lo que va del día- el momento preciso en que le formuló su invitación. Está de acuerdo consigo mismo de que el gesto fue oportuno y mundano, gentil y audaz la actitud, sedoso y adulator el tono. Cree que lo ha hecho mejor -guardando las proporciones- que los dos colegas suyos con más éxitos con las mujeres: Leonardo Sinisterra (quien recurre al patetismo de arrojárselos a sus pies y cubrírselos de besos y lágrimas) y Rodrigo Arsayuz (que las deslumbra con su falo, pentacolor a causa de una dermatitis nerviosa que se lo encona con escamás).

De pronto, una certeza le atenaza la garganta: recuerda que es consciente de que no es guapo, de que le afea el rostro una enorme nariz y una frente que se confunde con su calvicie incipiente, que cuando habla lo hace a través de un batracio rojo que da la impresión de querer aparearse a cada instante y que, además, es obeso. Como se vé, no recuerda directamente su falta de apostura, sino -recurriendo a su nivel adicional de másoquismo, a un grado mayor de autocastigo- la consciencia que tiene de ésta. Pero, por suerte, se recupera al momento con un mecanismo que él llama -con su singularísima terminología- “homeóstasis narcisista”. Lo salva su ejercitada memoria para reconstruir hechos del pasado, y retrotrae las palabras con que la joven ha ilustrado la forma como lo experimenta.

–“Eres un feo especial... posees la hermosa feura de un búfalo-”

Acicateado por la desfavorable circunstancia (la del calor y sofocamiento dentro de su auto) hace una descubrimiento obvio que lo alivia un poco de su preocupación: se da cuenta de que no tiene sentido el temor de que alguien lo vea. No es posible adivinar lo que se propone con sólo mirársele. Todo no es más que un reproche de su consciencia, la auto-censura por esperar -para corromperla- a su alumna, tan joven que podría ser su hija (por más de una razón). Y como quiera que se considera inteligente -y por lo tanto con derecho

a ser amoral-, refuerza su aliento repentino diciéndose que debe estar por encima de todo sentimiento de culpa, por encima de ese lastre burgués falso y adquirido.

Otra vez su reloj cobra vigencia y le avisa que la joven se ha demorado ya más de veinte minutos. Entonces vuelve a ser presa del aturdimiento, puesto que cree descubrir no sólo el motivo de su tardanza, sino, también, el de un posible plantón: su casa queda a pocas cuadras de ahí y, por temor de ser seguida por sus hermanos, no se ha atrevido a salir.

## 5

*La reconceptualización del tiempo a que me sometió el Partido tuvo como consecuencia el hecho de poder revisar a priori emociones y sentimientos después de haberlos tenido. Mi vida se vió de pronto suspendida, momificada, extendida entre el pretérito y el porvenir como si estas dimensiones conformásen una sola franja, una monolítica e indivisible unidad, como si constituyesen un sólo tiempo. Mi vida adoptó imágenes perturbadoras: una serpiente que se muerde la cola con la intención de devorarse a sí misma, el tránsito por la banda de Moebius, ese truco de la imaginación en el que el anverso y el reverso se penetran.*

*Por orden de mis acusiosos mentores políticos tuve que emprender de nuevo vivencias de antaño y reconsiderarlas padecidas bajo otra “psicología”; repetirlas, como si no hubiesen existido, como si se tratasen apenas de un ensayo previo a una experiencia real; negármelas a mí mismo por haberlas experimentado en el tiempo que no había sido ungido aún con la verdad; clausurarlas en razón de que se padecieron articuladas a la conducta de un burgués; invalidarlas porque (en las palabras de esos mismos mentores) “se soportaron simplemente a través de la acción y la intervención de los instintos congénitos, los impulsos subconscientes, las reacciones externas y los reflejos condicionados sin el papel determinante de*

*la conciencia”. Conciencia que a raíz de mi vinculación al Partido me obligaba a meditar hasta el acto más simple y sencillo (como lo hace un recién convertido a una nueva religión o quien partiendo de la suya pretende convertirse en un santo; al modo como sucede entre los esquizofrénicos que no olvidan jamás las minucias de sus actos rutinarios e invariables, y entre quienes acaban de perder al ser amado, al que invocan en cada faena que emprenden para paliar con ellas su ausencia), y me conminaba a repensar cabal y juiciosamente cada una de mis acciones antes de acometerlas como si implicasen el rito temerario o la procaz medicina de engullir esferas de metal.*

*Mediante este esfuerzo de reconsiderar lo ya vivido (y curarme retrospectivamente de cometer la menor falta en contra de los principios de mi nueva doctrina) fue que me convertí en un hombre sin pasado: paradoja sin par puesto que en verdad se trataba de todo lo contrario: se me permitía como a ningún otro existir dos veces, repasarme a mí mismo, pensarme y vivirme por segunda vez...*

## 6

La había conocido una tarde después de una clase de un curso de verano. En esa oportunidad tomaba cerveza en compañía de Jairo Monsalve, un profesor de Contabilidad, en el andén del Bar “Green Bird”, frente al Parque de las Banderas, esa fisura en el cristal en las abigarradas calles del sur.

La combinación de Jairo Monsalve y el “Green Bird” era señal inequívoca de que pasaba por un mal momento, de que su vida no era ni plácida ni divertida: aquel era un hombrecito aburrido como todos los profesores de Contabilidad, zafio, un tanto lenguaraz, que olía para Fernández (que era hiperósmico) muy mal y cuya amistad (dado los caracteres tan diferentes) nadie se explicaba; éste un bar barroco repleto hasta el mal gusto de espejos, lámparas, adornos y luces de neón, dueño, además, de una clientela compuesta por gente inculta y arribista.

Se aburría a más no poder con la charla de su acompañante, pero aún así era mejor estar aquí que permanecer encerrado hasta el lunes siguiente en su pequeño apartamento de la “Unidad Residencial Santiago de Cali”, luchando contra ese gladiador bifronte de lo que quería y no podía cambiar ni prever, de lo que podía y temía prever o cambiar. A las cinco ella pasó de regreso del cine San Fernando. Iba ensimismada sin mirar a los parroquianos que con sus mesas invadían la acera. El viento le agitaba su vestido (bandera de su cuerpo, en una parada con himnos y tambores mudos e invisibles) y le hacía entornar los ojos.

Con la indelicadeza que lo caracterizaba, Monsalve la llamó a gritos por su nombre.

Se acercó tranquila, dueña de sí, sin inmutarse por la grosería del contable.

Estando aún de pie los tres y antes de sentarnos al unísono, la joven repitió -innecesariamente puesto que ya lo había escuchado tres veces- su nombre al caballero que no conocía.

–Marina Marín- dijo, como si dijese la marca de un caramelo.

–Humberto Fernández- contestó aquel, con la voz impostada que utilizaba para impresionar.

– “¿Qué quiere tomar?”- inquirió luego, todavía con tono falso. Palmoteó y al instante un mozo vestido de negro y blanco, tan forrado en su ropa como un torero, apareció. Le pidió que renovara las cervezas y trajese, además, una botella de Ginger Ale.

Monsalve, que la conocía de tiempo atrás gracias a que era amiga de una amiga suya, exclamó:

–Le doy una buena noticia, profesor: Marina va a ser su alumna en el próximo semestre.

–¡Caramba! -exclamó Fernández, con fingido entusiasmo.

–Si, ya me matriculé -concluyó la muchacha, que, definitivamente, tenía una voz lindísima aunque un tanto ronca.

Pasaron varios minutos (de esos en los que suceden las cosas atroces o maravillosas acerca de las que leemos en el periódico del día siguiente) sin que ninguno hablase: Monsalve era un estúpido que sólo tenía en su caletre el Estado Financiero que aparece en la página 117 del texto de Hargadon; los otros dos eran extraños, con esa extrañeza que molesta tanto al destino, que él se afana, con embrolladas maniobras, en modificar.

También en ese lapso ocurrieron sucesos que se suponen baladías, pero que están rodeados de una simbología que no se sabe interpretar y son, sin embargo, avisos y advertencias de grandes cambios en la vida, y Fernández vió flamear sobre la cabeza de la joven todos los pabellones de América -izados en sendos mástiles en el parque- que le ponían un halo multicolor, una balaca furiosa sobre su pelo rubio y comprobó que su perfume -alborotado por la proverbial brisa de la tarde caleña- le dió un sabor distinto a la cerveza que él se tomaba; Monsalve ejecutó en su mente un “Estado de Pérdidas y Ganancias” cuyo resultado le preocupó porque fue cero, como su existencia; Marina tarareó la balada que sonaba para los oídos y el tacto, puesto que la sentía vibrando en el vaso que contenía su refresco, como si además de la bebida le hubiesen servido un tanto de música, un pedazo del inmenso parlante (y el recuerdo -cada vez que en futuro volviese a oír la canción- de este encuentro).

—No hay duda, colega, de que usted es un hombre de suerte: ¡Tener en clase semejante belleza! -exclamó por fin Monsalve, aludiendo de nuevo a Marina, torciendo su rostro con su habitual sonrisa, en el que afloró -como a la superficie las hojas de una planta oculta bajo el río- su estupidez.

—¡Sí, efectivamente! ¡Para mí será un placer! -dijo Fernández, otra vez sin convencimiento ni sinceridad, pero el tiempo se encargaría de cobrarle con creces su desinterés y falta de franqueza.

Y como el destino es rápido en urdir la trama que pierde a un hombre, cuando la muchacha se puso de pies y se hubo alejado un

tanto, toda la luz del parque transparentó su bata de tela hindú dejando entrever sus piernas (que, de tan magníficas, parecían dos personas más), como si ella fuese una insospechada Trinidad, que a Fernández se le antojaron una visión, una visión que ya nunca jamás podría arrancar de su mente.

## 7

*En esa reinmersión en el tiempo que emprendí para corregir mi pasado encontré que de todos mis recuerdos, el más antiguo databa de cuando tenía cuatro años. Por ese entonces vivíamos en Buenaventura dada la circunstancia de que mi padre poseía varios negocios en ese puerto y gozábamos como nunca jamás de bonanza económica. Contábamos con seis criadas negras que mantenían reluciente la enorme casa para la dicha inefable de mamá, convertida de pronto e inesperadamente en una mujer muy rica.*

*Una de las criadas (obesa, redonda y lisa como una enorme fruta a punto de estallar por madura en carcajadas, canciones y fragancias) era la encargada de bañarme todas las mañanas en la azotea con agua de lluvia recogida en barriles pardos y herrumbrosos que parecían las vísceras de un enorme gigante, ya que por la época la posibilidad de un acueducto para la ciudad era un asunto de ciencia ficción.*

*Después de la prolija y delicada tarea, la mujer me cubría la cabeza con una toalla y, cegado momentáneamente, me llevaba cargado por corredores y cuartos hasta mi alcoba, donde terminaba de secarme, me rociaba con talcos y me vestía. Yo tenía la certeza de ser conducido no por los mismos corredores y aposentos que trasegaba en mis interminables carreras y jugarretas, sino por ámbitos desconocidos: por pasadizos y escondrijos secretos, por recintos adicionales que correspondían a la vez a mi casa y a otra más, paralela, distinta, reflejada.*

*Cuando crecí solía buscar tanto en nuestra casa como en las que visitaba los lugares anexos, los palimpsesto del espacio por donde mi*

*nana acostumbraba a pasearme; indagaba sin cesar por la superficie de esa dimensión extra que graciosamente se me había revelado.*

*Muchos años después -en la época de la terrible persecución contra el Partido- alarmaba o fastidiaba a los camaradas que compartían conmigo las habitaciones de hoteluchos con mi costumbre de levantarme en las noches para dedicarme a la búsqueda de aposentos y pasillos que sólo existían en mi imaginación. Sin embargo, a menudo me confortó encontrar en las páginas de los viejos cuadernos de mi infancia y de mi adolescencia los trazos firmes de los planos y las especificaciones precisas del tamaño de los lugares mágicos, misteriosos e irrecuperables que diariamente recorría después de mi baño matinal.*

## 8

Pasado un mes, cuando ya se habían reanudado las clases en la Universidad, Fernández buscó en el aula a la joven que lo había encantado con la sombra de sus piernas (que no eran una sombra -según él-, sino el sol debutante y tímido del primer amanecer), pero no la encontró. Recurrió, entonces, a Monsalve -el aburrido profesor, que al presentársela había llevado a cabo la única acción importante y valiosa de su vida-; acción que, de paso, reivindicó un tanto a sus demás colegas, contra quienes Fernández vivía lleno de reparos. Y no sintió vergüenza al hacerle la directa y franca petición que lo llevase a casa de Marina, puesto que muchísimas veces ya -dormido o despierto- la imagen de esas extremidades (que en absoluto debían llamarse así, sino, como él proponía, columnas de seda vivas y palpitantes) lo habían perturbado hasta el punto de ponerlo más triste de lo habitual, quitarle el sueño o hacerle soñar con esos sueños que desesperan porque después tan sólo se pueden recordar a medias.

Juntos fueron, pues, esa noche, a buscarla en su casa del sector viejo del Barrio San Fernando. Vivía en una casona construída en los años cincuenta, pintada de blanco y a la que dos tulipanes africanos

añosos y arqueados -situados en cada lado del frontis-le ponían un enorme paréntesis, como para distinguirla de las demás, llamar la atención e impresionar más a Fernández, que los relacionó de inmediato -en un inevitable mecanismo fetichista- con la pasión que se le había desatado por la joven.

Todavía no se había enterado de que Marina vivía con su madre, un tío y dos hermanos, ni que los hermanos eran viajeros de una firma de productos farmacéuticos, un jubilado de los Ferrocarriles el tío y viuda la madre.

Llamaron a la puerta con la garra de bronce de un león que el verdín producido por el último invierno había hecho engordar, como si la falsa fiera de donde la había arrancado continuase viviendo aún.

El tío -huesudo, manso como un animal viejo- los atendió.

-Pasen-, dijo, confiado, sin enterarse, primero, de quiénes se trataba, gustoso de haberse hecho a dos contertulios con quienes mitigar las eternas horas de ocio. Mostró con su mano el zaguán y los dos hombres se escurrieron tan presurosos como si alguien los persiguiera.

Por el pasillo que comunicaba la entrada con el patio venía una fragancia de árboles frutales, ropa limpia tendida, jazmines florecidos latiéndole como perros a la luna y tierra removida por el último aguacero: un atiborrado tren invisible que Fernández olió con el alma.

Los condujo a la sala, aliviando a Fernández y haciéndole estimar más a la joven, puesto que -al contrario de lo que suponía- estaba arreglada con decoro y exenta de los toques de mal gusto de la clase media, como la imagen de un santo en la pared, floreros con flores de plástico, ceniceros que imitan otros objetos, carpetas bordadas sobre los muebles, y además poseía lo que él más apetecía de las salas: unos sillones mullidos y afelpados que se merecían un ambiente más refinado y mundano.

Apenas se estaban sentando, cuando Fernández -ansioso por tener noticias de la joven; acezando como si hubiese emprendido una gran carrera-, exclamó:

-¡Somos amigos de Marina!...

–No sólo amigos, también somos sus profesores -agregó indiscreto, Monsalve, quizá dando pie para que se tomara a mal su visita, puesto que no es frecuente ni se acostumbra que los profesores vayan en la búsqueda de sus alumnas cuando éstas faltan a clase.

Apresurado (mientras Monsalve se queda callado y quieto como una roca: ha entendido el reproche de los ojos furiosos de su amigo), Fernández va al grano con una mentira para no darle tiempo al hombre de plantear una sospecha o una pregunta embarazosa:

–Somos profesores de su hija... -comienza a decir-.

–De mi sobrina -interrumpe el falso convaleciente-. Yo soy su tío, ella es huérfana, mi cuñado murió hace seis años.

–...perdón, de su sobrina -continúa el hombre que vislumbró las piernas más lindas del mundo con la misma aprensión con que Moisés contempló desde lejos la Tierra Prometida-. Hemos sido comisionados para investigar la inasistencia de los nuevos alumnos y entre ellos está su sobrina.

–Mi sobrina no está en casa... Mejor dicho, no está en la ciudad. Viajó con mi hermana, pero el domingo ya estará de regreso.

## 9

*El recuerdo que guardo de mi hermana aparece también atravesado por mi preocupación histérica del tiempo. Ella yace en mi memoria protagonizando dos episodios que tuvieron gran influencia en la forma como concebiría ese mismo tiempo, tanto de la manera como transcurre como de las implicaciones morales, psicológicas, económicas, jurídicas y estéticas que entraña.*

*El primero de esos episodios está relacionado con la esencia misma, con la médula, del tiempo. Como todo niño (y especialmente el que era yo), vivía por él obsesionado. Dado que a esa edad no podía ni sabía calcularlo (no era común entonces que los pequeños poseyeran, como ahora, un reloj), aprovechaba las visitas que le hacía a mi hermana su novio (un hombre que sólo era un brillantísimo y enorme reloj dorado)*

*para pedirle que me diese un silbido que pudiese oír desde el patio cuando, a partir de mi solicitud, hubiese transcurrido un minuto y, luego, dos, cinco y diez.*

*Al principio y por congraciarse conmigo, el hombre del reloj accedió a indicarme con toda exactitud el lapso de cada una de mis peticiones, pero después (fastidiado con mi continua presencia que interrumpía las caricias atrevidas que le proporcionaba a mi hermana, y, obviamente, interesado en mantenerme durante largos ratos en el patio esperando nervioso, expectante y feliz la señal del agotamiento del plazo y por ende el momento de ser instruido en el arte del transcurso de la vida) alargó -con el beneplácito y la complicidad de mi hermana- la duración de los minutos, que ya no duraban su tiempo real, sino que se regían por el capricho, la desconsideración y la lujuria del hombre del omnipotente reloj de oro.*

*El segundo episodio hace relación a la manera como pronunciaba su nombre. Aunque se llamaba Ana, yo alargaba ese bisílabo. Decía An-na, casi como si su nombre estuviese conformado por tres sílabas. Sin proponérmelo, lo convertía en una invocación, lo volvía mágico en la medida que ella no parecía representar un sujeto sino dos. Dos que, por cierto, no eran siempre los mismos, sino que cada uno de ellos podía convertirse en otros dos y, a su vez, cada uno de éstos dos en otro par y así sucesivamente. Al demorarme casi el doble de tiempo en pronunciar su nombre, la tornaba en una mujer de infinito carácter binario; la ungía con la idea de la doblez, del supraconcepto, de la bifurcación.*

*Ella parecía responder a mi multiplicación como si fuese una (¡unas!) hermana dulce, cariñosa y tolerante, y otra (¡otras!): un ser diferente que acostumbraba a importunarme (desaliñada, fea y descompuesta: dopelganger continuas, múltiples e infinitas) con sus caprichos, crueldad e insolencia de hermana mayor.*

*(A propósito: la gente suele decir que calculo mal el tiempo, que soy incumplido y un tanto informal y que carezco de “tiempo compulsivo” para el cumplimiento de mis obligaciones, deberes y compromisos).*

## 10

El lunes siguiente a la visita que le hiciera, Fernández encuentra a Marina en su clase. Sentado en su pequeña mesa la busca con la mirada y la descubre en la última fila; cree entonces -no está seguro: lo que supone una doble turbación- sonrojarse. Como solamente puede ver su tronco, se entera apenas de que lleva una blusa azul transparente, tejida, en un truco de magia, con hilos de agua y que, en un detalle que lo entusiasma más, acaba de lavar su cabello que él huele con una aspiración imaginaria. Pero juega a adivinar -mientras explica el syllabus- el color de su falda y sus zapatos, que desea también transparentes, porque la visión que tuvo de sus piernas le hace provocar que la joven vista de cristal.

Esa misma tarde, a la primera oportunidad que tiene de hablar con ella (que está enterada de que cometió la imprudencia de haber ido a buscarla), le pide que cambie de lugar, que se sitúe en la primera hilera. Y así lo hace a partir de la siguiente clase; no por obedecerle, sino, quizá, porque sabe que no es para su profesor una alumna como las demás.

Fernández se siente ahora afortunado por la circunstancia de esa proximidad. Teniéndola a escasos noventa centímetros de distancia puede mirarla todo el tiempo; olerla incluso; solazarse con el maravilloso espectáculo de sus piernas cruzadas y descruzadas una y otra vez como repentinos e inexplicables relámpagos en un cielo claro y despejado.

## 11

*Arrancar de mi vida una franja de tiempo, tal como lo exigió el Partido, no fue una tarea fácil. Para poder explicarlo de nada me hubiese podido servir entonces la moda que adopté después de expresarme a través de metáforas. Para ilustrar ahora ese prurito de utilizar tropos a cada momento, digo que no consistió en el ejercicio*

*de voltear al revés un saco inopinado. No se trataba del simple truco de arrancar a vivir como los animales que, como se sabe, viven en el presente. Al contrario, me demandaba un gran esfuerzo. Una praxis violenta para ese hombre cómodo que había sido yo.*

*Enmendar la vida, recoger mis pasos, significó llevar a cabo una gran tarea que me hizo lucir bien a los ojos de los jerarcas del Partido. Obré (y que me sirva de nuevo el estilete de socorrerme con imágenes) al modo de un caudaloso río que inunda la tierra en que se va a cultivar, como una selva férax que borra a propósito las fronteras, como un trozo de carbón que sabe muy bien que se convertirá en diamante. Hice acopio de voluntad y energía que ya hubiesen querido los viejos romanos para sus menesteres.*

*Sin embargo, no pude dilucidar las trampas que este esfuerzo soslayaba. Por ejemplo, que la adoptada certidumbre de haber carecido de pasado y la obligación de mantener encendida mi conciencia en el ahora de mi práctica política (como si se tratase de una máquina o de una revolución minúscula, particular y permanente) se contradecía con escándalo -produciendo, sin duda, daño y confusión- con mi naturaleza, tan dada, por escapismo o ludibrio, a reconstruir esos sucesos añejos que ya no eran reales aunque lo fuesen, que ya sólo tenían ocurrencia fantasmal y metafísica al modo del dolor que siente en su brazo quien lo ha perdido tiempo atrás. Por ejemplo, que en el hecho de borrar mi pasado (hecho que, paradójicamente, lo volvía a repetir) dejaba de afirmarme como ser para hacerlos en nombre del Partido, que de ahora en adelante se hacía cargo de mí, se me apoderaba, se erigía como un don sobrenatural al que yo no podía dejar de pertenecerle, al que debía entregarle mi vida para que la viviese en mi nombre, para que yo la viviese en él.*

## 12

Tres semanas después Fernández se ha hecho a la idea de que dicta la clase exclusivamente para Marina. Y aunque no se ha decidido a hablarle de lo que siente por ella, se ha llenado de trucos de adolescente tímido para acercársele: le corrige los ejercicios que desarrollan en el aula con más asiduidad que a los demás alumnos; le pide continuamente que pase al tablero; parado frente a su silla, deja caer al suelo trozos de tiza o las cartulinas con el resumen y al recogerlos puede mirarle en una toma de primer plano sus hermosas piernas y los delicados dedos de sus pies (¡fresas tiradas en el suelo!) sobresaliendo de sus zapatos.

## 13

*Arrastrado por un mar hecho de tiempo cuyas olas había llevado a mi familia de una ciudad a otra, vivíamos de nuevo en Cali cuando mamá (en los últimos segundos de un reloj biológico al que se le rompía en su interior el engranaje de sus piezas) dió a luz su postrer hijo: una rolliza niña que más parecía el fruto de una joven y fuerte campesina que el de una mujer bastante mayor y un tanto enfermiza que resolvió por su cuenta esta contradicción muriéndose a los cinco días de nacida.*

*Mientras en casa pasaba el trance del parto, mi papá me envió a jugar al parque del barrio San Nicolás, uno de los más hermosos y acogedores de entonces y al que años después volvería varias veces de noche con juguetes diferentes al trompo y al carrito de bomberos: con pistola al cinto y puñal entre la bota, ambos latiendo como malignos tumores que animaran otra vida distinta a la mía.*

*Con dos chiquillos más me subí a un árbol para capturar relucientes cucarrones de color dorado y varios tonos de verde que bajo su apariencia de vívidas y móviles piedras preciosas esconden el hecho de que devoran carroña y excrementos. Un policía que pasaba por el lugar quiso darnos la lección de que los árboles no deben*

*maltratarse y nos condujo -en una pantomima- hasta una comisaría cercana donde el Inspector de turno nos amenazó con encarcelarnos y luego de regaños y admoniciones fingió dejarnos libres esta vez.*

*Yo he conservado toda mi vida los tres cucarrones que guardé subrepticamente en mi bolsillo el día de mi falso arresto. A menudo -impresionado todavía por su lujosa apariencia y su asquerosa actividad- solía descolgarlos amarrados de un hilo desde el balcón de mi casa para asustar a las ancianas y a los niños que pasaban bajo él.*

*Después, cuando fui adulto, los utilicé en juegos verdaderamente perversos en tanto que servían para sublimar y paliar sentimientos vergonzosos y defectos del carácter: solía imaginar que eran zoomorfes y valiosísimas monedas de un país inexplorado aún que de algún modo pagaron mi tarea de Judas en contra del Partido, e idénticos al Poder y la Autoridad legalmente constituidos que bajo su estructura de leyes, códigos, derechos y competencias encumbren y disfrazan dimensiones relacionadas con la podredumbre; los configuraba como leviatanes de pesadillas, monstruos enormes que con sus fauces sumprimirían el mundo y la gente que me rodeaban y, de paso, el hecho de haber fingido que aceptaba gustoso, consciente y de buena fe otro tipo de Poder y Autoridad que, igualmente, sospechaba corruptos; se me antojaban -como sucedía entre los egipcios- un signo de buen augurio que aliviaría la más terrible de mis contradicciones morales: la de haber cohonestado una praxis política sobre la que, en el fondo, siempre tuve reparos y que me embargó de duda y pesimismo, una praxis que, sobre todo, representó la oportunidad de derivar (usando con suma maestría la astucia y la soberbia) un sinnúmero de ventajas y canonjías.*

## 14

Han pasado tres meses ya y por culpa de Marina, Fernández se ha convertido en un profesor excelentísimo, al punto que alumnos de cursos más avanzados vienen a escucharlo. Para agradecer e impre-

sionar a la joven, prepara como ningún otro su cátedra, que expone llena de profundidad y lucidez y no exenta de inteligente gracejo. Sin embargo, -infantil e indeciso- no se atreve a abordarla de la forma como todas las noches se imagina, pareciéndose por eso al caso absurdo de un hombre que cae al agua y olvida de repente que sabe nadar. Sus inconfesados sentimientos lo hacen, pues, moverse entre la clara perspicacia y la indolente estupidez, confirmando con su comportamiento la secular sospecha de que son estos parámetros absolutos los que enmarcan la pasión amorosa; pasión que en él, además de no lograr plenamente precisarse, es todo y nada, y que aunque (como un monstruo geométrico que fabricase un desfasado metabolismo) luce famélica y delgada, se nutre con avidez con los descubrimientos de que no sólo ama a Marina por sus portentosas piernas contempladas en un sueño de la vigilia, sino porque, también, es inteligente, aplicada, cada vez más bella mirada desde ángulos nuevos, graciosa, elegante y... pulcra hasta el erotismo.

## 15

*Una de las primeras indagaciones relacionadas con el tiempo que tuve que emprender hacía referencia al misterio que rodeaba la alcoba de mis padres. Constituyó un reto descifrar el por qué y para qué se encerraban por varias horas allí. (A propósito, muchos años después una vez en clase me dejé llevar por la irresponsabilidad y para ilustrar el asunto que explicaba, dí como ejemplo de una “caja negra”, de una unidad de transformación, las actividades que mis padres llevaban a cabo en ese lugar a cualquier hora del día o de la noche).*

*Con el objeto de descifrar esta incógnita, ensayé varias hipótesis:*  
*Primera Hipótesis: se dedicaban a realizar conjuros, invocar secretamente a gnomos y duendes que les proporcionarían ayuda o consejos extraordinarios para algún problema grave que debían tener. Las estantiguas acudían a su llamado y les contestaban con horribles voces guturales, se expresaban con rumores y quejidos.*

*Segunda Hipótesis: escondían en esta estancia a un hijo suyo que había nacido con imperfecciones (con un pie en la cara, o sin boca, o con un ojo en la nuca como tanto lo deseé que me hubiese ocurrido a mí para convertirme en el mejor espía del mundo: el único que sabía a cada instante si era seguido por miembros del contra-espionaje). Este ser cuya existencia atormentaría a mis padres, me producía enorme curiosidad. Me moría por conocerlo, porque se me fuese presentado. Lo suponía como una criatura asquerosa que no había podido aprender a dominar sus esfínteres y fungía como una máquina de producir inmundicias; lo imaginaba como una especie de enorme molusco que se derretía en un líquido viscoso cada vez que se desplazaba de un lugar a otro unos cuantos centímetros, y que sólo emitía balbuceantes exclamaciones. En vez de avergonzarme por él, me alegraba de no tener un hermano mejor que yo; me embargaba la malsana alegría de saber que en vez de competir conmigo por el cariño de mis padres, representaba para ellos la condena de no poder mostrarlos y el castigo por algún terrible pecado que sin duda habían cometido en el pasado.*

*Tercer Hipótesis: al igual que algunos héroes mitológicos o de historietas (que para esconderse mientras llevan a cabo su transmutación utilizan las cimás de las montañas, los parajes remotos, los callejones solitarios o las cabinas telefónicas), mis padres poseían la facultad de convertirse en seres maravillosos con tan sólo colocarse una prenda mágica o pronunciar una palabra secreta. Encerrados en su alcoba llevaban también a cabo anónimamente su transformación, y después de escaparse por la ventana para realizar magníficas proezas, volvían orondos a ella. Por eso era que al salir de allí parecían diferentes (orgullosos y satisfechos de sí mismos) pese a que tenían la apariencia habitual y se dedicaban a sus actividades cotidianas.*

*Cuarta Hipótesis: mediante la comprobación que hice visualmente a través del montante, mi padre era un hombre malvado y*

*cruel que agredía violentamente a mi madre: colocándola bajo su cuerpo después de desnudarla y desnudarse él, procedía a morderla y estrujarla, a aplastarla con movimientos rápidos y frenéticos. Ella -por debilidad, amor o resignación- se dejaba hacer todo y, quizá para aliviar la furia de su esposo, fingía gozar con este atropello, con este maltrato, con esta humillación.*

## 16

Transcurre otro mes más y los descubrimientos que Fernández ha hecho acerca de Marina continúan. Sólo que ahora realiza descubrimientos acerca de esos descubrimientos y que éstos son de múltiple naturaleza. Ha descubierto, por ejemplo, que ella es elegante y pulcra y que a él le gusta que sea así, pese a que antaño consideraba por principio superfluas y vanas a las mujeres muy limpias y elegantes. Ha descubierto, igualmente, que no se decide a hablarle de su amor por temor al rechazo, que su temor al rechazo es una disculpa porque tiene la candorosa esperanza de que su mutismo -obrando a la manera de un expediente mágico y efectivo- la convencerá, justamente, de su pasión, que no cree en la eficacia de su mutismo, sino, que, simplemente, es tímido, que no es tímido sino que se avergüenza de enamorar a una muchacha tan joven, que no se avergüenza en absoluto de enamorar a un chiquilla, sino que lo llena de orgullo, lo anima la posibilidad de ser para ella su más delicado corruptor, que no hay motivos para envanecerse por el hecho de ser corruptor, sino que, sencillamente, se ha convertido en un viejo verde... y así hasta el infinito.

## 17

*El ejercicio de echar atrás el tiempo, reconstruir mi vida, volver hacia afuera el saco de mi experiencia anterior a su vinculación, no fue la única tarea que debí emprender por orden del Partido. Se me impusieron otras más onerosas, bajo la condición de que tendría que cumplirlas con éxito por ser, justamente, irrealizables. Por ejemplo,*

*la de autoconvencerme y convencer a los demás de que por fuera del Comunismo no habría esperanza alguna. La de obligar a quienes se relacionaban conmigo a reconocer a su despecho la ventaja de abrazarlo; la de hacerles entender que el Comunismo era la luz y la razón; la de inculcarles la certidumbre de que el Comunismo es la verdad, la única, la que acuñó e hizo posible el término. Debía conminar a todo el mundo a acogerse a la redención moral y económica que él plantea y establece. Me correspondió instar a los demás a negarse a sí mismos, a abandonarse a sí mismos en pro de la única construcción que garantizaba el porvenir. Debía sentir y hacer sentir al Comunismo no sólo como el sistema de organización perfecto sino como una revelación nacida de la necesidad del hombre por padecerla como si se tratase de un imperativo categórico, de una virtud absoluta; nacida de su propio poder para automanifestarse, al estilo de Dios, que se ha creado a sí mismo y se automantiene. Tenía que explicitarlo, ya no como la única verdad sino como la única que podía suprimir, arrancar, la pretensión que de verdaderas asumen otras filosofías.*

*En fin, trampeando de nuevo al tiempo, engañándolo mediante el arte de birlibirloque; fui lo que ya no podría ser: un escolástico de nuevo cuño que con malabares del pensamiento había logrado acordar (convertir en un guante sutil que calzaba con precisión la mano de la verdad) la revelación divina con la ciencia, la ciencia con la fe y la filosofía con la teología.*

## 18

Contrariamente a lo que Fernández no se atrevió a hacer (aunque se lo prometiese a sí mismo una y otra vez; aunque buscase las más refinadas disculpas para no hacerlo), fue Marina quien dió la iniciativa para hablar de un asunto diferente a los que se ventilaban en su clase. Un viernes a las seis permaneció en el salón hasta que todos sus compañeros se hubiesen marchado. Haciéndose la retrasada y fingiendo que acomodaba sus libros y alistaba su paraguas, esperó

por su profesor, que se hacía el retrasado y fingía acomodar sus libros y alistar su paraguas.

–¡Profesor...! -dijo cuando Fernández pasaba a su lado, agotados ya todos los trucos que empleaba para evitarla-. Tengo un recado para usted.

–¡Dígame! -exclamó Fernández, escaso en ese instante -él tan gárrulo- de una palabra más, haciendo el ridículo, sintiendo que se le reventaba el corazón.

–Mi mamá lo manda a invitar a cenar este sábado para agradecerle la gentileza que tuvo con nosotros al preocuparse por mi ausencia de los primeros días.

## 19

*Tengo un recuerdo de mi vida al lado de mis padres que no ha dejado jamás de producirme una gran angustia, un rencor que me avergüenza por partida doble: por padecerlo y por haber sido su causa.*

*En una oportunidad mi padre enfermó de gravedad. Advertida mi madre por el médico de que podría morir, adquirió durante varias semanas la costumbre de vociferar por toda la casa la frase más desobligante y humillante para mí y -supongo- para mi hermana:*

*–“Dios mío, llévate a mis hijos, pero consérvale la vida a mi esposo” -exclamaba sin cesar.*

*Encerrado en mi cuarto con temor de que su cantinela se hiciese realidad, la oía venir gritando su plegaria, y no me parecía en absoluto una mujer piadosa y fiel, sino una loca, una especie de drogadicta que clamáse por la estupefaciente que le aliviaba los ardores de su vicio. Desplazándose de un piso al otro, pasaba a cada momento frente a mi puerta esparciendo su veneno de palabras, impregnando hasta los cimientos con el conjuro que me eliminaría, expeliendo por su boca su saliva de muerte. La sentía abalanzarse como una aparición, como un alud y, aunque mi miedo y su desprecio me*

*paralizasen, experimentaba admiración por su empeño: imaginaba tan poderoso y efectivo su ruego que no sólo tendría efecto en mí, sino que, saliendo por las ventanas como un gas letal, exterminaría también a todos los habitantes y, en otro ejemplo de la magia que hacía retroceder el tiempo y que tanto habría de entusiasmarme y perturbarme, ella y mi padre se quedarían solos en el mundo, serían de nuevo la primigenia pareja que dió origen a la humanidad, se convertirían en un nuevo Adán y una nueva Eva a los que yo había tenido el inefable privilegio de conocer.*

## 20

Por fin llegan las siete de la noche del sábado, que fulgura para Fernández como una pequeña joya hecha de tiempo. No en vano este día ha demorado en madurar -por causa de su desasosiego e impaciencia- muchos años.

Abandona su apartamento, su “pequeña celda”, como él le dice en una alusión dos veces cierta, puesto, que, primero, permanece todo el tiempo recluído allí y, segundo, la administración ha rodeado con una malla de alambres el edificio. Hace dos horas que dejó de llover y en el pavimento húmedo y brillante se velan los negativos de las apócrifas y efímeras fotografías que el clima le ha tomado al cielo. Su automóvil emplea medio minuto en alcanzar la calle quinta y se enruta hacia San Fernando en la búsqueda de la casa enmarcada por los dos tulipanes africanos, que -en una alegoría permanente y de buen augurio- con su flor anaranjada (que, justamente, cumple la función sexual de atraer insectos) reproduce los órganos sexuales de la mujer y el hombre, formando con sus pétalos, sus estambres y su pistilo una delicadísima vagina, en tanto que con una capsulita llena de líquido que luego se vuelve un cáliz de un sólo cépalo imita en dos tiempos fallo y escroto diminutos.

Una falsa brisa de mar le desacomoda los ralos cabellos, tan toruosamente peinados; un calor fantasma le hace sudar las manos sobre

el volante. Aunque conoce hasta la saciedad el trayecto, la sensación de transitar grandes espacios de un laberinto le agobia el espíritu. Una luna -roja, enorme, casi esférica de tan redonda, que más parece el sol de la bandera del Japón- ha salido con un leve pero irremediable tono de amanecer trastocado para atormentar a los lunáticos y a quienes padecen de helmintos. Es una luna falsa, de tramoya, el dibujo de un niño en una cartulina, una luna para licántropos -según Fernández- y que sin embargo logra platear la noche, azuzarla como en un truco de cine.

Piensa de nuevo en él (como los fotógrafos y los esquizofrénicos, puede verse a sí mismo por detrás o en el tiempo que ya pasó): en el rescoldo de una hombría mal entendida, se avergüenza de haberse perfumado profusamente, aunque para compensar este anacrónico sentimiento -que esta noche ha tenido más de una vez- se haya rasurado la barba hasta conseguir en su piel ese matiz glauco de los santos italianos y de los toreros españoles, que se le antoja tan varonil. Igualmente se reprocha (porque a su entender es una costumbre propia de las prostitutas) el haber gastado la mitad de una barra nueva de desodorante, y en cambio no entiende ni se percata de la trampa en que cae su pretensión de absoluta virilidad, que, de ser radical como él pretende, no se hubiese avergonzado del olor de su transpiración ni del habitual aspecto de su cara.

Es hasta cierto punto otra persona, vestido con una camisa de cuadros y un pantalón de pana café. Como desde un lustro atrás no se acicalaba con tanto esmero, cree que está muy elegante, pero en verdad luce como un sandío campesino gringo. Sin embargo, (y a pesar de que los preparativos para su visita le parecieron premonitorios en la medida de su prolijidad) ha estado triste: en vano -de pie frente al espejo- ha tratado de disimular con la correa, aunque fuese un ápice, su abultado abdomen de sedentario y cincuentón; ha sido infructuoso el concienzudo acomodo de sus cabellos -tan escasos ya que los experimenta como joyas- para encubrir un tanto la calvicie que padece desde joven.

Se desmonta (él tan grande) de su Volkswagen (tan pequeño) en una acción que parece que el vehículo sufriese ese tipo de división celular llamada mitosis. En el trayecto su imaginación lo ha engolosinado con múltiples fantasías. Fantasías que no son más que una sóla, variaciones caprichosas de un sólo deseo obsesivo: la visión de la joven (cuyas piernas -por gracia de su bata translúcida- se le parecieron la perspectiva con que aprendió a dibujar una doble hileras de árboles que se angosta en el confín) diciéndole de mil formás distintas que lo ama y ha esperado con ansias la ocasión de su visita para enterarlo. Llama levemente a la puerta con la garra de bronce y es, justamente, Marina quien abre. Viste una túnica de algodón adornada con flores tejidas que al profesor le parecen verdaderas. Aunque no debiera ser así, puesto que calza sandalias sin tacones, se vé más alta; huele a una loción diferente a la que Fernández ya está acostumbrado; luce más bella y fresca (con la belleza y frescura que tiene en los días de asueto). Desata en él la extravagante idea de que se trata de un personaje de una novísima obra de teatro que se estrenara en esta casa; de un personaje que encarna al tiempo la vida, la primavera, la esperanza y -como quiera que es un símbolo total, una pan -alegoría- también la nada, las oportunidades que no se supieron aprovechar, el caos y la muerte.

-¡Siga, esta es su casa!- dice, y, arrebatado por una locura repentina, Fernández lo toma literalmente. Ya bien quisiera que ésta fuese su casa, vivir aquí protegido contra las penas que lo agobian, las dudas que lo mortifican, la rabia que siente sin saber por qué. Pero se recupera en otro segundo de su ilusión.

-¡Siga, se lo ruego por favor!- insiste la joven ante la leve indecisión de Fernández. Lo dice esta vez con un tono tan dulce y convincente como la invitación en el canto de una sirena, que él toma como una promesa velada, como la revelación de un secreto.

Entra y vuelve a sentir -con más intensidad- el olor que no olvidó de esta casa, que huele a árboles frutales y tierra alborotada por la

lluvia, a pisos brillados con una cera fragante que imita y multiplica los jazmines del patio, al vaho metálico de la noche y al frío, al aroma de la comida recién preparada allá en el fondo que le produce un vuelco de las entrañas, puesto que le recuerda su hogar paterno.

Marina lo toma de la mano y lo conduce a la sala que tanto le gustó. Se torna en su lazarillo que lo lleva por tinieblas distintas a las de la ceguera y la falta de luz, ya que él desfallece como una jovencita: por la emoción, que es más fuerte que todas las que recuerda; por la vergüenza de haber soñado con esa mano puesta sobre sus genitales.

Apenas se han sentado, cuando Marina se pone de pie, sale y vuelve con una bandeja en la que equilibra una botella de soda y medio vaso de wisky que resplandece como una bombilla de color ámbar de pocos watios.

Segundos antes de que aparezca la madre en una imposición inoportuna y arbitraria dentro de la obra de teatro que hace un rato imaginó, la joven lo aturde y lo petrifica con una pregunta:

—¿Y que hay de la vida del profesor que le encanta mirarme las piernas...?

Fernández no tiene tiempo para reaccionar porque aparece la señora. Es alta, magra, y un tanto desgarbada. Aunque se parece a su hermano escuálido -el que lo atendió la primera vez que visitó la casa- se nota que fue bella, con ese tipo de belleza que en algunas mujeres tan sólo dura pocos años.

—¡Nooocheesss...! -exclama al momento de entrar, a manera de saludo para Fernández, que se pone de pie-. ¡Por fin se cumplen los enormes deseos de conocerlo! -agrega con una sonrisa.

## 21

Habiendo penetrado los tres en el comedor, las damás lo invitan a presidir la mesa. Sentados ya, y antes de que la criada traiga las viandas, aparecen -de no se sabe dónde- los hermanos de la joven,

que sin ser gemelos se parecen -en un truco de magia genética- extraordinariamente.

-¡Este es el famoso profesor Fernández! -exclama Marina para los recién llegados.

-Y de verdad lo es... ¡Marina no hace otra cosa que hablar de lo agradable e inteligente que es usted! -dice uno de los gemelos.

-¡Mucho gusto! -es todo lo que balbucea el segundo, que ha esperado que su hermano termine de darle la mano al profesor para hacer lo mismo.

Entre timorato y halagado, Fernández se toma enseguida de un sólo trago la mitad de su quinto vaso de whisky. Está contento. La noche es un abanico de agradables posibilidades. Y se extrovierte para luego arrepentirse:

-¡Nadie puede atreverse a hablar de inteligencia... además de belleza delante de Marina! ¡Ambas las tiene ella de sobra y más que ninguna otra mujer! -dice con palabras casi independientes de su voluntad-. Dándose cuenta de que no ha sido discreto ni cortés con la dama de mayor edad, enmienda su error:

-¡Y no hay duda que esos atributos los ha heredado de su madre!

-sentencia.

-Gracias por sus palabras, caballero -responde la señora con una inclinación de cabeza que a Fernández le parece exagerada y anacrónica.

-¡Y lo sostengo! -exclama Marina-. No solamente es inteligente y admirable, sino un gran partido.

-¡Ah!, ¿es soltero además? -pregunta y asiente el más locuaz de los hermanos.

Fernández sale, entonces, por los fueros de varón cabal que cree que se debe sospechar homosexualismo o enfermedad vergonzante en un hombre que siendo maduro continúa soltero.

–Soltero no... ¡viudo! -dice, presuroso, alto, claro y mintiendo: rotundamente resuelto a no dar más el más mínimo pie a una mala interpretación acerca de su persona.

–¡Si fue casado, mucho mejor, puesto que tiene experiencia! -exclama, con picardía, la madre.

Aparece la criada trayendo en una pequeña mesa móvil (alquilada y snob, al parecer de Fernández) las bandejas con la cena, cuyo plato fuerte es pescado, que él detesta motu proprio y por recomendación de Erasmo de Rotterdam, pero ingiere haciendo repetidas declaraciones de que lo encuentra delicioso.

Después de cenar, desaparecidos de nuevo los hermanos, Fernández vuelve a quedar a solas con las dos mujeres que lo invitan a la sala, donde la criada le lleva el resto de la enorme botella de whisky que ha estado tomando.

Solamente después de las doce del día del domingo, en medio de la resaca que le produce los más molestos síntomas de un resfriado mortal, Fernández recuerda, o cree recordar, que, teniéndolo sentado entre ambas, la madre y la hija lo han mimado acariciándole la cara, apretándole las manos, sobándole los cabellos y conminándolo a contar su vida, que escuchan con tanto interés como si se tratase del relato pormenorizado y de primera mano de la creación del mundo.

## 22

*El mismo tiempo que tanto me habría de inquietar, posee, por suerte, la facultad de convertir (o al menos de hacerlo creer así) el recuerdo de un suceso desagradable, triste o asiago en apenas un sueño.*

*Acogiéndome a esta protestad que torna la vida en un truco de magia y olvido, tempranamente le decreté la condición de un simple sueño a mi viaje a Tuluá, donde mi padre me llevó para internarme en el Colegio de los Salesianos con la excusa de que quería una buena*

*educación para mí, pero en verdad motivado por la necesidad enfermiza (síntoma inicial de su futura decadencia mental) de mantener incontaminado el recuerdo de su primogénito, un hermoso niño rubio que aunque únicamente vivió siete años representó para mis padres la premonición de una vida feliz y pródiga y que apenas pudo soportar su existencia cargado como estaba -a la manera de un barco que no resiste el peso de su estiba y sucumbe- de múltiples atributos.*

*Muerta esa especie de estrella polar destinada a trazar mejor destino para todos y nacido yo después de Ana -la indeseada-, mi padre no volcó, como era de esperarse, sobre mí todo su cariño, al contrario: como si fuese un mal augurio volver a querer tan entrañablemente a un hijo, me alejó de su lado enviándome tempranamente al internado con muestras de gran desapego; un desapego incrementado por la inconfesable certidumbre de que los atributos de mi hermano eran más imaginarios que reales y por la insoportable sospecha de que nuestra suerte estaba condenada a ser (pese a las circunstancias momentáneas que algunas veces lo contradecían) apenas el de la medianía.*

*Así pues (efectuando el complicado ritual de extraer un baul lacrado y enterrado en el patio para convertir en pesos unas cuantas alhajas que restaban del tiempo de bonanza y cuidándonos del atisbo de los vecinos y sus perros, de la lluvia y la luna menguante que tiene el sortilegio de esconder los objetos metálicos que yacen bajo tierra) partimos hacia esa ciudad que, por el hecho de quedar en la mitad de una comarca cuyo mapa imita perfectamente el pecho de un hombre, recuerda el corazón.*

## **23**

El terrible malestar que sentía le impidió a Fernández salir a la calle ese domingo. Pasó todo el día acostado en su cama luchando contra las ganas de vomitar -que eran el peor tormento- y pensando en Marina -que era el mejor consuelo-.

Además del dolor de los músculos y la cefalea que le produce la resaca, se encuentra disgustado consigo mismo por no haber aprovechado la gran oportunidad que tuvo no solamente para explicitar su amor por la joven, sino de haber logrado de paso la aquiescencia y el respaldo de la madre al respecto. Piensa que nunca más tendrá una ocasión tan propicia como esa. Teme, también, no haber sabido comportarse con las damás, no haber estado a la altura de las circunstancias: es decir, no haber conseguido impresionarlas favorablemente.

Las náuseas le han traído una y otra vez a la boca el horrible sabor del pescado ingerido la noche anterior, que mezclado con el rescoldo del wisky le hace vivir malísimos momentos.

## 24

Retumbando en los oídos de Fernández a modo de una alarma, lo despertó el lunes una idea fija: remediar a toda costa el error de no haber declarado su amor a la joven. Ignora -a causa de la barrera generacional que lo separa de Marina- que un gesto tan formal y romántico ya no se estila.

Abandona su cama y se apronta a salir haciendo todo de prisa, reduciendo su vida a la mitad pues apenas si se ducha, apenas si se afeita, apenas si toma el café que prepara con ruidos de laboratorio en su cafetera. Por fin -venciendo el afán que lo retrasa- sale y se dirige a la Universidad, acelerando a cada momento y temerariamente su automóvil; contradiciendo su convicción de que únicamente él conduce con prudencia, inteligencia y calma.

Es el primero en llegar al edificio donde queda su salón de clases. Penetra en él tan rápidamente que no repara esta vez en la estatua que hay en la entrada, que a su modo de ver simboliza al profesor: un hombre luchando con una notoria desigualdad de fuerzas con una enorme serpiente que pretende devorarle la cabeza, y que además patentiza y magnifica su desamparo e impotencia en el hecho de estar completamente desnudo y poseer un pene diminuto.

Los dos mozos encargados de la limpieza aparecen para hacer su labor. Evolucionan lentamente en el aula haciendo las cosas tan mal y despacio que Fernández tiene por un segundo el impulso de limpiar personalmente con su pañuelo la silla en la que Marina se sienta.

El calor prematuro y seco de la mañana, la espera por la joven y el repetirse a sí mismo una y otra vez el argumento que tiene preparado para ella lo hacen transpirar profusamente. Su camisa se llena de húmedos mapas, tan apócrifos como los que se hacían de Africa durante los muchísimos años que el continente permaneció inexplorado.

El salón se ha ido colmando de estudiantes que él -puesto que no se trata de Marina- no experimenta como personas, sino apenas como distintas formás de ruido y movimiento.

Coincidentalmente (puesto que no quiere pensar que se comete en su contra una perversidad, la más refinada tortura) ella es la última en llegar, suceso que a la vez lo alivia y lo atormenta porque en su imaginación se había hecho a la idea de que lo haría mucho antes que sus compañeros dándole tiempo a endilgarle rápidamente de una vez por todas dos o tres frases que expresaran de la manera más clara y contundente su amor.

Mientras la joven va en busca de su silla la vida se detiene. Se funde en una realidad ambigua a la manera de ese fósil que era mitad una rama y mitad una roca cristalizada que contempló maravillado en un museo de Bucarest; deja de funcionar atada a las leyes imperturbables de la física y Fernández siente que en el aula ha penetrado un viento visible, una lluvia silente, una explosión de luz, una conmoción de colores, un volcán de blancas y delicadas piedras y lava, un mar de ondas ultrasónicas que sólo él puede oír. Las dos horas que pasa en el aula se le pasan volando y no tiene oportunidad de hacerle una señal de entendimiento a la joven; no puede ensayar un gesto avisándole que quiere hablar con ella al medio día. Ha rechazado la idea de entregarle una nota comunicándole su propósito por el temor de evidenciarse y hacer el ridículo ante los demás alumnos. En cambio, el resto de la mañana -las otras dos horas en un curso diferente, en las que sólo

piensa en abordar a Marina- le toma un año luz en terminarlo, y si alguien le pidiese que repitiera lo que ha dicho a sus alumnos no podría hacerlo.

Justo a las doce regresa al aula donde estuvo en la primera sesión, pero Marina se ha marchado ya. Corre escalera abajo intentando alcanzarla en el vestíbulo del primer piso y lo logra, pero ella va en medio de un corrillo de cinco muchachas. Tiene, entonces, que posponer su angustia hasta la mañana siguiente.

## 25

Después de un sueño en el que soñó pedazos de otros sueños ya tenidos, repeticiones parciales de pesadillas y sueños plácidos, de sueños premonitorios y alegóricos, de sueños opacos y llenos de simbolismos, el martes Fernández repite el rito del día anterior y va muy temprano a su salón de clase animado por la circunstancia de que debe permanecer cuatro horas seguidas en él, y esta vez es recompensado con creces puesto que la joven arriba con mayor anticipación que sus compañeros. Sin siquiera saludarla, le suelta una frase que se le ha hecho una bola metálica en la boca:

–¡Necesito conversar con usted al final de la clase! -exclama.

–¡Qué casualidad!, yo también -responde Marina, sonriente.

Dicta su cátedra invadido de una gran alegría, inundado de una cálida emoción. Les habla a sus alumnos acerca de la Teoría de la Motivación, de Máslow -que antaño había considerado reaccionaria-, haciendo énfasis en que el hombre en la satisfacción de sus necesidades de todo índole parece desplazarse por una especie de peldaños desde un nivel de necesidades muy simples hasta un nivel de muy complejas. El tema le resulta fácil y agradable porque se compadece con los sentimientos que abraja por la joven, que, igualmente, parecen haber ascendido velozmente por una escalera imaginaria tornándose más profundos y perentorios.

Hablando de motivaciones tiene una muy especial en el hecho de que Marina se ha convertido en otra mujer -diferente pero igual- por causa de un maquillaje inusitado, que incluye una película azul sobre sus párpados que le da la apariencia de una princesa egipcia y una hechicera que pudiese mirar al tiempo hacia el cielo y el centro de la tierra lo mismo que hacia el exterior y dentro de su cabeza, un colorete rojo que con su resplandor le convierte la boca en un sexo horizontal, dos líneas hechas con carboncillo que prolongan hacia arriba sus cejas imitando dos pequeñas alas que pondrían a volar su rostro dejando su cráneo desnudo, y un talco blanco que empalidece su nariz respingada y fina haciéndola sobresalir, por el contraste entre dos colores, como un faro en medio de las rocas de los huesos de su cara; por causa de su cabello que de tan limpio, sedoso y brillante parece artificial; por causa de un apretadísimo suéter que se escinde en un profundo escote que le recalcan los senos, como si (manteniendo en el profesor la idea de la falsa duplicación) fuese a brotar dos veces de sí misma y que Fernández mira turbado y de soslayo porque esos senos, como si fuesen más que simple carne, parecen una carrera corta hacia una ventana que da al mar o al espacio infinito, o la fruta dulce, apetitosa y exótica que en su viejo texto de francés que utilizaron los estudiantes de su generación se describía como “longue et étroite”.

A las doce en punto, demostrando una vez más que a todo enamorado obseso se le limita la imaginación, se le redondea en la cómoda simplicidad de una esfera, repite un truco que ha utilizado ya: para esperar que los alumnos desalojen el salón y quedarse a solas con Marina, finge borrar el tablero y alistar sus libros con dedicación, obligando a la joven a asumir una actitud similar.

Cuando todos se han marchado, ella se adelanta y lo espera en la puerta. A Fernández le toma una eternidad recorrer los doce metros que lo separan de la joven, y no precisa si fue por causa de un libro de Conrad o de una película de Renoir que ha vibrado con la descripción del arribo de un barco a un muelle que va creciendo como si tuviese vida y los años se le diesen en la medida que la embarcación se acerca

al puerto. A la manera del muelle, los ojos, nariz, boca y cabello de la joven aumentan de tamaño en la perspectiva de su acercamiento y lucen enormes, independientes y separados de su dueña, como si funcionaran por sí solos en completas entidades orgánicas.

—¿Qué ha hecho mi profesor preferido? -dice Marina-, con una frase que a otro le resultaría baladí y corriente pero que a él lo estremece.

—¡Extrañarte y adorarte! -responde Fernández, haciendo un gran esfuerzo, sin tartamudear, sobreponiéndose al temblor de sus piernas, sintiéndose bien y felicitándose por su enorme valentía pero sin poderse deshacer del sentimiento de que la frase la ha pronunciado otro hombre dentro de él.

—Eso que ha dicho es muy lindo... Tan lindo como Usted -dice la joven con su perturbadora voz andrógina.

El sol que le sale en la cara a Fernández lo anima a proseguir:

—¡Aunque este no sea el lugar y la circunstancia más apropiados, quiero decirte que siento por tí todo el amor del mundo! -exclama de un tirón, con una frase desesperada que sin embargo le suena vana y aprendida: puesto que es bisoño en diálogos amorosos ignora que éstos suenan falsos en la medida en que son absolutamente sinceros y espontáneos, en la medida en que no se les tiñe un tanto con cierta artificialidad teatral para evitar una situación idéntica a la que señala Stanislavsky en el sentido de que resulta postizo el diálogo (por demasiado auténtico y real) entre dos personas a quienes se filma subrepticamente.

—Sí, efectivamente, este no es el lugar más apropiado, pero mi casa sí. Venga a verme el sábado en la noche... Estaré completamente sólo. -dice, con picardía en sus ojos, la joven.

*A los cuatro meses de mi internado compartía con los demás alumnos los misterios y leyendas que se cernían contra el colegio y, contaminado con un clima febril, me daba a la tarea de indagarlos y dilucidarlos.*

*Para nosotros resultaba pálido el interés por descifrar las leyes y claves de la gramática, el latín o la aritmética comparado con el establecer con certeza la existencia secreta de un compañero que más que un compañero era una compañera o un hermafrodita perfecto que premiaba con su amor y favores a quien lograba descubrirlo, la de un monje decapitado que a altas horas de la noche trajinaba por los corredores portando su cabeza calva bajo el brazo a la manera como lo hacen los guardametas con el balón después de atraparlo, la de un individuo cuya identidad nadie conocía y que apodaban el “Angel Besador” porque furtiva y sigilosamente la emprendía a felaciones contra los que dormíamos en la crujía, y que a modo de una enorme mariposa y con una técnica de carterista corría imperceptiblemente la sábana de su víctima, a la que -para hacerla su cómplice de una futura visita, evitar la delación y calmar su sentimiento de culpa- le dejaba bajo la almohada un crucifijo de plata, dulces, juguetes y cigarrillos (que aquí, más que en las cárceles, por el hecho de que su consumo estaba proscrito y durísimamente penalizado, constituía la moneda de un comercio vil, lenitivo y temerario). Sentíamos -y la vivíamos con más conciencia que los preceptos morales que nos endilgaban- la urgencia de comprobar si efectivamente al amanecer uno de nuestros mentores se colaba sigilosamente en su cubículo con su sotana cubierta de sangre (al parecer, escogida de color blanco para ser distinguida entre la penumbra y los fragores del combate) como si hubiese tomado parte en las matanzas que en “La violencia” se llevaba a cabo contra Liberales y Comunistas, tildados de masones, ateos, anticlericales y asesinos, o si las anchísimas paredes del edificio (pintadas semanalmente para disuadir a los hipotéticos buscadores) escondían en su interior tesoros.*

*Aunque mis indagaciones no tuviesen éxito servían, por lo menos, para mitigar el infierno sombrío, particular y trivial que constituían la mala comida (que solamente podían ingerir con una imitación de gusto y digerir sin dispepsia y flatulencias quienes conocían la fórmula para alterar su sabor y efecto mediante la combinación de aceite de oliva, salsa de soya y un condimento japonés llamado Aji-no-moto, que por tratarse de un fino polvillo blanco le daba al procedimiento un verdadero toque de brujería), la bromohidrosis de los pupilos (que en las noches impregnaba el dormitorio con el olor de un falso gas tóxico que nos hacía soñar que soñábamos el último sueño), el despertar abrupto -provocado con el encendido de bombillas que tenían la potencia de diez soles y los palmoteos y latinajos del Prefecto que provocaban un despabilamiento tan súbito y violento que no parecía que despertásemos, sino que nacióramos o, peor aun, que pariéramos, que cada uno se pariese a si mismo-, la misa diaria y los continuos rosarios (que me producían la fina duda de que al ingresar aquí me había equivocado de calle y de puerta y que tal vez el Colegio con su internado que busqué inicialmente al llegar debería quedar a la vuelta de la esquina y que este lugar -en el que no se cesaba de importunar a Dios solicitándole a cada rato su atención- era en realidad un convento) y, sobre todo, la carencia de visitas de parte de mis familiares, quienes parecían dar por sentado que yo había muerto.*

## **27**

Como apenas era miércoles (y, por lo tanto, el sábado estaba lejísimo), Fernández descubre que no tiene que hacer en varios días. Pero mientras tanto necesita compartir con alguien la emoción que vive por causa de la joven. Hace mentalmente una lista de sus compañeros buscando en ella alguno que pueda aconsejarlo, alguno al que pueda hablarle y lograr empatía acerca del trance que padece. Descarta de plano a Monsalve: él ha hecho bastante ya con presentársela; ya

cumplió la misión más importante de su vida y bien puede descansar en paz, como esas secciones de los cohetes espaciales que se quemán y se desprenden automáticamente después de impulsar durante un tiempo a la nave.

La lista se agota rápidamente en sus posibilidades: fuera de los poetas Galarza y Cruz y de los filósofos Ordóñez y Guzmán (a quienes pudiese recurrir si los primeros no viviesen tan ocupados y ansiosos escribiendo sus libros, ni tan atormentados y preocupados por el destino incierto de la humanidad los segundos) no encuentra a quien solicitar ayuda. Siente que los demás no le entenderían, y, que por el contrario, fingirían escandalizarse por el hecho de que ama a una mujer tan joven que además es su alumna. (Aunque quisiera no puede recurrir al Rector porque este no hace otra cosa que contar por todos los medios de comunicación que tuvo una infancia infeliz y misérrima, confiado de que su historia es un buen argumento para convencer de su extracción popular a los estudiantes y activistas de izquierda y para desanimar a empleados y profesores en sus aspiraciones salariales, pero todos saben que él es un hombre echado a perder como quienes han padecido una infancia desgraciada y que su “confesión franca y sincera” es apenas una monserga barata y demagógica).

Recrea, entonces, la animadversión que siente por sus colegas. Se convence una vez más que en la Universidad es donde, paradójicamente, abundan los entupidos, ignorantes y fanáticos. Los experimenta ahora si como lo que realmente son: pequeños burgueses que están aquí porque no los reciben en otra parte; incompetentes que pasan desapercibidos porque la Universidad da cabida en su seno hasta aquellas personas equivocadas en su forma de pensar y actuar. (Pero calla y olvida el motivo por el cual él sufre a la vez la animosidad de sus compañeros; suprime el hecho de que en los pasillos suele manifestar a viva voz y con enfadosa franqueza su deseo de que las Directivas despidan y reemplacen por otro a todo el plantel de profesores y trabajadores, opinión que no solamente irrita a sus colegas por razón natural, sino que, además, es proferida por un hombre feo,

soberbio y antipático). Resentido y molesto se da a la tarea de evidenciar mentalmente sus defectos, haciéndolos desfilar imaginariamente ante su presencia:

Justo Franco, cuyo mismo nombre es una burla y un contrasentido puesto que se trata de un hipócrita y desleal. Los estudiantes (que ya han dado muestra de una gran inventiva en su actividad de asignar remoquetes llamando, por ejemplo, “Domingo” a un profesor que tiene el rostro enrojecido por causa de una alergia ya que, justamente, de color rojo aparecen los días domingos en el almanaque, y Fethoven a otros que es a la vez horrible y excelente músico), le acomodaron el apodo complicado pero exitoso en la descripción de su carácter: le llaman “Homeopatía al Revés”.

Emilio Raser, hermano de un militar de alto rango acusado de torturar a prisioneros políticos. En su opinión consideraba inocuos y hasta provechosos los tormentos que su pariente infringía porque a través de ellos -como si se tratase de ordalias de Dios- las víctimas tenían la oportunidad de santificarse.

Manfredo Román, el profesor con más títulos académicos en toda Suramérica, pero aun así el más indolente, desaprensivo e inmovible ante el desamparo y la injusticia que padece el hombre y acerca de lo cual nadie mejor que él vivía informado. Solamente parecía volverse humano cada quince días en el Estadio, donde se tornaba un energúmeno si el equipo de fútbol de su preferencia resultaba derrotado.

Ernesto Villa, un ecuatoriano que en el afán de mejorar su status, y haciendo grandes sacrificios económicos, logró comprarse un auto lujoso que se le convirtió a la postre en una especie de Moloc que lo dominaba: preocupado por su gran inversión abandonaba a cada momento sus clases y sus reuniones de comites para ir hasta el parqueadero a comprobar si los ladrones no se habían llevado su vehículo.

Alberto Herman, un hombrecito obeso, una especie de Heliogábalo Tropical que mantenía repletos los cajones de su escritorio y los bolsillos de sus pantalones con trozos de queso y longaniza. Un

ser repugnante, alcoholizado y lascivo que calificaba con notas muy bajas a sus alumnas para obligarlas a acostarse con él para aprobar la asignatura que les dictaba.

Fabían Estela, quien sufre subrepticamente le demostraba simpatía a todos los grupos políticos que existían en la Universidad, creyéndose por esto muy astuto e inteligente, considerándose una especie de Fouché, pero sin llegar a comprender jamás el juego de la verdadera astucia puesto que no pudo descubrir que todos los grupos sabían de su falsa adhesión y se la permitían para burlarse de él.

Argemiro Monzón, un gigante de casi dos metros de altura, bronco y desmañado que sufría una especie de cortocircuito en su personalidad que lo llevaba a cometer actos reprochables, como orinar sentado, fumar marihuana y enamorar a las secretarias más feas y viejas para quitarles los pocos centavos que ganaban.

Gustavo Pumarejo, quien se envanecía porque gracias a sus conexiones políticas había sido nombrado en interino en un cargo de la administración municipal, olvidándose por completo que, justamente, una de las pocas prerrogativas de la vinculación a la Universidad era la de no necesitarse ser un lameculo de politicastros para obtener y conservar el puesto de profesor.

Diego Frankin, la persona más indisciplinada del mundo. Una especie de mago académico que se valía de los más insospechados trucos para evadirse del aula y dejar en la estacada a los alumnos. Cansado el Decano de encontrárselo sin autorización ni permiso para ello en distintos lugares en hora laborales, hizo colocar a la intemperie unos pupitres, donde -vigilado por toda la comunidad universitaria- lo obligó a dictar sus clases.

Gabriel Sierra, gran simplificador de la vieja formula aurea de los profesores exitosos, que en sus relaciones aconsejaban ser liberal con los particulares, conservador con el seno de la familia y marxista con los estudiantes. El, sencillamente, era reaccionario con los ciudadanos comunes, reaccionario con sus parientes, reaccionario en sus clase, reaccionario hasta cuando dormía o respiraba.

Jorge Rossi, todo un error en clases: arbitrario, déspota y prepotente, actitudes estas que utilizaba para olvidarse de las golpizas que por el más insignificante motivo su mujer le propinaba.

Federico Valdez, quien molesto hasta la saciedad de que las personas que no le conocían lo tomásen por un celador y no por un profesor con tres títulos (químico, abogado y psicólogo), optó por pegarse a su camisa pequeñas fotocopias de sus diplomás, pero ni aun así (puesto que con esas falsas condecoraciones parecía un celador bromista) logró ser llamado con la anhelada palabra de “doctor”.

Ignacio Ovalle, un hombre tan extraño, difícil y huraño, que todas las mañanas se levantaba a vituperar a la primera persona que encontrase a su paso, que, invariablemente, no era otra distinta a el mismo, reflejado en el enorme espejo de su alcoba.

Pablo Ricaurte, quien, dedicado todo el tiempo a la elucubración de cómo perjudicar a sus colegas inventando o magnificando sus faltas ante sus superiores y disminuyendo su talento ante los estudiantes, fatigó tanto su cerebro que se vió abocado al predicamento planteado por su médico de suspender sus maquinaciones o padecer un tumor cerebral. Obviamente prefirió... lo segundo.

Eugenio Wilson, que acomplejado por su calvicie total tuvo la brillante idea de mandarse a fabricar una peluca que, para que luciese como una cabellera natural, imitaba una calvicie apenas incipiente.

Miguel Mocaribe, a quien se le notaba tanto su procedencia indígena que daba la impresión a cada momento de que en vez de cabellos le saldrían plumás, y que, por falta de conciencia de clase y orgullo racial, negaba y se avergonzaba de su origen. Enviado a estudiar a Harvard regresó al poco tiempo convertido en eso que algunos ensayistas franceses llaman “sociólogos de buena familia”, es decir, apologistas incondicionales del Imperialismo. En clases fingía olvidar algunas palabras en español, que reemplazaba por sus equivalentes en inglés. Su exageración en recordar a todo instante que se había especializado en el extranjero lo llevó al extremo de llamar “chiken” a un loro común, pero se le quitó la costumbre de

intercalar los dos idiomas porque a partir de entonces sus alumnos lo apodaron “Gallina Verde”.

Luis Blanco, un jovial hombre maduro que terminó por volverse insoportable, pues, impelido por su enorme necesidad de afecto, visitaba en sus cubículos a todos sus compañeros con el propósito de manifestarles su admiración y aprecio con un tono tan sincero y vehemente que no podía sino sonar sospechoso y falso.

Eduardo Pérez, a quien -con el propósito de vengarse por su rigidez conceptual, pero haciéndole creer que era por gratitud- sus alumnos le regalaban colonias apesadas, mientras que él, muy orondo, se consideraba digno de ser admirado por su pulcritud.

Armando Alzate, víctima y victimario de un delito estético. Sometía a sus alumnos a un castigo muy especial, pues enamorado hasta el punto de no querer separarse ni un instante de ella, llevaba consigo a clases a su novia que, aunque feísima, consideraba una belleza digna de presumir con su compañía en cualquier parte.

Julio Rojas, quien en hecho de ser un mediocre encontró la felicidad: jamás sospechó de la sorna y anfibología que contenían los atributos de sabio, elegante y diligente que con falsa generosidad le endilgaban alumnos y profesores.

## 28

*Utilizando un criterio distinto, pero como lo hacíamos con los futbolistas (cuyos partidos escuchábamos por la radio paralizados por la emoción absoluta que nos producía sus proezas y por la emoción relativa de no contar con otra diversión en los largos y aburridos domingos) los internos llevábamos a cabo, igualmente y en una especie de galería de la fama, la clasificación tanto de los sacerdotes que descollaban por sus grandes atributos y defectos como la de los más aburridos e insignificantes.*

*Entre quienes figuraban en la primera lista estaban:*

*El Padre Ramón Leguizamón, un verdadero héroe de novela cuyo*

*nombre no en vano rimaba dos veces con la palabra campeón, quien por el hecho de haberse conservado casto toda la vida, es decir, no haber derramado ni una gota de su liquido seminal, era el hombre más fuerte del mundo, hasta el punto que podía pulverizar con sus manos pedazos de roca, fabricar un signo de interrogación con sus brazos y un trozo de riel y, -en una hazaña que contradecía su renombrada pureza- levantar con la simple erección de su pene una pesa de cincuenta kilogramos amarrada a su órgano mediante una cadena. Pero no sólo nos deslumbraba con su fortaleza muscular, poseía otras virtudes: tenía como ningún otro sacerdote en el país, el poder de celebrar -con ciertos ritos especiales- la Misa del Espíritu Santo, cuya eficacia es tan milagrosa que jamás encuentra oposición en la divina voluntad puesto que Dios está obligado a otorgar lo que se le pide en esta forma por inoportuna o temeraria que sea esta petición; contaba con un oído tan fino y especializado que en repetidas ocasiones en clase nos conminaba a guardar silencio para que pudiésemos escuchar -como él lo hacía- los lamentos de las almas condenadas en el infierno y era, además, un gran botánico. Más sin embargo, (envanecido por el pacto tácito de la absoluta complacencia por parte del Altísimo y por el hecho de saberse más bondadoso y justo) se dejaba llevar por la soberbia, y con el objeto de castigar ejemplarmente a impíos, impuros y ateos -que a su juicio merecieran esta suerte- solía celebrar en su contra su terrible y misteriosa Misa, convirtiendo a esos infelices en locos, ciegos o leprosos.*

*El Padre Ernesto Salcedo, Prefecto de disciplina, quien para mantenerse en buen estado físico y recordar su antigua e inconfesable afición a la practica del boxeo solía golpear a los alumnos descarriados enviados a su despacho para una comedia amonestación. Como los familiares de algunos jóvenes protestasen por este atropello, recurría a la burda excusa de afirmar que era el Angel de la Guarda quien, en su interesada, fuerte y decidida intervención para corregirlos y apartarlos del mal camino, había causado las heridas y hematomás.*

*El Padre Alberto Suárez, quien para desatar en su contra ácidos comentarios y murmuraciones dejaba entrever bajo su acortada sotana sus calcetines blancos, prenda escandalosa que en ese entonces en Tuluá sólo era usada por reconocidos homosexuales, pero que en verdad buscaba con esta indiscreción debilitar su condición de sospechoso número uno de ser el “Angel Besador”, ya que si fuese él quien en las noches la emprendía contra los cordones de las pijamás de los internos, no daría muestras tan evidente de ser un depravado.*

*El Padre Gabriel Lozano, hijo de un terrateniente de la localidad y víctima también de un malentendido que dividía a los alumnos entre quienes afirmaban que la sangre matutina que manchaba su sotana blanca era de pato o de tigrillo y quienes sostenían que era de humanos. Pero ¿cómo era posible pensar esas atrocidades acerca de un ser tan amable y dulce a quien apodaban “Sonrisal”? (término este que era a la vez el `Alias` de un bandolero famoso y el nombre de un efectivo bromuro de la época) -se preguntaban las beatas que venían a rezar en la capilla del colegio.*

*El Padre Jesús Díaz, el adusto y severo Rector, quien sin proponerselo ni sospecharlo siquiera había convertido su clase en el mejor campo de experimentación para templar el carácter y adivinar la suerte que le deparaba la vida a cada uno de sus alumnos: como quiera que solía mofarse y borrar el tablero con el rostro de quien no supiese las declinaciones latinas, constituía un gran desafío y la mejor prueba de hombría pasar al frente del salón y fingir no saber ni el nominativo de rosa y evitar la humillación y el castigo intimidándolo con la adopción del gesto y la mirada de futuro general, empresario, gobernante o salteador de caminos.*

*El Padre Héctor Rivera, quien en el olor que expelía su cuerpo a pesar de sus continuas abluciones con alhucema y agua bendita, sus pulcras sotanas y el enorme crucifijo de oro que colgaba de su cuello daba muestras de estar irremediabilmente condenado a los tormentos del infierno. Para ilustrar con un ejemplo lo fuerte e insoportable que*

*era su humor los alumnos recurrían a la afirmación de que espantaba a los buitres, que no se atrevían a merodear alrededor de los cadáveres que a consecuencia de la guerra civil entre los dos partidos políticos tradicionales amanecían tirados en el Parque Boyacá.*

## 29

El sábado llega ungido con la cualidad de ser autónomo, extra y especial en tanto que no tiene nada que ver con los otros días ordinarios del año; madurado con fatigosa lentitud como un buen queso o un buen vino, alimentos que son -según Fernández- símbolos de felicidad y a la vez los más apetecidos por los hombres solitarios y tristes. Aunque es ateo y, lógicamente, considera a la Biblia tan sólo como un buen libro de cuentos, se conforma con un versículo del Eclesiastés: “Todo tiene su tiempo y todo lo que se quiere debajo del Cielo su hora...”

Hoy, a diferencia de la última vez que visitó la casa de su alumna, no ha llovido. Un cielo metálico y limpio como la hoja de un cuchillo le ha infringido a la ciudad cierta apariencia de espejismo.

La felicidad pueril que lo ha invadido desde que Marina le hizo la invitación explosiona ahora, germina como una flor nocturna, se alborota como una marea. Para auto-recetarse un buen augurio, conduce su auto esta vez por un trayecto distinto, por calles que jamás frecuenta y el efecto del conjuro surte rápido: siente que vive en una ciudad diferente, o invertida como en la geometría onírica; cree que sueña este episodio dichoso y que puede moldear a su antojo su sueño; piensa que le ha concedido la gracia del volver al pasado, revivir la noche de su primera cita y corregir los errores que cometió al no expresarle su amor a la joven y solicitarle a su madre el consentimiento para visitarla.

Como la fecha coincide con un día de fiesta hay corrillos que alborotan en las esquinas, y él se apodera de esos trajines haciéndose a la idea de que celebran la dicha que siente.

Los tulipanes africanos que enmarcan la casa de Marina han hecho llover sobre el césped y el andén sus flores rojas que semejan órganos sexuales: la más plena, prometedora y feliz alegoría, y antojado a Fernández de que fabrican con ellas una alfombra, un delicado tapete como los que se colocan bajo las puertas con el letrero de “Bienvenido”. Entonces, entusiasmado con tantas premoniciones, repasa con una mirada (que trepa desde sus zapatos hasta el cuello de su camisa como la araña de la compostura y la aceptación) su atuendo, que sigue siendo, sin que él lo sepa, el de un hombre elegante dos décadas atrás.

En los seis segundos en que se detienen sus signos vitales, la vida y el universo, golpea a la puerta con la garra, que suena como si no fuera de metal sino afelpada como las de los otros felinos. La puerta se abre (y él recuerda la formula mágica que en un cuento árabe abre la entrada a una cueva llena de tesoros), pero no lo hace -como él quisiera- con el estruendo y la celeridad que produce el “Abrete Sésamo”, sino lenta y dubitativamente, con cierta delicadeza mujeril, con cierto temblor de su recia madera. No es Marina -como tanto desea- la que mueve la puerta, sino su madre, vestida con un apretado traje de seda blanca en el que, como si lo hiciera en la arena, florecen pálidas y difíciles rosas amarillas, perfumada con un perfume antiguo que convierte el acto natural y femenino de perfumarse en un atentado: crea para las beleidades de Fernández un Monstruo Odorífico que ha asesinado, devorado y asumido los olores familiares que él ya conoce, presente y ansia de la estancia, como el olor de los árboles frutales, de la limpieza excesiva, de los alimentos preparados con una sazón única, de la milenaria tierra del patio, de la ropa de Marina (secándose en el tendedero a modo de caprichosas banderas que sólo ondeasen para hacerle señales, secretamente convenidas, a su corazón).

Sin embargo, se sobrepone de su frustración puesto que ha decidido ser amable y simpático con la mujer.

–Buenísimas noches, mi querida señora! -exclama con extrema cortesía que suena falsa, que es una prótesis verbal en alguien tan hosco.

–Mariela, por favor -corrige ella, con amabilidad.

La mujer lo invita a seguir y lo precede por el largo y oscuro corredor guiándolo con el fru-fru de su vestido por una senda visible tan sólo para Fernández gracias a ese perfume anacrónico que hiere su olfato y lo pone triste. A medida que avanza, ella va encendiendo bombillas, creando la luz y, de algún modo, el mundo con una magia que a él le hubiese gustado que en vez de su madre la practicase Marina.

Penetran en la sala que a Fernández le gustó tanto por los sillones que imitan con su mullidez a la carne y que le recuerdan -por la vía de una tortuosa asociación- otro mueble, el atroz que contempló en París: una lámpara de mesa cuya pantalla estaba fabricada con piel humana. El se sienta, pero la dama abandona el lugar para cegar otra vez (excluyendo la de la sala) todas las bombillas que ha prendido, e ir al fondo de la casa.

El profesor se pone de pie, va a la puerta y se asoma, pero no ve señales que le indiquen la presencia de la joven: en el interior sólo existe un pequeño resplandor que se vislumbra como la fiebre o el desmayo de la luz, que imita una aldea remota mirada desde un avión en la noche, que recuerda un barco que se hunde con un quinqué encendido en su proa.

Cuando la madre vuelve, él todavía esta de pie y deja traslucir el ansia que padece:

–Y Marina...? -pregunta muy quedo, temeroso de la respuesta.

–Marinita no está. Tuvo que salir a una diligencia importante y me encargó de pedirle que la esperara -responde la señora de un tirón, con una frase que a pesar de lo elemental parece aprendidísima y de la que quisiera deshacerse rápidamente-. Y enseguida proporciona a Fernández la segunda sorpresa de la noche: se sienta muy próxima a él, rozándole las piernas con las suyas. El profesor no tiene tiempo de reaccionar porque padece la tercera: ella se pone de pie ayudándose con el gesto inapropiado de apoyarse en su hombro.

Fernández conoce ya el rito: sabe que la mujer -desplazándose certera y segura en la penumbra- va por la bandeja con licores. Imagina, entonces, un infierno como el de los existencialistas franceses en el que la condena consiste en vivir sometido una y otra vez a la repetición eterna de los mismos actos, a la ocurrencia incesante de los mismos acontecimientos; idea que le resulta repulsiva no sólo por la visión de ese infierno tan delicadamente ominoso, sino por el reparo -por decadente y pesimista- que escuchó contra el existencialismo en boca de católicos, primero, y de marxistas, luego.

La mujer aparece de pronto en la puerta después de trasladarse hasta allí silente, avasalladora, nictálope; como una bruja cuyas amabilidades comenzaran a hacerse sospechosas. Coloca la bandeja sobre la mesita central, frente al sillón donde Fernández esta sentado y ella lo hace enseguida, otra vez muy próxima a él. Dejándose rodar con las ruedas inmóviles de sus glúteos forrados con el apretado vestido que le cubre hasta los tobillos como a una vívida momia, arquea su cuerpo (para la fantasía de Fernández un arpa antropomorfa con cuerdas destempladas, un arco que fuese a disparar terribles flechas de fuego y esmegma) y sirve el licor en los vasos. Un licor que parece inocuo como el agua puesto que el perfume arbitrario de la mujer aplana su bouquet. Deposita unas cuantas gotas en su vaso, pero llena el de Fernández.

-Brindemos por el hombre más encantador del mundo!  
-exclama la madre con repentina animosidad que alarma al profesor. Y dando unos pequeños saltos en el sillón choca los vasos, que tintinean haciéndole tener a él la más descabellada idea: el tañir de la campanilla para la iniciación de un nuevo round que oyese un boxeador que estuvo en el anterior a punto de ser dejado fuera de combate.

Un trago profundo le ayuda a soportar la ofuscación que le han producido las palabras de la mujer, pero no es suficiente porque a continuación, mirándolo fijamente, agrega:

-Estaba ansiosa porque viniera a visitarnos...

–Y yo ansioso por venir -responde Fernández por salir del paso-, pero, dándose cuenta inmediatamente de que sus palabras pueden fácilmente malinterpretarse por la mujer, concluye apresurado:

–Tenía muchos deseos de ver a Marina!

–Ah, entonces a mi no! -exclama la mujer, coquetona; llevándose una mano a su escote en el que sus pechos parecen dos planetas a punto de formar un eclipse; dando de nuevo esos salticos en el sillón.

–A usted también, por supuesto -agrega Fernández desamparado-. La simpatía que siento por su hija se hace extensiva a Usted.

–Que pesar que no le guste por mí misma -le reprocha la mujer con un dejo de tristeza, al parecer sincero.

Un embarazoso silencio convierte por algunos minutos a la estancia en una urna de cristal, en un hospital abandonado, en una planicie bajo el mar. Pero enseguida (perdiendo toda su compostura y aplomo, y con un gesto que él no atina a precisar si es ridículo o posee la serena atrocidad de las narraciones góticas en el preciso momento en que el personaje más dulce e inofensivo decide revelar su verdadera, perversa y terrible personalidad) la mujer agrega:

–Dígame, sinceramente, no le da miedo esta soledad...?

Por un instante Fernández se imagina que la mujer se convertirá en un perro, un sapo o un dragón. Trata, entonces, de salir del trance de la manera más decorosa, y, confiando que sus palabras apaciguaran al monstruo, dice a manera de exorcismo:

–¡No me da miedo estando con un ángel como usted!

Sus palabras (pronunciadas tan meliflumante y tan cargadas de expectación, al punto que sin querer imita la voz quebrada de la mujer)) no aplacan sino que estimulan el entusiasmo de la madre que, tomándole una mano y buscando su cara como si fuese el espejo donde ella quisiera comprobar si ha adoptado el gesto convincente, exclama:

–¡Me encanta que le parezca un ángel, pero más angelical es usted!

El asedio de baba y seda le ha hecho descartar a Fernández la idea que tuvo minutos antes (y que le gustaría que hubiese sido realidad, pero que ahora tan sólo le sirve de consuelo), cuando imaginó que la familia entera había maquinado un complot para asesinarlo por motivos que desconoce, y que Marina, su tío y sus hermanos deberían estar escondidos por ahí, esperando la señal convenida para apuñalearlo.

No sólo lo intimida la osadía de la mujer y el hecho de que sea “su suegra”, sino también su olor (¡idéntico al que tenía su madre!), sus mohines de adolescente frenética, el fulgor animal y lascivo de sus ojos, los mimos de su cara que le arrugan horriblemente la nariz, su sonrisa ansiosa que deja entrever pequeños y afilados dientes de rata. La idea de que se abalance sobre él justo al momento en que Marina aparezca en la puerta le vuelve un rey raro y estúpido: le coloca una diadema de perlas de sudor en la frente; le pone un cetro de humedad en la mano, que la mujer (convertida en un engendro tridiestro) ha tomado como si fuera suya.

Para zafarse de esa mano (que también se ha tornado viscosa como la suya), Fernández recurre al truco de utilizarla para tomar con ella el vaso de licor. Estira, pues, su brazo hasta la bandeja que hay sobre la mesita, toma el vaso y se lo lleva rápidamente a la boca. Solamente un segundo después se percata de que al beberse el whisky de un jalón y devolver el vaso a la bandeja ha cometido el error de dejar nuevamente libre su mano, que la mujer se apresura a recapturar.

Fernández siente que se sonroja y tiene otra idea absurda: piensa que su rubor es tan intenso que ilumina la sala tiñéndola de rojo como lo hacen las bombillas de ese color en el interior de los submarinos y los cabarets. Enseguida expresa su temor porque, efectivamente, teme y porque cree que al expresarlo le será útil para disminuir la excitación de la mujer:

–No estará Marina a punto de regresar...?

Sus palabras, que creyó eficaces para sembrar a la vez calma y desazón en la mujer, no surten efecto:

–Si, ya no tarda en llegar... Pero no se preocupe ni me haga pensar que se aburre conmigo -responde ella tranquilamente al tiempo que le aprieta más la mano.

–Yo no me aburro con usted... por el contrario... me... soy... yo -balbucea Fernández-, pero no tiene tiempo para completar la frase que desesperadamente busca en su caletre porque a continuación -rápida e impetuosa, como impulsada por una necesidad fisiológica- la mujer se pone de pie, va hasta el interruptor y clausura la sala con una oscuridad hermética, como si -según él- dejase caer sobre la casa una enorme roca.

En otra de sus típicas imágenes, a Fernández se le antoja que la noche se ha duplicado en un fenómeno de partenogénesis, es decir, que ha caído la noche sobre la noche. Pero su idea se consume rápido ante el escándalo que padece a causa de la mujer sentándosele sobre sus piernas y respirándole al oído con un aliento fétido que fuese a succionarlo. Incongruente con el tipo de estímulo que recibe, se enfría todo cuando siente la mano tibia de la mujer sobre su nuca. Enseguida se deja subyugar por la presión (muy suave y leve pero tan eficaz como si para el efecto se utilizaran mil libras) que conduce su cabeza hasta los senos de la mujer, que yacen por fuera del vestido y al expandirse libres del brassier se han proyectado en la oscuridad y exploran el vacío como horribles brazos gruesos y sin manos.

Los senos -enormes, calientes, pegajosos- se separan como los labios de una boca enorme que quisiera engullir su cabeza: parecen -a modo de una pesadilla- una tenaza que cediera infinitamente. Sin embargo, logra reponerse de su ofuscación pensando que (en los pasos imaginarios que escucha) Marina ha regresado con la intención de sorprenderlo; consigue zafarse del blando aprisionamiento y, tropezando en la oscuridad con la mesita, un sillón y las paredes, corre a la puerta y sale con otra idea disparatada en la mente: se imagina a si mismo un buzo -a quien ya hace mucho tiempo se le ha agotado el aire de sus pulmones- luchando por subir a la superficie.

*Al tercer año de mi internado no volví a casa. Esta vez mis padres prefirieron pagar tres meses adicionales de pensión que venir por mí o enviarme dinero para el pasaje. De todos modos con mi familia o guardado en el colegio los días eran idénticos en ambas partes: bolsas de tiempo que reventaban dejando escapar su aire de aburrimiento y desidia, cubos de horas que rodaban lentamente. Mi vida se parecía entonces al verso de un poema famoso: “Todo no vale nada y el resto vale menos”.*

*Aunque a decir verdad, resultaba un poco menos aburrido continuar en el internado; gozar de pequeñas comodidades y canonjías de dictadorzuelo, tales como levantarme tarde, ir a la biblioteca y aprovecharme de su soledad y falta de vigilancia para meter entre la biografía de San Juan Bosco una novela policiaca, desayunar con el mismo desayuno que le servían a los curas (casi el mismo, puesto que eran evidentes algunas depreciaciones: el pan algo quemado, un tanto frío el café, un poco rancia la mantequilla), tener para mí solo la piscina de la hacienda (en la que la presencia sabatina de los otros internos no me permitía demostrarme que continuaba siendo el nadador experto que hizo de mí la frustrada ambición de mi padre de convertirme en campeón mundial, y en la que los sacerdotes no se atrevían a chapotear por la vergüenza de ser vistos en su intimidad: sin la sotana que les confería su status superior, en la feura de sus cuerpos flacos y demasiado blancos para el trópico, en la triste exposición de su piel llena de acné, manchas y lunares); conocer -e interesarme por ellos como si súbitamente adquiriesen la prestancia de extranjeros o de celebridades- a tres o cuatro internos que padecían mi situación y en quienes por primera vez reparaba pese a haber convivido las clases y las otras actividades del plantel, que de alguna forma me reflejaban y repetían, en los que contemplaba facetas mías como las de ser huérfano de padres vivos y un adolescente tímido, solitario e introvertido, pero que también me servían para recuperar algo*

*de mi autoestima al saber que no era el único que recibía la muestra de desamor de haber sido abandonado en un colegio semivacío, que más que nunca se parecía a una cárcel para castigar el primer delito de gente honorable o un hospital para enfermos mentales venido a menos; gozar el placer -y es válida la paradoja- de frecuentar a seres más tristes que yo, pues esa cualidad poseía la media docena de seminaristas que por este tiempo siempre enviaban desde Bogotá para que calentaran sus huesos, y con quienes compartía -puestos al tanto sobre la presencia de seres y objetos extraños que se abatían contra el colegio- el miedo de las noches, que la solitaria y silenciosa crujía volvía más terrible.*

*La tarde de un jueves de esas lánguidas vacaciones el grupillo que vivíamos en el desolado edificio fuimos en autobús a la hacienda. Los sacerdotes se encerraron en un galpón oscuro y húmedo que volvía vivible la tarde ardiente y, creyendo cada uno que la estancia la pertenecía, se quedaron -a la manera de los terratenientes de verdad- dormidos en sendas hamacas. Los otros alumnos y los seminaristas se dedicaron a jugar fútbol; yo me escabullí hasta un bosque de guayabos confiando que su atmósfera fragante disimularía el olor de un cigarrillo rubio guardado por mucho tiempo y tan amarillento y deshecho ya que producía la impresión de que no expelería humo.*

*Recostado contra uno de esos árboles que tienen el tronco y las ramás como la piel de un hombre muy delgado y musculoso, me quede, igualmente, dormido.*

*Después de un sueño -del tipo que no le permite al espíritu tranquilo precisar si ha durado un minuto, dos horas o veinte años como el de Rip Van Winkle- desperté, y apenas me desperezaba cuando unos pasos leves en el césped me hicieron girar la cabeza. Se trataba de una mujer pequeña y blanca en cuya sonrisa unos dientes de oro hicieron salir de nuevo el sol. Se acercó confiadamente y me entregó un mate lleno de frutas.*

*-Tome, jovencito... Un regalito para usted que esta tan solito -susurró, cargada de diminutivos que apocaron mi presencia.*

*Agradeciéndole, me puse de pie, no sin dejar de sonrojarme. Como había venido, la mujer desapareció en el instante que gasté en examinar los dos mangos y las tres guayabas que relucían en el recipiente como enormes y burdas piedras preciosas que no habían cumplido el tiempo geológico para endurecerse del todo.*

*Por trivial, el gesto de la mujer se borró de mi memoria hasta el sábado siguiente cuando, en la misma circunstancia de un cigarrillo fumado subrepticamente, se repitió. Esta vez fui más explícito en mi agradecimiento. Le dije claramente que me abrumaba con su bondad y agregué una fórmula de cortesía más propia de un anciano que de un jovencito:*

*–Me comeré las frutas en su nombre! -le dije, un poco turbado aunque con suficiente entereza para detallarla y advertir que era rolliza, que tenía a la vez muy clara y tostada la piel por el sol, que vestía decorosamente y hasta con cierto lujo con la seda de su vestido de colores chillones y brillantes y que debía tener la misma edad de mi madre.*

*Más tarde su presencia constituyó un escándalo en mi vida monótona: cuando salía de la piscina a eso de las tres después de recorrerla en ambos sentidos por cien oportunidades, me llamó con su mano regordeta que se iluminó mientras se movía autónoma fuera del cuadro de sombra de la alameda que guardaba y hacía invisible el resto de su cuerpo.*

*Corrí hasta allí por primera vez deseoso de las frutas que dos veces antes me había obsequiado, esquivando las ramás secas que herían mis pies y le daban un aire ridículo a mi andar. Al aproximarme me di cuenta de que no tenía el recipiente, lo que me alivió de la vergüenza que su generosidad me producía. Pero fue un alivio pasajero, y muy veloz en trasladarse a su extremo, ya que creí que me alargaba un billete y no media hoja de cuaderno cuidadosamente doblada.*

*–Es para usted que sigue tan solito... don...? afirmó, e indago por mi nombre, como nadie más listo pudiese hacerlo, utilizando simplemente un monosílabo.*

*–Humberto Fernández! -conteste de inmediato.*

*–Como sigue estando tan solo y como parece tan triste, lo estoy invitando a una fiesta para que conozca amigos -dijo, con insospechado desparpajo, haciendo que en mi cabeza estallaran un millón de conjeturas que luchaban entre si por salir a flote y esclarecer cual era el propósito real de la mujer. Dos posibilidades triunfaron sobre todas las demás: se había enamorado de mi en un frenesí otoñal, o se trataba de una trampa para raptarme.*

*Sólo después de un rato atiné a contestar y, dándole oportunidad para poner en práctica su modalidad tan peculiar para averiguar y dar a conocer los nombres, balbuceé, turbado:*

*–Mire, mi señora...*

*–Susana Figueroa para su mandar y servicio! -dijo, más con los ojos que con la boca, interrumpiéndome.*

*–Mire, doña Susana... Yo soy un alumno interno y no puedo abandonar el colegio a mi voluntad. Únicamente podría hacerlo con la autorización de mis padres o de mi acudiente! -sentencié. Y, con tono lastimero que considere efectivo para disuadirla de cualquier propósito y dar por terminada nuestra conversación, agregué:*

*–Y no tengo padres ni acudiente.*

*–Ese problema ya lo arreglaremos, caballero. De todos modos apréndase de memoria la dirección y rompa el papelito que le he dado para que mis patrones los curitas no se enteren ni de la fiesta ni del lugar! -concluyó y desapareció por la senda metafísica que sólo ella parecía conocer.*

*Como quiera que consideraba sospechoso el hecho de que una persona de la condición de esa campesina mostrase tanta entereza, astucia y decisión y, convencido de que era bueno tener evidencias para comprobar la terrible conspiración que se fraguaba en mi contra, no rompí la boletica sino que la oculté entre la pantaloneta.*

*Solamente hasta la noche -escondido en un sanitario del dormitorio- intenté leerla, pero la humedad de la prenda para nadar la*

*había deshecho y borrado y no pude descifrar los trazos dibujados con un lápiz muy grueso.*

*Una semana después, el conserje me encontró al fin en un rincón de la biblioteca dedicado a ese otro vicio solitario de leer libros prohibidos. Alguien me solicitaba en la puerta. Me dirigí al lugar pensando que mis padres se habían acordado de mi y venían a visitarme o que al menos me habían enviado una encomienda con golosinas.*

*En vez de mi hermana o de mis padres, me esperaba de pie en la acera un hombre que además de llevar las manos vacías no había visto jamás.*

*—Don Humberto, vengo a verlo de parte de Susana Figueroa -dijo, al tiempo que se quitaba el sombrero negro, produciendo con esta acción tan sencilla un truco de magia puesto que se cabeza se infló con la expansión de su cabello abundante y crespo, como si por otro lugar de su cuerpo le hubiesen insuflado aire.*

*Tuve que recorrer en menos de un segundo (como dicen que lo hacen los moribundos) todos los episodios de mi vida hasta llegar al momento de conocer y precisar que Susana Figueroa era la mujercita que me había regalado las frutas e invitado a una fiesta misteriosa en la que, por lo menos, me asesinarían, y que había olvidado completamente.*

*El miedo se apoderó de mí y por un momento pensé salir corriendo ante esta flagrante evidencia de que mi secuestro se consumaba, pero como mi interlocutor pareciese ser el hombre más bueno e inofensivo del mundo, permanecí en el lugar absolutamente confiado y tranquilo, en ese tipo de paradoja tan creíble y común por lo extraordinaria. Igualmente, como sólo pueden hacerlo los muy tímidos o cobardes, le reclamé:*

*—Es mejor que desista de su propósito... Aunque crea que estoy desprotegido y que le resultaría fácil llevar a cabo su fechoría, la comunidad salesiana me ampara y cuida, y por su intermedio la policía daría prontamente con usted!*

*El hombre no pareció ni oírme ni entenderme. Automáticamente su actitud me hizo hasta ahora percatarme de que la calle estaba solitaria y silenciosa como la de un sueño, como las que muchos de los habitantes de las casas que rodeaban el colegio soñaban, justamente, a esta hora leve del mediodía en que se dedicaban a la siesta.*

*—No voy a hacerle daño; no tengo contra usted ninguna mala intención -dijo, por fin, el hombre. Únicamente vengo de parte de la Susana que quiere saber por qué no fue a la reunión.*

*—Ah, entonces según eso, ella es la jefe de la banda! -exclamé, ateniéndome a los mecanismos y leyes de mi mundo imaginario que ya había decretado una conspiración en mi contra.*

*—No hay ninguna banda, joven... Eso es de malhechores. Susana simplemente se ha preocupado por usted al verlo tan sólo y como abandonado a su suerte. Por eso lo invitó a una comida con algunos amigos de ella. Preocuparse por alguien como usted es lo que la hace tan buena -dijo, tranquilamente, con su acento de campesino, el hombre cuya cabeza ya no me parecía llena de viento sino de una ruda sabiduría, e hilando sus frases como si subiesen por escalones de mayor volumen y precisión; frases que jamás olvidaría y que muchos años más tarde me servirían para ilustrar el concepto de Sausurre en el sentido de que no se deben considerar las diferencias de acentos dentro de las de dialecto y, que por tanto, los acentos no existen: lo que quería decir que él escuchaba mi voz cargada con el mismo dejo dulzón que yo escuchaba la suya; o mejor, que ambos nos alternábamos en ser un señorito que se preciaba de culto y un saludable y bronco labriego.*

*—Yo le dije a ella que no podía salir porque estaba interno y porque no tenía un acudiente que pidiera en mi nombre un permiso -le dije, dejando a un lado mi aprensión y como si se tratase de un viejo amigo.*

*—Si, eso lo sé... pero como ella no puede venir a presentarse aquí como si fuera su mamá o su acudienta puesto que los curas la conocen y, maliciosos y jodidos como son, pensarían lo mismo de mal que usted pensó, yo vine en su nombre para decirles que soy un familiar suyo... un tío, un hermano mayor o... su papá mismísimo.*

El domingo Fernández despierta muy temprano y como los angustiados o los viajeros de casas comerciales demora algunos segundos en precisar dónde se encuentra. De inmediato lo embiste el recuerdo del fiasco sufrido la noche anterior en casa de Marina; fiasco que es (y hasta ahora no se percató de ello) uno de los enormes y horribles búfalos con que soñó en la noche. Quisiera (en ese recurso tan socorrido y peregrino que desafortunadamente comparten los de muchísima y muy poca imaginación) que todo hubiese sido -en lugar de los búfalos con tres cuernos que no cesaban de perseguirlo- un sueño. Pero no lo es: lo acontecido es tan sólido y real, tiene tanta fuerza de presencia que lo hace sentir como si de ahora en adelante no tuviese nada que hacer, como si ese acontecimiento hubiese marcado el final de su vida, o al menos el período más importante. Decide, entonces, permanecer acostado en su cama, que parece un pulpo al que se le hubiese cortado los brazos, que se parece a él o conformar juntos un ser excepcional a la manera como en el primer momento era uno sólo caballo y conquistador para el aborigen americano.

Yace muy quieto en la penumbra de su alcoba (conformando la geometría imposible de ser al tiempo circular y redondo) hasta las nueve cuando va a la cocina para abrir una pequeña lata de atún que acompaña con unas cuantas galletas y una gaseosa dietética puesto que desde que se enamoró de su alumna figura entre sus utopías la de llegar a ser un hombre delgado.

De la cocina pasa a recoger los tres periódicos que muy temprano los domingos el conserje desliza bajo la puerta en una acción que no tiene nada de natural y baladí porque todavía se estremece al recordar que, justamente, bajo la puerta le llegaban las amenazas de muerte, en el período más terrible de la persecución, a los militantes del Partido. Regresa a su alcoba vestido con su pijama de cuadros negros y blancos que lo convierten en el tablero para una imposible partida de ajedrez, que le sirve de uniforme caprichoso para camuflarse entre las

horas del día y de la noche. Se sienta en el sillón que hay frente a la cama con la intención de leer a fondo los periódicos pero apenas si los hojea. Vuelve a la cama para no dormir y torturarse pensando que no debería pensar en nada, pero la conciencia de lo que sucedió con la madre de su alumna esta allí, al tiempo ovillándose y diseminándose silenciosamente en el aire como un gas venenoso. Es entonces cuando se le ocurre la idea de pactar consigo mismo, de concederse el privilegio de volver a vivir la vida otra vez desde el principio para arrancar de ella los episodios amargos y dolorosos como el que acaba de sufrir el sábado y en pago de esta segunda oportunidad, cancelar, ceder los años que le quedan de vida. Pero enseguida recapacita y esa idea lo avergüenza por estúpida y por hallarse relacionada con la recriminación que la doctrina del Partido hacía contra aquellos “cuyo único objetivo en la vida consiste en la felicidad personal a través del amor, que convierten la existencia en un tenebroso desierto repleto de corazones partidos, en un infierno ante el cual palidecen las poéticas imágenes del infierno terrestre descrito por Dante, y que olvidan que además del mundo interno del corazón existe también el gran mundo de la vida, ese gran mundo en el que el pensamiento se convierte en causa y el sentimiento en hazaña, ese gran mundo de trabajo incesante, de inacabable quehacer y formación, un mundo de lucha perenne del futuro contra el pasado”.

Con esa particularidad tan suya (que a lo mejor es un rezago infantil) de pensar que en un momento dado su ambiente físico y sus vivencias son idénticos a los de todos, la lluvia pasajera que cae en su tejado borra el mundo, lo suspende y anula con el propósito de que el olvide y sienta alivio en su pena, pero esta no cede un ápice, al contrario, como un viento mental va hasta la casa de Marina a averiguar como luce ella, qué actitud ha asumido su madre, de qué platican, qué se proponen las dos mujeres.

Imitando a los catalépticos, permanece varias horas quieto en su cama, que flota a la deriva en esa densa marea que en los domingos forman los larguísimos silencios. Más tarde -en un acto involuntario

como los tropismos- va a su armario a buscar nada, pero comprueba de paso que es una especie de dragón doméstico e inofensivo y que (a diferencia de los otros dragones cuya razón de ser es la de cuidar valiosos tesoros) le corresponde resguardar sus pobres reliquias, que contempla ahora ordenadas y dispuestas cuidadosamente en cajones del mueble situados a distintos niveles porque (como las eras de la tierra) pertenecen a distintas épocas de su evolución afectiva: el retrato de su Primera Comunión; las fotografías de rigor frente a la Torre Eiffel y en medio de la Plaza Roja; una mantilla de su madre perfumada ahora tan solo con el fantasma del olor a Chanel de los buenos tiempos y del talco Eclat que no volvieron a fabricar y que el únicamente huele con su recuerdo; los cuadros con los que alguna vez decoraba su estancia y en los que aparecían el conjunto inspirador del obrero, el campesino, el estudiante y la madre revolucionarios con rasgos y gestos grandiosos y nobles como si el pintor hubiese conseguido el milagro de dibujar sus almás en lugar de sus cuerpos, o el camarada Lenín alzando su brazo de hierro al momento de un discurso conmovedor, o el “Padre Stalin”, a quien el fotógrafo adulator y comprometido había rejuveneció ennegreciéndole las canas como hacían con tinta los primeros exploradores con los reyes de algunas tribus africanas, además de alterarle la predisposición del espíritu y los signos de inteligencia, con tan mala suerte que ponía (como sucede con los malos actores) a sobreactuar sus atributos, lo convertía en un pastiche, en una especie de fotografía de un zombie en vez de la del consolidador de la primera revolución socialista, y que de reposo aparecía arrinconado en el fondo como si estuviese enfermo, atacado de parálisis general para siempre.

No supo, tampoco, cuando se puso su bata de baño y se asomó al balcón a mirar la gente y los autos que penetraban en el enorme supermercado del frente; las desiertas calles alledañas y la Avenida Quinta, que como una espada desenvainada seguía al sur del continente; el Coliseo del Pueblo (que lo hacía sonreír burlescamente porque ese nombre ya había sido acaparado para sus lugares públicos más por las Repúblicas Socialistas reales que por las imaginarias Repúblicas Popu-

lares de las series policíacas del cine y la televisión norteamericanos); los farallones, que otrora se le antojaban senos y abdómen de enormes mujeres glaucas pero que ahora no le causan ninguna gracia puesto que allí se refugian varias columnas de guerrilleros de los que supone que no han venido a quebrantar el sistema sino a arreglar a nombre del Partido la cuenta que tiene pendiente con él; los autobuses de nubes que viajan hacia el mar cargados con gigantes bicéfalos, dromedarios con tres jorobas, elefantes preñados por la espalda y otros monstruos que se colaban por la puerta de atrás para no pagar el pasaje.

El resplandor del crepúsculo se agota en el oeste y el sol va a sumergirse en el mar desalojando millones de metros cúbicos de agua para complacer a Arquímedes, entonces Fernández acolita, se hace cómplice de esa agonía: sufre la sensación de no haber vivido este domingo o de haberlo vivido en blanco y en vano en tanto que transcurrió alejado de Marina, apartado de ella por la malignidad de su madre. Consecuente con la tristeza que lo asalta, experimenta la noche que llega como si fuese la última.

La bruma, las sombras y un inexplicable frío de verano invaden el edificio como si éste fuese un barco que llevase al profesor de pie en la proa, como si hubiese penetrado, al igual que el sol, en el mar. Una a una las estrellas comienzan a repetirse en las luces que se encienden en los apartamentos de los quince bloques que hay alrededor del suyo en la enorme Unidad Residencial.

Fernández vuelve (como si al menos en una gracia mínima y compensatoria se le permitiese recomenzar el día) a la cocina -donde, precisamente, comenzó el de hoy- a prepararse su segunda comida: un bistec con patatas que impregna el lugar con el olor de los restaurantes baratos o del encogido comedor de los buques de cabotaje.

Al penetrar en su alcoba encuentra, como si lo hubiese causado otra persona, el desorden de la mañana, y, con el fastidio de sentirse roñoso, insignificante y mujeril, se da a la tarea de tender la cama, ordenar los periódicos y recoger la ropa que yace en el suelo.

A las ocho se acuesta pero no puede (en señal de que sus mejores años ya pasaron y que no le restan muchos para canjearlos consigo mismo a cambio de una segunda oportunidad) conciliar el sueño y, en vez de ese ensayo, de ese primer borrador de la muerte, tiene que levantarse para ir al refrigerador por agua e, impelido por una dispepsia, al sanitario.

## 32

*Los sacerdotes habían instituido en el internado una especie de Tribunal de la inquisición, pero no para perseguir la herejía y los demás delitos contra la fe, sino para poner en evidencia y castigar severamente a los onanistas. Másturbarse resultaba un pecado reprochable hasta la saciedad por llevarse a cabo ante la omnipresencia de la Virgen Auxiliadora, patrona de la Comunidad Salesiana, y se penalizaba con la expulsión o el escarnio de permanecer cuatro semanas de pie en el patio de recreo con un cartel colgado al cuello en el que se había escrito con letras rojas y grotescas “Soy un impuro, soy un inmundó”.*

*Igual que el Santo Oficio español, el del colegio tenía su Torquemada (en la persona del Padre Viazzo, un calabrés que tocaba muy bien el acordeón y engatuzaba a las vecinas valiéndose de sus ojos azules como el extremo de una llama para venderles como si fuesen de oro y no de latón las bisuterías que le enviaban sus parientes), un cuerpo de espías (conformado por internos con cara de cándidos que eran compensados con buenas calificaciones y permisos extraordinarios por la delación de quienes cometíamos inoportunas confianzas), y algunos instrumentos de tortura (como la obligación de confesarnos diariamente y el diligenciamiento de prolijos formularios en los que, mediante preguntas capciosas o de apariencia inocente, se podía descubrir quienes nos entregábamos al “vicio asqueroso”), pero como sucedía con aquel -por la burla que le infringían judíos y falsos conversos- fallaba en su represión.*

*Poquísimas veces fructificaban las trampas y los ardidés contra los infractores; casi siempre resultaban vanos los expedientes contra la*

fuerza de la libido por un alud de motivos: la advertencia acerca de la presencia de la Virgen aún en el ámbito más apartado y encubierto no disuadía a los pecadores, por el contrario, los estimulaba con la certidumbre de que agregaban a su falta el placer adicional del exhibicionismo; la clasificación de todo objeto que pudiese asociarse, conducir o facilitar el acto de la másturbación resultó universal, pues basándose en ese criterio no sólo debían declararse indignos las novelas eróticas, las revistas con fotografías de mujeres desnudas, los diccionarios y las enciclopedias que reproducían los órganos genitales, los tubos de jalea lubricante que nos permitía practicarlas imperceptiblemente en el dormitorio común, los condones, utilizados para efectuar una falsa e invisible contracepción que únicamente servía para no dejar la huella del delito en la sábana -que el padre Viazzo buscaba con una lupa y sobre cuya hipotética existencia interrogaba a las lavanderas-, y las muñecas de goma inflables de talla humana que los internos más ricos encargaban en Buenaventura a los capitanes de buques, quienes las vendían a regañadientes y con nostalgia porque en la travesía del mar lograban establecer con “ellas” una sólida y profunda relación sentimental, sino objetos de naturaleza inocua que sin embargo podían utilizarse para el efecto, como hogazas, que fungían a manera de las más blandas y fragantes vaginas, las almohadas, que gustaban de ser besadas con mordiscos al momento del clímax de su pareja, las frutas, que fijarían para siempre apetencias difíciles de complacer por **otra mujer**, los tinteros, en los que algunos introducían su pene como si “se les hubiese quedado en él” una frase para completar un ensayo sobre la teratología, los hormigueros abandonados de la huerta, que resultaban especialmente apetecibles porque con su delicada elevación sobre el terreno imitaban el Monte de Venus, porque su pequeño orificio de entrada provocaban una asociación rotunda y febril con otro de doncella muy joven, y porque constituía una especie de “ruleta rusa” la posibilidad de que todavía quedasen algunas hormigas en él, los jabones y los escarabajos (demostrando que los insectos no son los peores enemigos

*del hombre, sino al revés) puesto que -arrancándoles las alas a éstos y pegándolos con espuma al glande- se conseguía mediante la acción de la caricia de sus patas un lentísimo, tortuoso y fatigante orgasmo; la prohibición de poseer y comerciar con estampas o fotografías obscenas traídas de afuera tan sólo estimuló a los internos más talentosos para fabricar las suyas propias barrándoles cuidadosamente el tórax a las imágenes angelicales y piadosas, repartidas en la misa para crear positivas motivaciones y empatía, e introduciéndoles por entre la túnica -dibujados con lapices de colores- los apetitosos y desnudos senos de Gina Lollobrigida; constituyeron un desafío para la imaginación y la fuerza prohibiciones tales como la de dormir en otra posición que no fuese la supina (en la que era fácil observarse cualquier movimiento sospechoso) puesto que algunos dormíamos boca abajo, pero cubriéndonos la cabeza casi en su totalidad, poníamos -para imitar el único yacer permitido- hacia arriba la visera de la cachucha, el moño del gorro de dormir o el lazo para ajustar la redecilla -que usábamos con la disculpa de domeñar el hirsuto o ensortijado cabello-, o impedimentos como el de atarle las manos con esparadrapos (solamente a los hijos de quienes contribuían con generosos óbolos para la conclusión de la capilla -para la que ya se había recolectado suficiente dinero como para construir seis catedrales-, y que por esta razón estaban exentos de los dos castigos drásticos), pues como aventajados discípulos de Houdini lograban liberarlas para la feliz impureza antes del incendio de las bombillas y el latinajo cruel, o artificios tan rebuscados como el del montaje de sanitarios que al contrario de los corrientes (de algún modo predisponibles a la falta por la comodidad que brindaban para recostarse o reclinarse en ellos) carecían de taza y tanque y estaban provistos apenas de un sifón y un par de zapatones de cemento sobre los que teníamos que acuclillarnos y que, igualmente, fallaban en el combate contra el pecado solitario puesto que quienes de nuevo ofendían la presencia de la Divina Señora contaban de antemano (y bastaba para procurársela rápidamente un silbido o una tos convenidos) con la ayuda de colegas*

*de perversión que los sacaban de allí envarados, entumecidos, con el pantalón en los tobillos y contentos, pero dudando de haberse dado a la lascivia o triunfando en la prueba atlética de una carrera con obstáculos; no nos conmovió ni produjo el repudio esperado (por el contrario, nos llenó de curiosidad y del malsano deseo de tener tan especial descendencia que, si bien por ahora nos avergonzaría, más tarde su exhibición en circos y en foros científicos nos podría volver ricos y famosos) el descubrimiento de que dos cerdos habían parido crías que tenían ojos verdes y cara de cristianos por haber ingerido el semen de un grupillo de internos que en los sabatinos y obligatorios paseos a la finca que los salesianos poseían a las afueras se escapaban de la vigilancia y, escondidos detrás de una cerca de piedras, se masturbaban colectivamente y concursaban a terminar primero; resultaron un fracaso las homilias en las que, para variar las amenazas del infierno, algunos sacerdotes con fama de conspicuos recurrían a la sutileza de intentar convencernos de que si continuábamos masturbándonos nos volveríamos ciegos e impotentes, es decir, que quedaríamos “dos veces” impedidos para ver a nuestros hijos, y, lejos de disminuirlo, acicateaba nuestro interés por leer los libros -incluidos en el Índice- de Nietzsche y Voltaire la calumnia en su contra (proferida en estos mismos sermones) de que habían muerto locos por causa de su arraigada condición de onanistas.*

### 33

Solamente cuando conduce su Volkswagen camino a la Universidad, Fernández tiene plena conciencia de que por fin terminó la noche anterior, que hoy es otro día, que es lunes y de mañana y que dentro de algunos minutos encontrará a Marina en su salón de clases. Lo apremian una gama de necesidades: la de ver de nuevo a la muchacha, la de averiguar qué le ha dicho su madre, la de enterarse cuál ha sido su reacción ante las palabras de la mujer, la de saber qué opina ella ahora de él.

Como se desespera tanto por llegar, ha escogido una vía diferente a la que usualmente utiliza (que es, sin que el lo advierta, más larga), que le causa el pequeño deslumbramiento de no recordar que existía la cuesta que asciende y que lo remite (por causa de ese misterioso e indiscifrable mecanismos de las asociaciones mentales) a la autoconfirmación de que no sabe, ni ha tenido tiempo de aventurar una explicación, qué significa el sueño que tuvo en esa fase del dormir llamada paradójica en el que era el pintor más afortunado de la historia puesto que disponía de siete tubos de colores inusitados, de colores que no existen en el universo, pero que cuando se disponía a pintar su primer cuadro se encontró con la circunstancia de que todos los tubos, guardados en una caja de madera, se habían cristalizado, tornándose tan frágiles y deleznable que se deshacían cuando los tomaba con los dedos.

En una acción que no es la simple mecánica de pisar el freno y apagar el motor, sino más bien un acto biológico como el de sosegar, dormir o descansar, detiene su automóvil. Corre sin fatigarse desde el parqueadero situado a un costado del edificio donde tiene su clase hasta el tercer piso del mismo.

—Buenos días!, -dice gritando, al tiempo que recorre el recinto de atrás hacia adelante, y justo cuando llega al frente, donde esta el pizarrón, descubre (estrábico por causa del alma que se le va a los ojos; con esa mirada estúpida o de locos que tienen los que usan anteojos cuando se los quitan momentáneamente) que el puesto donde Marina se sienta está vacío.

Pese a que en el trayecto hasta aquí se ha repetido a si mismo una y otra vez la clase que va a dictar y ha dictado durante nueve años, se limita simplemente -ante la ausencia de quien debía inspirársela- a dibujar un cuadro sinóptico, que es poquísima cosa, un mezuquino canapé verbal, para quien desde que conoció a Marina se ha vuelto tan locuaz. Pero el abatimiento que sufre por su ausencia termina pronto: al volver la vista del pizarrón se encuentra con la sorpresa de que la joven ha ingresado en el aula; mejor, que ha decidido hacerse

evidente. Este acto de magia que debiera animarlo, no lo hace; por el contrario, lo lleva a terminar rápidamente la clase con una explicación redundante del cuadro que, justamente, posee la virtud de redondear y resumir las ideas que apresuradamente él expone. (Más tarde, Fernández reconocería que mientras Marina se potenció volviéndose dos que lograron hacerla visible como una aparición repentina, el se dividió por si mismo).

La sesión se suspende quince minutos antes de lo que corresponde y, para premiar al profesor por su irresponsabilidad, Marina -a diferencia de los demás alumnos- se queda en su puesto.

Fernández se le acerca para decirle por fin lo que le ha dado vueltas en la cabeza como un tiovivo formado con mariposas de hierro.

-Es el colmo que tu mamá haya cometido semejante canallada!, le espeta, temeroso de que una versión falseada de su madre sobre lo que aconteció el sábado lo haya indispuerto con la joven. Y, aprovechándose de que su cercanía a menos de un metro de distancia le permite atronar la voz para que -además de baja y profunda- suene conmovedora y patética, agrega:

-Sí, una canallada puesto que una cosa como esa no puede llamarse de otro modo!-, sin que su rabia, añejada como ominoso vino humano, le impida tener plena conciencia y gozo de la fragancia del perfume y de la piel de Marina, que se propala tan fuerte y agresiva como la vaharada de un horno preñado de panes.

La joven se sobresalta por tan rotunda e inesperada afirmación y solo atina a balbucear algunas palabras:

-Pe... pero... de qué canallada... ha... habla?

-De una muy concreta: la de su madre! -sentencia el profesor.

-Entre los dos no hay lugar a hablar de canallada distinta a la que usted cometió conmigo al dejarme plantada! -se defiende Marina.

-Allí estuve... Estuve en su casa por dos horas y usted no apareció... La incumplida fue usted! -exclama Fernández a su favor.

-Mi mamá me dijo que había estado unos cuantos minutos y

que no quiso esperarme pese a que ella le explicó que había tenido que ir urgentemente hasta la esquina, -replica, con vehemencia, la joven.

-Ah, eso dijo... pues bien, espero que también le haya dicho otra cosa! -retumba Fernández, misterioso y amenazador.

-Fuera de hablarme de su falta de caballerosidad, no veo que otra cosa pudo haberme dicho! -dice Marina, calmada de nuevo.

-Justamente, por ser un caballero no le digo lo que debiera decirle y que su madre no le dijo! -agrega Fernández, convencido de que ha hecho un buen retruécano y no el tonto por causa de distraerse y mirar más que escuchar la boca de la joven.

-Mi querido señor, a menos que me explique con claridad lo que insinúa, todo esto se me hace un simple juego de palabras! -dice Marina, un tanto enojada pero con un leve tono conciliador. Y agrega:

-No trate de confundirme; de lo que se trata es de expresar mi disgusto por su falta de generosidad, por decirlo así... No quiso esperarme ni cinco minutos!

Por algunos segundos el profesor se queda callado: no atina a adivinar si la joven dice la verdad o miente a sabiendas de que su mentira es obvia y que por tanto resultará graciosa, en ese particular estilo que las mujeres utilizan para agradar.

-La esperé por horas! -dice Fernández- Y la hubiese esperado más si no hubiese sido por su mamá!

-Otra vez con mi mamá: le repito que no se qué tiene que ver ella con el asunto de los dos! -protesta la joven.

-Tiene mucho que ver... y de eso, precisamente, quiero hablarle.

-Está bien, lo escucho.

-Su mamá abusó... -comienza a decir el profesor, pero, dándose cuenta de que no iba a emplear las palabras adecuadas para exponer su queja y que el lugar no demora en ser invadido de nuevo por estudiantes se detiene.

-A ver lo escucho... Lo escucho! -exclama Marina, desafiante.

-Lo siento... no podrá escucharme puesto que este no es el

lugar apropiado para ponerla al tanto de la situación bochornosa en la que me coloco su madre -dice con fingida aflicción para aguijonear la curiosidad de la joven.

-Entonces que podemos hacer? -replica Marina, efectivamente picada por la curiosidad.

-Tendríamos que buscar otro lugar para conversar -dice Fernández, secretamente feliz porque intuye la respuesta de la joven. Y triunfa en su objetivo de lograr un encuentro adicional con Marina, que a continuación propone:

-Le parece bien si vamos a la cafetería y nos sentamos en una mesa apartada?

-No es mala idea, pero tendrá que ser a las once porque a continuación tengo otra clase. Me espera o la espero allí -concluye Fernández, animado por el resultado de su conversación, y aprovechando la soledad le da a la joven un beso rápido en la mejilla; beso que considera un hito, un éxito estratégico en su avance amoroso, pero que lo condena al insospechado tormento de desear haberse atrevido más y aventurándose de una vez por todas con un pleno beso en la boca.

A las once, efectivamente, Fernández va a la cafetería de la Facultad y desde la puerta divisa a la joven sentada solitaria en una mesa del rincón. Su clase de una hora ha durado eras antediluvianas que quedan compensadas y olvidadas en un segundo por la gracia de saber que pese a sus temores Marina acudió a la cita. Se acuerda entonces de la magia de esos alivios simples y portentosos, como el de una gota de esencia de clavos en el nervio candente de una muela abierta o el de una suave palmada en el rostro del lipotímico que se ha desmayado.

Cuando se acerca se percata apenas de que va vestida de pies a cabeza (de los zapatos a la cinta que le ata el cabello) con distintos tonos de rojo: de rosado a carmín, como si fuese una fruta sometida a diversos grados de madurez, como si las distintas partes de su cuerpo

germinasen en sucesivas primaveras. No está seguro -aunque se alarma en tanto sabe que es un síntoma de esquizofrenia-, pero la parece que ha comenzado a olerla desde que la vio, como si por arte de birlibirloque los sentidos de la vista y el olfato se hubiesen trastrocado.

La joven toma una gaseosa color ámbar y a él se le antoja que es un jugo de ambrosía. Y enseguida (en una muestra de gran admiración, que simplemente resultaría ridícula si no fuese también una señal de deterioro mental) se imagina que no toma el licor de los dioses sino que lo regurgita.

Se sienta junto a ella y le pide un café a la dependiente, que se ha acercado vestida con una bata azul que recuerda el overol de los obreros chinos.

—A ver, mi querido profesor! -dice Marina a manera de saludo y amable desafío para que él se decida de una vez por todas a precisar los reproches en contra de su madre, al tiempo que levanta su mentón de nácar que Fernández mira arrobado y sustrayéndolo del entorno que los rodea como si le tomara un primer plano a la manera de esos directores de cine a la vez iluminados y estrambóticos.

—Bueno...? Bueno? -exclama la joven ante la indecisión del profesor, en una actitud que recuerda el truco de los mecánicos de cebar un motor con algunas gotas de gasolina para que arranque.

—Qué es lo que quiere decirme acerca de mi mamá? -insiste Marina.

Fernández sopesa lo que va a responder: teme que sus palabras disgusten a la joven y, que peor aun, realmente su enojo si igualmente éstas molestan a su madre cuando se las comunique. Pero adivina también que puede sacar ventaja y lograr -como ya sucedió- que Marina le conceda la oportunidad de verse en un lugar verdaderamente cómodo, propicio y estratégico.

—Me duele decírtelo aquí en este sitio tan prosaico, entre tanta gente y de una manera tan descarada: tu mamá pretendió que le dedicara el cariño y la ternura que sólo pueden ser para ti!

-Que mi mamá quéée...? -es todo cuanto exclama la joven, que, si bien no reacciona violentamente como Fernández temía, le imprime un gesto de agría contrariedad a su rostro, que se afea, según el profesor, en una especie de sacrilegio.

-Que tu mamá me acarició y besó y después... -prorrumpe Fernández y, como sabe hasta dónde puede llegar, calla duramente. Es en vano... Es en vano: no puedo hablar aquí de un asunto tan delicado -agrega al rato, con ese tono de falsa compunción que ya utilizó.

-Si no le gusta este lugar podríamos buscar otro! -El que usted diga- responde la joven, cayendo en la trampa. Y viendo que el profesor enmudece, agrega:

-Necesito a toda costa que aclaremos lo que parece ser un malentendido con mi madre... si, un malentendido porque otra cosa no puede ser.

-Ojalá fuese tan sólo un malentendido! -argumenta, astutamente, Fernández-. Pero eso no es lo importante ahora... Lo importante es que debemos buscar otro lugar para hablar... Qué le parece un bar o un restaurante... o una discoteca... o los tres?

-Esta bien. Lo espero a las ocho en Green Bird, el lugar donde nos conocimos... Se acuerda? -dice dulcemente la joven, con un mohín que le hace olvidar a Fernández todo lo que ha sufrido en la vida.

-Me acuerdo perfectamente! Cómo podría olvidarlo! -concluye el profesor, feliz y aliviado como un capitán que ha logrado llevar su buque a puerto seguro a través de la tormenta.

### 34

Aunque ha convenido con la joven encontrarse a las ocho, Fernández arriba al "Green Bird" con hora y media de anticipación y no adivina que lo hace prematuramente para crearse dos falsos motivos de preocupación, como son el tiempo extra que tendrá que esperarla y la certidumbre (creada, justamente, por esa "larga espera") de que no vendrá.

Escoge una mesa y se acomoda en ella mirando hacia la Plaza de las Banderas, que iluminada con postes con luces pálidas parece un enorme plato metálico colocado delicadamente en el suelo. El vaso de cerveza fragante y espumoso que se rebasa como el matraz de un científico loco no demora en aparecer, traído por uno de esos camareros forrados en sus pantalones a la manera de los toreros.

Después de dos o tres tragos que le sirven para darle su aprobación al licor, se dedica a la tarea de examinar el ámbito: el cielo, que parece la tapa de un inmenso baúl que cubriese la noche; la luna que se le antoja el monóculo de un cíclope frívolo y elegante; las parejas que se besan en la plaza con el doble apremio de su pasión y carencia de un techo que la abrigue; el incesante rodar de los autos cuyos dueños se han quedado hasta tarde en la oficina para hacerse simpáticos a los ojos de sus superiores o fingir que son imprescindibles; el reloj electrónico de la Avenida Quinta que marca una hora irreal puesto que no está hecha de tictacs sino de bombillas; un aviso redondo colocado en la azotea de un edificio cuya circunferencia hecha con la luz de neón anaranjada perfora la oscuridad y anuncia en el centro que pertenece a una cadena de farmacias llamada ASIA, como el continente.

A la manera de un niño a quien su madre le ha hecho un novedoso y bello peinado, esta feliz porque se cree guapo, temerario y audaz. Por eso le importa muy poco que por la acera, tan próxima a su mesa, pasen dos personas que conoce y a quienes les atribuye suficiente suspicacia para adivinar que él espera a una joven: sencillamente las ignora simulando que extrae de su vaso una partícula de hollín. Además, se experimenta protegido por los noventa minutos que le ha tomado de ventaja a Marina en el cumplimiento de la cita: es como si fuese el amo del tiempo en el sentido de que la imposibilidad de que un hecho ocurra quedase subyugada por el lapso infinito con que cuenta para que ese hecho suceda efectivamente; al igual que la nada, goza del albur de que por causa fortuita se forme el universo.

Como en una escena onírica, a la que es tan afecto, saca de uno de sus bolsillos la cajita de sus juegos mentales y arma su mecano recordando que fue en este lugar donde conoció a la joven y que por

lo tanto es indudable que la vida transcurre en círculos; preguntándose como podría relacionarse su retorno placentero aquí con la teoría de Dostoiewski, según la cual siempre el asesino regresa más confundido y enajenado al lugar donde cometió su crimen, y prometiéndose que desarrollara a modo de la otra cara de la moneda una teoría paralela a la del escritor ruso; imaginándose a Marina dedicada al prolijo, complicado y pleonástico procedimiento de embellecerse y acicalarse para él; reconstruyendo con su versión particular el diálogo con que la hija ha recriminado a su madre por el atrevimiento de haberlo cortejado; repasando las palabras que ha preparado para invitar a su alumna a cenar y bailar; alegrándose por su suerte, que le ha dado un respiro en su soledad; refutándose la conciencia que tiene de su feura, torpeza y obesidad.

Un aire cálido que proviene del Océano Pacífico abriga la noche, que en lo alto se ha llenado de estrellas cual diamantes salidos de la bolsa de terciopelo rota de un traficante de piedras preciosas. Animado por el espectáculo del cielo, Fernández recuerda que fue Marina la que propuso el encuentro y que por tanto aparecerá indefectiblemente como en la próxima mañana el sol. Pero seguidamente la certeza absoluta de ese cumplimiento se contradice con la aspiración de verla: le sobreviene el delirante deseo de que la noche no avance y las horas se dilaten infinitamente para que no tenga ocurrencia el instante preciso del arribo de la joven y le quede al menos congelados para siempre en el tiempo y el espacio la alegría y el aliento de saber que ella vendrá.

Más tarde sosegado ya, imagina que la mesa a la que está sentado es una pequeña isla separada de las otras por un mar de baldosas y una tormenta hecha con la música del altoparlante, la charla de los otros parroquianos y las profusas luces de neón que cuelgan del techo como las frutas de la noche, y esta idea pueril lo hace sonreír. Para festejar su brotecillo lúdico y la amabilidad y tolerancia que muestra consigo mismo, pide otro vaso de cerveza, que dejado en el centro de la mesa se le antoja una abollada y desfigurada bola de cristal para adivinar su suerte inmediata con la joven. Como si se mirase desde

los lugares donde los demás están sentados, piensa de sí mismo que luce animado y feliz, pero es toda la tregua que le da su inveterada costumbre de atormentarse porque de súbito le viene a la mente (como una nube cargada de tinta, como un enjambre de langostas, como un pequeño aviso de la muerte) el recuerdo de su última cita fallida, cuando un año atrás la secretaria del Decano, coqueta, fea, ninfómana, le propuso que se vieran en un bar como este y la angustia y la expectativa por el encuentro le produjeron una taquicardia tan severa que Carlos Girardot (un profesor que solía tener problemas con su esposa porque furtivamente le usaba su ropa interior) tuvo que conducirlo de urgencia al Hospital Universitario. Únicamente tomándose de un jalón todo el contenido de su vaso logra impedir que el pánico lo invada de nuevo.

### 35

*Rogelio Mondragón se llamaba el hombre que vino por mí al colegio diciendo que era mi tío. Su apellido (que en francés significa "mi dragón") no le hacía justicia puesto que era dulce, sencillo y bonachón. Además de haberme hecho experimentar la dicha de salir con permiso por primera vez del internado me inspiró dos revelaciones: que me conmovía sensiblemente ante la mínima demostración de cariño, interés o aprecio que se me prodigase, y que las personas sólo se esforzaban por querer a los más débiles, estúpidos o infelices ya que así su amor fuera de desprendido, altruista y generoso parece más meritorio a los ojos de Dios o cualquier otra entidad compensadora.*

*Después de la primera visita que me hizo en nombre de Susana Figueroa, había regresado varias veces por mí para desprenderme de la vida fantasmal del colegio (en mis sueños un barco que navegaba a la deriva sin sus tripulantes, misteriosamente desaparecidos), donde continuaban sin alteración los ataques del Ángel Besador (que no se había dado vacaciones, al contrario: tornándose más activo y emprendedor ante la escasez de alumnos), las arremetidas del Monje sin Cabeza que en vez de objetos arrastraba ruidos, como si éstos fuesen bolas de boliche, las*

*quemás secretas en la huerta de sotanas blancas y ensangrentadas, los alaridos de dolor que daban en las calles cercanas los Liberales a los que -como si se tratase de imitar al ominoso monje- les cercenaban de un machetazo la cabeza, que era la que, justamente, y todavía en el aire, profería el grito que todos fingíamos no haber escuchado.*

*Bajo un cielo limpio caminábamos juntos este domingo (que sería el primero de un almanaque distinto) hacia un barrio con nombre mágico (“La Victoria”) donde conocería a muchachas de mi edad.*

*La ciudad, de la que no había visto más que las calles centrales por donde se llevaban a cabo los desfiles en los días de fiesta patria no correspondía a la imagen que tenía de ella, salvo este barrio (¡al que por fin habíamos llegado!) por ser el mismo de una novela que se desarrollaba en Argel y que con el tiempo se mezclaría con el de ficción volviéndose uno solo con sus casas blancas e iguales alineadas en una doble hilera en una calle larga y sin pavimentar, pero regada con alquitrán para aliviar el incordio del polvo, que remataba en un río oscuro y correntoso en el que parecía que se iba a zambullir.*

*Me afanaba por adivinar en cuál de esas casas gemelas penetraríamos, apremiando a mis oídos en la búsqueda de la primera señal de música, charlas y risas. Y fue en la que seguía a mi última exclamación de impaciencia en la que ingresamos como si lo hiciésemos al tiempo en todas las demás. Bastaron dos pasos para entrar en ella tan rápidamente como si en vez de personas fuésemos líquidos trasegados: un par de pasos que no me introdujeron en una estancia física sino a otra vida, regulada por signos diferentes, captada con sentidos nuevos y afinados.*

*Aunque la sala estaba en penumbra, la iluminaba el sol oblongo de la puerta que la comunicaba con el patio, donde alborotaban adultos y adolescentes, la mayoría de los cuales eran muchachas que comandadas por Susana Figueroa se apresuraron a saludarme con inesperadas y prematuras muestras de afecto, vistiendo, a modo de una parlanchina bandera nuestra que conmemorase mi arribo, trajes de color amarillo, azul y rojo.*

*El lugar olía a pan y cerveza el mismo olor que tenía la tierra el primer día de su creación.*

### 36

Un décimo vaso de cerveza yace reluciente sobre la mesa de Fernández. El séptimo o el octavo le hicieron tener la peregrina idea de que todo se aquietaba a su alrededor, convirtiendo el ambiente en una simple fotografía en la que el lugar aparecía al fondo. Para comprobar su afiebrada idea miró hacia el cielo que continuaba -como si estuviese hecho de acero inoxidable- sin modificación alguna; hacia las calles aledañas que ya se habían desocupado de peatones y automóviles por temor a los famosos escuadrones De la Muerte, que en una sola noche solían asesinar por motivos concretos que sólo ellos conocían a decenas de prostitutas, mendigos, homosexuales, sindicalistas y militantes de partidos de izquierda (y uno que otro transeúnte común con el objeto de confundir en lo que respecta a la identificación de sus componentes a las autoridades); hacia los altos farallones, que ahora en sombras parecen monstruos que se abalanzarán furtiva y despaciosamente sobre la ciudad; hacia la plaza, en cuyo centro las astas para todas las banderas de los países americanos lucían delgadas y famélicas sin éstas; hacia el círculo con el nombre de la farmacia suspendido en el aire en la mitad de una circunferencia de luz de neón anaranjada.

Otra idea pueril y alegre lo acomete y él la deja venir gustoso porque le sirve para entretener y mantener alejada la terrible sospecha de que la joven no vendrá: a la manera de los adolescentes o de algunos hombres burdos quisiera tener otra fotográfica diferente a la imaginaria de él y el ámbito: la real de Marina, para mirarla escondido en el sanitario o para introducirla en el vaso (a la manera como lo hacen en Buenaventura, en un acto de magia) y “bebérsele el alma”. Pero enseguida se avergüenza de esa presunción infantil y fetichista y para redimirse y reprimirse a si mismo recuerda el profundo, serio y doctoral ensayo de Hegel sobre la evolución del espíritu humano.

El péndulo de sus pensamientos felices ya vienen de regreso y él se da ahora al juego de inquirir a su imaginación cómo será Marina en su intimidad, cómo lucirá esa otra mujer que hay en todas cuando nadie las mira, como será el color y la tersura de sus senos, cuántas patas tendrá la araña de su pubis, a que sabrán sus labios y sus axilas, cuántas serán las ceremonias del rito secreto de quitarse y ponerse sus bragas.

De pronto, como un brazo que se abriese espacio con terrible fuerza en el aire, la nube negra de la cremación de viseras y cadáveres del hospital universitario, distante a solo trescientos metros, cruza el cielo y lo empaña, enturbia y profana. Impresionado por el paso de ese enorme pájaro blando, Fernández busca protección en el mundo paralelo que hay en los espejos que cubren completamente las paredes y el techo, con muy mala suerte puesto que allí sentado en un mundo zurdo y acurrucado en el fondo de una piscina de aguas cristalinas y espurias está su gemelo, que también aunque sus manecillas giran a la izquierda tiene un reloj de pulsera que consulta de consuno con él y comprueban aturdidos que no sólo se ha consumido ya todo el tiempo extra y falso que el profesor le tomó de ventaja a su alumna, sino que han transcurrido diez y siete reales minutos más de la hora en que la joven prometió llegar.

No puede ser cierto...! No lo acepto!, exclama gritando entre el grito mayor de los parlantes.

Aunque se trata de un pariente lejano y pobre, pertenece a la misma familia de la esperanza que tienen los condenados a muerte de un perdón de ultimo momento la ilusión suya de que su reloj se encuentre descompuesto o que él se haya equivocado al instante de ponerlo en la hora exacta y darle cuerda en la mañana. Desperfecto o error que fácilmente podrá comprobar cotejando el suyo con el reloj electrónico y superpreciso colocado como un enorme espejo con mango en la Avenida Quinta, pero como esta es una noche de horror no encuentra la comprobación que lo alivia; al contrario, se entera de que no son diecisiete sino diecinueve los minutos que han transcurrido del incumplimiento de Marina.

Entonces no sabe qué hacer, qué decir, qué pensar. Un gran desaliento como nunca imaginó que pudiese tener persona alguna lo sacude. Se siente solo; inmensamente desamparado y triste, hasta el

punto de que aunque es ateo por causa de la temprana admonición del Partido se le ocurre pensar por un instante que Dios existe porque un hombre tan afligido como lo está él, necesita obligatoriamente un ser superior que lo consuele. Enseguida (aun sabiendo que la joven no vendrá) decide embriagarse mientras la espera y por más de cuatro horas permanece sentado a la mesa, llamando a cada rato con gestos obscenos al camarero para que le reponga la cerveza que acaba de tomarse aceleradamente.

Al día siguiente -acostado con ropa de calle que tiene adherida materia trasbocada- su tormento mayor no es la resaca ni la certeza sólida del plantón que le ha dado Marina, sino la imagen de haber penetrado (en un acto simbólico de asquerosa, gigantesca y nauseabunda homosexualidad) en el círculo con el hombre de “Asia”, que convertido en un esfínter lo dejó al otro lado del mundo, en Calcuta, para que padeciera el incordio de deambular por una ciudad infestada de basura, maleantes y pordioseros, la imposibilidad de comunicarse en el idioma de los transeúntes, la angustia de no poder saciar su hambre por la carencia de dinero, la humillación de ir vestido con ropas sucias, harapientas y pestilentes, y el estigma de pertenecer a una casta despreciable.

### 37

*Para ilustrar cuán rápido había transcurrido el año siguiente a mi primera visita al barrio “Victoria”, solía recurrir a la manera como tradicionalmente lo hacen los directores de cine: acelerando el paso de las estaciones sobre un paisaje tomado con una cámara fija. Para mi caso, imaginando que sobre Tuluá, pese a su clima, tropical como ninguno, había caído una tormenta de nieve, la nieve se había derretido para regar a centenares de palmeras que florecían con imposibles flores rojas en medio de un calor que tornaba polvo de espejo la arena y el barro de las calles sin pavimentar; y los árboles se habían llenado de hojas amarillas que caían de las ramás dando pie a una figura*

*poética y demencial: no eran (como un socorrido símil) monedas de oro vencidas por la fuerza de la gravedad sino billetes que adquirirían un color metálico en razón de haberse vencido el plazo en que podían ser utilizados.*

*Igualmente, en esos doce meses vertiginosos, tuvo lugar múltiples reuniones entre jóvenes de grupos conformados por sastres, mecánicos, zapateros, agricultores y cocineras con la excusa inicial de charlar y bailar pero en verdad para leer los clásicos marxistas guiados por preceptores un tanto elementales entre quienes sobresalían Susana Figueroa y Rogelio Mondragón, que a estas alturas se habían convertido en mis verdaderos padres; tuvo lugar la constancia de mi preocupación acerca de la forma como tradicionalmente se hacía el reclutamiento de esos jóvenes, y que a mi juicio (y por haberla vivido personalmente) me parecía descuidada e indiscreta; tuvo lugar la adopción de la costumbre de imitar a los camaradas rusos en algunas de sus actividades cotidianas, como tomar te o vodka y vestir con gorro y abrigo de paño a pesar del calor; tuvo lugar la interpretación errónea que hacíamos de algunos textos debido al desconocimiento de algunos términos como praxis, coyuntura, dialéctica y continuum, que interpretábamos (dado cierto grado de ignorancia de nuestros tutores) como si significasen algo grandioso, heróico, abnegado o épico que nos conmovía hasta las lágrimas.*

*A la vez se había suscitado cambios notables en mi ser por razones diferentes a mi crecimiento y a la actividad apresurada de mis glándulas: ya no me asustaban los fantasmás reales, imaginario o fingidos que evolucionaban en la noche en el dormitorio y los corredores; ni me intimidaban los terribles castigos que caerían sobre mí si los salesianos descubrían que hacía proselitismo de izquierda (o para el demonio, como ellos decían); ni me amedrentaban los brabucones del internado que creyendo que mi actividad política entre mis condiscípulos obedecía o encubría un prurito homosexual trataron de extorsionarme, aún más (utilizando la técnica de los estibadores negros de Buenaventura de emplear la cabeza y los pies para pelear), había vencido a los más terribles, como “Monstruo Largo” y “Monstruo Redondo”, dos fortísimos gemelos que*

*arremetían con los ojos cerrados y “Pepe Botellas”, un petimetre que aunque provenía del bajo fondo los curas lo aceptaban porque su padre era un esbirro del régimen y un acérrimo defensor de la fe católica; ni me producía la más leve intranquilidad las escapadas nocturnas que me daba saltando la tapia del huerto para encontrar al otro lado a dos camaradas que traían una bicicleta extra en la que me desplazaba para visitar a los simpatizantes que vivían en los barrios apartados; ni me había vuelto a másturbar utilizando mis calcetines para no dejar huellas; ni me agobiaba esa tristeza que sin motivo alguno solía tener en las tardes, cuyo origen precisaría muchos años después un médico húngaro con la sencilla explicación que yo era hijo de una pareja de practicaba la contracepción basándose exclusivamente en el método del ritmo menstrual y que al fallar éste había sido engendrado mediante la unión de un espermatozoide con un óvulo que por provenir de una ovulación distante era débil y muy maduro, circunstancia que debería producir en mi perturbaciones, como la de convertirme en un hombre triste, meditabundo o propenso a la depresión.*

*En fin, por todos estos cambios yo era feliz. Principalmente feliz por haber conocido gente hartamente distinta a la que hasta entonces había frecuentado, y como esa gente me pareciese mejor, más buenas y auténtica, era otra vez feliz sabiendo que luchaba por su causa. Solamente me remordía la conciencia recordar que había ingresado al grupo de mis nuevos amigos por la posibilidad de conocer muchachas con las cuales tener relaciones sexuales, y dolerme de que un año después eso no hubiese sucedido aún.*

### 38

Sólo después de dos días regresa Fernández a la Universidad. El doble malestar de su resaca y del incumplimiento de Marina le han tenido muriéndose durante cincuenta horas en su cama con apariencia de bote. Cuando arrima al salón de clases se entera de que la joven no está y que su ausencia es como si al rostro de la vida le faltasen los ojos o la boca. No aparecerá en dos semanas y cada momento la

echará de menos; echará de menos no solamente su presencia física sino esa intangible, que es como la falta de luz o un poema que se nos olvida.

Los días siguientes dos certidumbres lo conmueven: descubre que su trabajo se ha vuelto sin sentido al punto que sus clases no sólo no lo motivan sino que le resultan aburridas y monótonas, y que se está convirtiendo en un hombre al que agita el descompuesto deseo de ser bello y rico para castigar sin necesidad de actitudes y palabras de reproche o siquiera de que ella se entere a Marina por el desprecio que la ha infringido. Pero como en el inevitable principio de la contradicción, que estudió como nadie para desentrañar su mecánica, surge de él un tercer Fernández que se dedica a la temeraria tarea de espiar por las noches la casa de la joven.

En su pequeño auto amarillo (que muchas veces la lluvia y el consecuente estancamiento de las aguas inundan al penetrarlo por debajo; o ametrallan el viento y los árboles de los antejardines con las falsas perforaciones de las hojas pegadas a él por la humedad de la noche y el rocío de la madrugada) da vueltas alrededor de la manzana donde está la casa a la que dos tulipanes africanos refrescan y perfuman.

Su tarea de detective vulgar le causa, además del natural nerviosismo por ejecutarla, una pobre opinión de si mismo. Se experimenta como un esposo cornudo vigilando a su mujer, o como sus colegas a quienes desprecia, justamente, por considerar capaces de hacer lo que él hace ahora, y a quienes juzga con la ayuda de Sartre: “los profesores se mudan de una ciudad a otra, las atraviesan apresurados, buscan esposa entre la pequeña burguesía provinciana y sientan cabeza, situándose por interés o debilidad al lado de los amos”.

Cada día se cansa más de esa vigilancia nocturna que no produce otro resultado que el de trasnocharlo y obligarlo a concurrir a clases adormilado y pálido. La casa de Marina parece habitada por un tipo contradictorio de fantasmás que se recluyen entre sus paredes precisamente al comenzar la noche; todo el tiempo permanece a oscuras y sin señales evidentes de que cinco personas viven en ella; luce tan

quieta y silente que si no fuese por los árboles gigantes que la magnifican hubiese creído en su desaparición repentina.

Cuando su automóvil, que gira en círculos incesantes y más parecido que nunca a uno de juguete, se vuelve evidente y preocupante para los vecinos, decide hacer su ronda a pie. Cubierto con su capa negra de caucho (que la lluvia y la niebla dan un resplandor que no puede ser sino demoníaco para las personas que tienen la manía de asomarse a hurtadillas por las ventanas a altas horas de la noche) se convierte de nuevo en el Ashaverus que en los tiempos de su militancia acordaba siguiendo la costumbre de sus mentores políticos, citas nocturnas en los parques con jóvenes cuya voluntad buscaba ganar para el Partido.

Aunque tenga un origen harto distinto al de la persecución por parte de la policía secreta, le sobrecoge, igualmente, el temor: por causa de los asaltantes, de las motocicletas con la consabida pareja que asesinan activistas de izquierda y marginados sociales, y de los serenos que, por suerte, duermen la mayoría de las veces. Como antaño (pero esta vez tan sólo a la manera de quienes silban en la oscuridad para darse ánimo), lleva al cinto su vieja pistola, a la que hace mucho tiempo no le da otro uso que el de un pisapapeles y que ahora caliente generoso con su cuerpo pese a que no le ayudó a pasar la clásica prueba de desarmarla y armarla con los ojos vendados que las organizaciones clandestinas someten a sus iniciados.

Después de vigilar ocho noches seguidas la casa de Marina no ha obtenido un resultado concreto en su pesquisa. Fuera de su suposición de que ella frecuenta a otro hombre con el que traiciona el inmenso amor que según él existía entre ellos dos, no le queda más que el conocimiento del plan de tres ladronzuelos que quieren introducirse en un edificio de la cuadra, del hábito de las aves rapaces nocturnas, de las pequeñas mezquindades que ejercen entre si los vecinos (como arrojar basura al patio del lado o permitir que el perro defaque en un jardín ajeno), de las escapadas que llevan a cabo por las ventanas adolescentes y criadas, de la longitud exacta en que crecen diariamente las flores y el

césped, de las tretas que utilizan para pasar desapercibidos licántropos y voyeristas, de la forma como se esparce en el ámbito el polvo que cae de los planetas y las estrellas...

### 39

*Como no podía soportar los días de la ausencia de Marina, Fernández los borró reduciéndolos e incorporándolos dentro de sí como si estuviesen hechos apenas de gas, y se dijo que la joven no le gustaba porque el gusto que sentía por ella era tan grande y profundo que no podía ser real: dos ardidés desesperados y efectivos que recordaban el que practicaban algunos indígenas amazónicas, que ingieren una araña viva del mismo género de la venenosa que los ha picado, y el de los tahures, que frente a la ruleta escogen el número ganador con la certeza de que el número ganador será aquel que menos les ha gustado.*

### 40

El día de mi grado de bachiller las primera filas del teatro Sarmiento (lugar donde tradicionalmente se llevaba a cabo la ceremonia de graduación) fueron ocupadas por mis camaradas obreros pese a que el conserje les había puesto trabas para ingresar dado, aunque vistiesen sus mejores prendas, su aspecto rústico y sencillo.

Al momento de recibir mi diploma aplaudieron y alborotaron hasta fastidiar o acomplejar a los parientes y amigos de los otros graduandos. Me acompañaron, echando al aire vivas y cohetes, en el desfile que serpenteó desde el teatro hasta la inconclusa capilla del colegio, que iluminada profusamente parecía una iglesia de verdad y no por causa de atrio, nave y abside incompletos y parciales cual muñones la supértite de una explosión originada por la falta de fe. Por la tarde reunidos justamente en la casa del barrio Victoria que había llenado mi vida de esperanza, celebramos con viandas y bebidas típicas de la región. Por la noche bailamos hasta el día siguiente,

en el que (al contrario como sucede luego del desfloramiento de la esposa en la noche de boda o del bautismo del converso) no sentí ninguno de los pronosticados cambios que me produciría el hecho de ser un hombre ilustrado.

Antes de regresar a Cali permanecí un año más en la ciudad perfeccionando la facultad que según el Partido poseía para detectar guiándome tan sólo por su aspecto físico a las personas que al vincularse a nuestro movimiento resultarían activas y leales, y, disfrazado de recolector de caña y café, trabajando (y trabajándolos a ellos) con los obreros de ese tipo de cultivos.

Solamente cuando ya me había marchado (y la nostalgia era el último de los fantasmás que me atormentaban) tuve conciencia plena de que había dejado atrás dos nuevas frustraciones: no haber tenido el más leve contacto sexual con las campesinas que durmieron conmigo en ranchos y bajo árboles cuyas estrellas maduras nos protegían del encandilamiento de las otras estrellas, y no haber gozado la primera huelga que hicieron los peones en quienes había sembrado la semilla de la magnífica inconformidad.

#### 41

*Día tras día los trucos que empleaba Fernández para olvidar a Marina perdían efectividad. Se descomponían por causa de esa ambigua naturaleza que el profesor les confería al utilizarlos tanto para no pensar en ella como para recordar que no debía pensar en ella. Habiendo perdido su primigenia efectividad, lo obligaron a enfrentarse sin armás ni escudo consigo mismo. A vérselas con ese gemelo suyo que, convaleciente e inoportuno, le disputaba la estancia, colándose en el baño, la alcoba o la cocina cuando más necesitaba de ellos.*

*Sometido a su confinamiento por la falsa excusa de no poder concurrir a clase por estar enfermo, tomaba a grandes cucharadas su remedio de silencio y hastío. Ya no podía soportar el peso de su*

*abatimiento que era un árbol con tres enormes ramás: la de considerar ridículo su empeño de conquistar el amor de su alumna, la de saberse repudiado, la de recordar que había pasado muchos años desde la última vez que tuvo relaciones sexuales con una mujer.*

*Encerrado en su alcoba de cortinas extendidas, se convertía en el más grande contrasentido: pese a que rejentaba las cátedras de lingüística y semiótica, no hablaba con nadie; reducía el lenguaje a un objeto inservible, como una piedra, un montón de polvo o un puñado de hojas secas. Era el primer espécimen de una nueva clase de rumiantes que con sus cuatro estómagos roía el paso de las horas y la insípida y frugal comida que preparaba para sí y su gemelo molesto.*

*Como no hablaba, tornaba hacia dentro su cara para hacerse con ella muecas horribles. Y los días que se había dado de plazo para callar y dejar de sufrir se le convertían en las paredes de un laberinto donde quedaba sumido con su tristeza, su vergüenza y su autodesprecio.*

*Al igual que en las oportunidades que lo agravió el Partido, se volvió a sentir desorientado; inconsútil: como si no ocupase un lugar entre el cielo y la tierra. Pero en otra paradoja era por fin dueño de todo su tiempo (esa golosina, ese tesoro que tanto lo entusiasmaba de niño); de un tiempo que por ser tan abundante ahora (como la basura o los desperdicios) no valía nada, no le servía para otra cosa distinta que mortificarse por la actitud de la muchacha.*

## 42

Marina retornó a clases tan inesperadamente como había desaparecido de ellas. Fernández escribía en el tablero de espalda a sus alumnos y sintió su presencia antes de que esa presencia se le hiciese consciente: sin motivo alguno de distracción, abulia o amnesia re-

pentina se le olvidó todo lo que iba a exponer; sufrió por su olor la visión de una ventana que se abría a un jardín, y, aunque tembló de pies a cabeza, vivió el alivio en su tormento de pensar que ya nunca más la volvería a ver.

Terminada su clase se propuso abandonar el aula haciendo gala de dignidad y orgullo: sin volverla a mirar. Los rápidos pasos hasta la puerta que había prefigurado quedaron truncos antes de iniciarse puesto que le congeló sus músculos una voz de estantigua:

Profesor Fernández... Escuche, por Dios, lo que tengo que decirle!

### 43

Esta vez para que no se repita lo ocurrido en la cita anterior, Fernández espera por Marina en su auto a una cuadra de distancia de su casa. La noche es elemental y segura: sin truenos ni lluvia, sin vientos ni nubes, sin ominosas columnas de humo en el cielo. Se halla doblemente feliz: por la razón obvia del encuentro; porque se ha animado con dos tragos de brandy, perfumando de paso su aliento y su vehículo.

Reunidos el día anterior en una fonda cercana a la Universidad, la joven le ha explicado una y otra vez la razón por la cual lo dejó plantado, mientras con aire distraído (que, por resentimiento, ganas de molestar y porque es demasiado bueno para que suceda, a Fernández se le antoja premeditado y falso) le toma las manos o le acaricia los blancos mechones de sus sienes. Pacientemente como si lo hiciese con un niño le ha contado en diferentes y sucesivos planos de exactitud y prolijidad cómo tuvo que luchar, en una especie de contienda a dos tiempos, contra el predicamento de creerle a su madre o creerle a él la versión que dieron acerca del incidente que tuvo lugar entre los dos, y en la que cada quien culpaba al otro además de calificarlo de mentiroso y procaz.

En la pelea interior de Marina había resultado vencedora en primera instancia su madre, pero a partir de la mañana que lo detuvo en

clase quería brindarle a él, en un gesto de buena voluntad, en una muestra de aprecio y respeto, el beneficio de la duda, concediéndole algo de credibilidad a su versión. Por eso le había pedido que la invitara a bailar hoy en una discoteca del sur de la ciudad. Por eso Fernández la esperaba sin sentir vergüenza por una actitud propia de un adolescente o de un burgués ridículo, felicitándose por estar dedicado a esas horas de la vida de franca decadencia a menesteres de personas animosas y viriles, aunque angustiado un tanto por los cinco minutos de espera, con ganas de fumar por primera vez, imaginándose de nuevo un plantón, saboreando de antemano otro fracaso.

Pero está de suerte y no tiene mucho tiempo ni materiales para darle solidez a su edificio de duda y desaliento porque ya viene la joven. Vestida completamente de amarillo parece una inmensa bombilla antropomorfa que ilumina a su paso el frontis de las casas, o una luna a destiempo que ha puesto una primavera de luz y un repentino refloreamiento en los dos árboles con flores de genitales.

Entra al auto, copándolo, haciéndolo más pequeño y más grande, llenándolo como si fuese una nube iridiscente cargada de energía que enseguida evidencia su potencia haciendo funcionar la batería y el motor al primer momento de ser activados, permitiéndole al Volkswagen partir sin runrruneo ni entropía, proporcionando gran brillo a focos y lamparitas antes débiles o fundidas. Fernández se convence entonces de que su auto no es el mismo, que parece, sin estarlo, engalanado a la manera como se hace con los que transportan a los recién casados desde la iglesia al lugar del agasajo.

“Honey Moon” llama la discoteca que Marina ha escogido para la velada, nombre que naturalmente le refuerza a Fernandez la idea de que su auto ha sido un genuino auto de “Just Married” y que de alguna forma (después de tantos malentendidos, después de la desaparición de la joven, después de la reconciliación) han ido allí a celebrar su “Luna de Miel”. Se alegra de que además de elegante, fresco y limpio, el lugar no esté, pese a que hoy es sábado, atiborrado de parroquianos, y se anima más al recrear una exaltación pueril: las intermitentes luces de colores del techo

semejan el interior de un platillo volador, mientras que la música que de tan alta se convierte en un ruido insoportable no le deja duda de que la nave avanza rompiendo una densa lluvia de aerolitos.

Tomándolo de la mano, su alumna lo lleva ciego desde el pequeño vestíbulo hasta el fondo del establecimiento y lo deposita en el sillón que corresponde a la mesa más discreta, que, justamente, goza de ese atributo porque se encuentra en una especie de curva lograda con la disposición de los muebles, y es la más apetecida por la facilidad que le brinda a las parejas para besarse y acariciarse impudicamente.

Fernández extrae dos caprichosas conclusiones de la acción de la joven: primero, que esta enamoradísima de él y, segundo, que lo ha conducido al Paraíso, que, al contrario del descrito en la Biblia donde campea infinitamente la luz, es oscuro, que, a diferencia del natural y orgánico que aparecía en el catecismo de su niñez, es mecánico y electrónico, como si el Señor (en aras de la modernidad, la simpleza y la economía) premiara ahora a sus criaturas con un paseo a una especie de “Ciudad de Hierro”.

Después de un rato cuando ya el camarero, saliendo de la nada con su vestido negro, les ha atraído una pequeña botella de aguardiente y dos vasos con soda Fernández recuerda que no sólo desprecia a los hombres que en las discotecas se aprovechan de la oscuridad, el anonimato y la proximidad de su pareja para atreverse con escaceos sexuales, sino que es la primera vez después de mucho tiempo que concurre a una de ellas. Dos motivos le causan un gran estremecimiento (afortunadamente imperceptibles por causa de la penumbra) cuando la joven le pide que bailen: se muere del deseo de tenerla por fin entre sus brazos y no sabe bailar.

Buscan el centro de la pista de latón que resplandece como un lago congelado. Como en este año se conmemora el siglo del bolero, uno de Frank Domínguez se licúa por los parlantes con un texto en el que coinciden la inspiración del compositor con el instante que él vive: “Como en un sueño, sin yo esperarlo, te me acercaste...”

No hay nada que hacer: esta es una noche de sensaciones binarias

para Fernández, que tiene de nuevo un par: por un lado, recrea que algunos de sus pocos amigos le llaman Bethoven porque a causa de su definitiva incapacidad para llevarle el ritmo a la música y el paso a la pareja de turno en el baile anual de la Facultad deducen que esta sordo como el celebre compositor en la peor etapa de su vida y, por otro, experimenta que no saber bailar adquiere de pronto una importancia vital, como la que tiene para el protagonista del cuento “El Sur”, de Borges, no saber manejar el cuchillo y haber aceptado un duelo con un gaucho que es experto.

Lo que sigue (opuesto a la inicial imagen del Paraíso) es el Infierno de la Imaginación: el olor y el calor del cuerpo de la joven le provocan de nuevo como la noche que se embriagó como un animal en el “Green Bird” la reconstrucción fantasiosa de sus senos, pubis y piernas y aunque los tiene al frente (unidos naturalmente a su dueña y no fraccionados y fetichizados como antaño los pensó), no termina de decidirse a hacer una alusión pertinente y estratégica a ellos, ni mucho menos intentar tocarlos aunque sea furtivamente; por el contrario ya sea a modo de compensación o de represión profundamente interiorizada, recrea (a su pesar, a pesar del rencor, a pesar del tiempo y del olvido y como si estuviese hecha más con un alto relieve que con palabras) la sentencia de Lenin: “El buen comunista no necesita ni la embriaguez de la incontinencia sexual ni la embriaguez del alcohol... Debe, además, comprender que el dominio de sí mismo, la autodisciplina, no es una esclavitud; son también necesarios en el amor”, y recuerda con angustia que, primero, sus preceptores con él y, luego, él a su vez con los iniciados amedrentaban con la conversación que el mismo Lenin sostuvo con Zetkin en la que, refiriéndose a cierto joven, decía: “Es un buen muchacho, altamente dotado! A pesar de ello, temo que no salga nada bueno de él. Se mueve inquieto y pasa de una historia amorosa a otra. Ello no es recomendable ni para la lucha política ni para la revolución”.

Mientras da vueltas de la manera más torpe y ridícula, Fernández mira con envidia a las parejas, que no solamente bailan

sino que lo hacen mientras se entregan a largos besos. Sabe que además de no poder imitarlas en la manifestación de su amor, tiene que estar todo el tiempo pendiente con la vista en sus zapatos para que no tropiecen entre sí, no pisen los de Marina, no produzcan la tragedia de hacerlos caer.

El bolero termina con la solemnidad de una misa celebrada por un grupo de veinte cardenales, dejando en el ámbito grandes silencio e ingravidez. La joven (imbuída todavía, según su profesor, en la atmósfera y el mensaje romántico de la canción) no le suelta la mano, lo conduce otra vez hasta la mesa y premia su ineptitud como bailarín con un beso en la boca que, aunque lo deja incólume por fuera, lo hace estallar por dentro y animarse con el ímpetu de un río que rompe su dique, con la alegría de un cachorro que se deshace de su cadena. A partir de ahora, a cada instante e imitando el expediente médico de proporcionar frecuentes transfusiones de sangre a un herido, lo confortará con ardientes y rápidos besos a los que él responde parcamente porque se siente incómodo y disminuido, porque no ha tenido la oportunidad de impresionarla favorablemente, porque las palabras de Lenín que hace un momento recordó continúan operando en él bajo el convencimiento de que son vulgares, baratas y vergonzosas las demostraciones en público del impulso sexual.

El tormento de salir a bailar (que agujinean la falta de decisión y arrojo para besar y acariciar apasionadamente a la joven) se repite once veces. Entre las frases que cree haber oído en medio de la música estrepitosa se encuentra la confesión de que Marina que lo ama y quiere que hagan el amor. No experimenta tanta certeza en el contenido de las palabras de su alumna como lo hace respecto al descubrimiento de que más allá de la broma de sus amigos se está quedando sordo de verdad y que no se trata de una guasa, como hasta ahora lo había sospechado, cuando sus discípulos le repiten varias veces la misma pregunta, sino de su incapacidad para escucharla bien a la primera vez.

Pero no todo será incertidumbre para Fernández. Algunas cosas le quedarán absolutamente claras después de su visita a “Honey Moon”, como la aseveración generosa de Marina de que ya olvidó y le perdonó

el atrevimiento que tuvo con su madre, la nueva invitación para que vaya a comer a su casa el sábado siguiente bajo la amenaza de no volverle a hablar si no cumple (que supera su propuesta de que se reúnan en lugar distinto y la consideración de que la mujer constituye para siempre un escollo en su vida), el beso que le da al momento de abandonar el auto que lo deja mudo porque lo hace introduciendo su lengua en la boca de él (se diría, más bien, en su cerebro) y la caricia que le procura con una mano rápida y diestra en su pene, que lo petrifica.

#### 44

*Volver a casa no me alegró. El encuentro con mi familia fue un encuentro entre extraños, y con el tiempo cada uno de nosotros precisaría los motivos que tuvo para haberlo sentido así. Por mi parte (impresionado por la obra y la vida de Kafka, cuyos libros para poder condenarlos por reaccionarios y decadentes, tal como lo exigía el Partido, leía con gran interés y placer a despecho de mis camaradas), mi padre se me pareció al padre del autor checo, pero al revés: es decir, su conducta autoritaria y déspota no se originaba en el prurito de aumentar o conservar su fortuna y seguridad burguesas obtenidas mediante negocios exitosos, sino en el convencimiento de que era un comerciante fracasado y que ahora si permanecería para siempre en la pobreza; mi madre resultó ser la víctima de su doble personalidad: encerrada en su cuarto dividía el tiempo en partes iguales para rezarle a Dios pidiéndole que le cambiase su situación económica o que se la mantuviera igual pero le otorgara a cambio el cielo; mi hermana (en lo que parecía un micromundo caracterizado por la ausencia de la cómoda certeza) asumía, como mamá, una actitud ambigua respecto de sus asuntos más íntimos: por un lado, se atormentaba con el hecho de ser fea, mayor y no poder brindarle a un hipotético pretendiente el atributo mínimo de su virginidad y, por el otro, se consolaba con las pocas veces que en su juventud fue*

*considerara una mujer apetecible y gozó de los placeres del sexo; mi hermano muerto me fastidió con su pretensión de perpetuarse entre nosotros con sus retratos, camafeos y reliquias regados por doquier, que no eran más que burdos fetiches, bisuterías y andrajos dignos del basurero y no de la equívoca veneración que se les rendía.*

*Sin embargo, los desencantos que sufrí a mi arribo quedaron pronto a un lado por la emoción de las actividades que me esperaban en mi nueva vida, como esa en la que con la boleta que me había dado Susana Figueroa me trasladé en autobús desde el barrio San Fernando hasta el barrio San Nicolás en la búsqueda del hombre que me haría ingresar en una célula local del Partido. Orientándome por el parque que había en el sector, encontré en la calle dieciocho la dirección de mi contacto y de mi asombro puesto que él era nada menos que un cartomántico en cuya sala, llena de budas, abalorios, pájaros y biombos, hombres y mujeres de distinta edad y condición social esperaban por los escrutinios de su destino.*

*Sólo cuando hubo terminado con sus clientes y gracias a que fingí ser uno de ellos, Marciano, que así se llamaba con nombre falso y cifrado, me atendió. Fuera de un turbante de seda en el que la suciedad y el tiempo comenzaban a hacer estragos, su apariencia era el de un ciudadano corriente. Cuando me identifiqué y le hablé de mi propósito, me citó para el martes siguiente cuando atendía a quienes le preocupaba no su suerte particular sino la suerte del mundo.*

*Fue así como todas las semanas me reunía con estudiantes y obreros alrededor del falso adivino para profundizar las enseñanzas de Marx, Engels y Lenin y para efectuar el reparto de las tareas que, por cierto comparadas con las que llevé a cabo en Tuluá no representaban para mí (a pesar que podían costarme la vida) gran dificultad o esfuerzo puesto que por ahora no iban más allá de distribuir panfletos entre estudiantes y obreros y pegar furtivamente afiches en los muros con una cobertura y empeño tales que hacían afirmar a nuestros detractores que si bien no habíamos logrado la revolución y el poder por lo menos habíamos inventado el pegante más eficaz.*

*Dos años después en las ausencias de Marciano , sería yo quien oficiaría de mago barato entre gente angustiada, pero no lo haría para proporcionarme como aquel una encubridora e insospechable ocupación ni para cometer una burla o engaño, sino para favorecer el conocimiento que un activista debe tener del alma de su pueblo, para facilitarme la información de las necesidades y los temores que atormentaban a mis paisanos. Disfrizando, pues, mi interés con las frases de rigor (“tendrá unas copas en una reunión”, “malas noticias tocarán a su puerta”, “una rubia suspira por usted pero teme su rechazo”) sopesaba la posibilidad de nuestro movimiento dentro de los cambios que daba el régimen y la vida y adivinaba (esta vez sí de verdad) el advenimiento de nuevas coyunturas.*

*Más tarde y a través de instrucciones que Marciano se encargaba de tramitar por encargo de mis dirigentes secretos, me fueron encomendadas tareas más arriesgadas y ambiciosas que me restituirían mi autoestima y la importancia que tuve en Tuluá entre el Partido y que aquí había perdido por causa de un mayor número de militantes, una organización más compleja y un talante más clandestino frente a la acción eficaz y especializada de las fuerzas militares.*

*Inicialmente, se me encomendó dirigir charlas a estudiantes de escuelas y colegios de sectores pobres, donde algunos profesores y directivos eran reservados simpatizantes nuestros; enseguida (y gracias a mi iniciativa, aprobada y aplaudida por los dirigentes invisibles, de introducir camaradas en la Universidad local) me correspondió, mientras recibía la orden de hacerlo en beneficio propio, presentar exámenes de admisión en el Alma Máter suplantando a estudiantes comunistas que debido a una educación deficiente por causa de la indiferencia del estado no tenían ninguna posibilidad de ingresar en ella, actividad que me llenaba de júbilo no sólo porque constituía una aventura del carácter y de la inteligencia y porque contribuía a modificar el destino de personas que habían padecido el desprecio y la injusticia, sino porque me reconciliaba de alguna forma con mi padre obligándome a reconocer que acertó cuando afirmaba que recibiría buena educación con los salesianos aunque hubiese mentido respecto de los motivos que tuvo para enviarme allí.*

*Antes de que me llegase el turno de ingresar a la Universidad, una de los jefes del Partido me hizo saber que se me consideraba un excelente cuadro. Una noche, que para su suerte, le resultó oscura, lluviosa y con problemas de fluido eléctrico, me citó en el Parque Santa Rosa y saliendo de la nada no sólo me sorprendió con su presencia súbita sino con la simpleza del mensaje, que no consistió como anhelaba y temía en la adjudicación de tareas más difíciles y numerosas, sino en la rara invitación a que lo visitara al día siguiente en su oficina de abogado. Así lo hice, convencido de que el plazo de doce horas para vernos de nuevo lo había utilizado en dar parte a sus superiores de que me haría presente o para hacer arreglos de un empleo para mí en su bufete, cuando en verdad, y de eso me enteraría mucho tiempo después, únicamente buscaba darle al asunto baladí de felicitarme el carácter de peligroso, audaz y clandestino con el fin de autocomplacerse, hacer méritos antes sus superiores con esa acción falsamente riesgosa y demostrar que por su fingida temeridad se merecía las canonjías con que se le premiaba.*

*Matriculado ya en la Facultad, hice contacto con los profesores que pertenecían al Partido y no necesité esforzarme para escoger con tino a los alumnos que serían receptivos a las ideas comunistas puesto que con sólo mirarlos los reconocí, como la fortuna reconoce al hijo en quien ha de prodigar su amparo por el olor que ha dejado en el de su leche, los homosexuales entre sí por un imperceptible fulgor de sus ojos, y los judíos unos a otros por el toque velado y misterioso que Dios les ha hecho en su frente con su índice izquierdo, que es un estigma para los demás pero un don para ellos.*

#### **45**

Esa noche Fernández demora en dormirse: le falla el truco de imaginarse a sí mismo como una bellota que el río transporta lentamente porque esta vez es una bellota de hierro. Lo consume la fiebre de sentir que abraza a Marina como si todavía bailasen; aspira de nuevo el olor de su transpiración, de su boca, de su pelo, convertidos en un jardín carnal que invade su alcoba; le escoce en su pene, como si se lo hubiese quemado con un tizón, la leve caricia de su mano.

Cuando por fin se duerme regresa con la joven al “Honey Moon” transformado en un amante fogoso y un hábil bailarín, que en el centro de la pista produce la envidia y la admiración de las demás parejas, que no se atreven a competir con él y permanecen sentadas a sus pequeñas mesas. En el clímax de su sueño le da un beso enorme a su alumna, que deja salir de su lindísima boca un hilo de baba que luego se vuelve un chorro y después una cascada que se escurre por toda la estancia, que la rebasa y sale a través de la puerta y las pequeñas ventanas para los extractores de aire e invade las calles alledañas, las casas contiguas, la manzana, el barrio, la ciudad, el país, el continente, el mundo entero... Despierta muy tarde, lleno de ilusiones, fatigado. En el cuarto de baño otra paradoja lo sorprende: se alegra de encontrar en el espejo un rostro fofo y desagradable puesto que le permite colegir que si Marina lo ama, lo hace porque él posee atributos más profundos que la simple apariencia física. En cambio, maldice su hasta ahora cómoda soltería, puesto que por su inhabilidad culinaria el desayuno le resulta frugal y desabrido.

Bajo su puerta (en uno más de los inmodificables rituales de su vida) ya han deslizado los periódicos dominicales que la abundancia de páginas y cuadernillos tornan en el más deleznable y pobre tapete. No los recoge: sólo tiene en su mente esperar dos horas para llamar por teléfono a la joven y decirle que la adora, que la velada de anoche lo hizo feliz y que quiere que pasen el día juntos.

Por fin son las diez. El aire del ambiente es como un espejo dentro del agua. Marca entonces los números del teléfono de Marina con una mano temblorosa, como si un avaro rico lo hiciese con la combinación secreta de su caja fuerte.

Pero no encuentra nada en la falsa caja de caudales: la voz que contesta no es la de su alumna, sino de la de uno de sus hermanos gemelos.

—¡Aló...! Aló...! -grita la voz repelente.

Por un instante Fernández quiere colgar, pero como decidirse a llamar le ha costado mucho esfuerzo, prosigue:

–Marina, por favor... -dice, con un tono que no termina de ser del todo suyo

–Quién la llama y para que? -agrega, igualmente con antipatía, la voz.

–Un amigo... para saludarla.

–Cuál de tantos?

–Un compañero de clases musita Fernández, molesto de saber que ella tiene muchos amigos que podrían ser sus rivales.

–Voy a ver si está!

La espera es larga. Como las que suelen hacerse ante la puerta de un quirófano.

–No está -dice secamente, después de un largo rato el gemelo que, para el profesor, por no poder precisar de cuál de los dos se trata, se le convierte en ambos, y cuelga.

A Fernández le queda en el espíritu dos desazones: la de pensar que la joven ha salido con otro hombre; la de creer haber oído a Marina en el fondo de la casa diciéndole a su hermano que la niegue. Pero como quiera que su alumna no se le ha negado a él (si es que lo ha hecho) sino a un compañero de clases, guarda la esperanza de que pasará al teléfono si él se identifica plenamente.

Decide esperar hasta las doce para llamar de nuevo en medio de un silencio tan denso que hace que el disco del teléfono suene como la marcha de un tren.

–Soy el profesor Fernández y quiero hablar con Marina -le dice, clara y pausadamente, al gemelo bifronte que contesta otra vez.

–Ya le dije, profesor, que Marina no está en la casa! -responde el hermano- dejando aturrido y hueco a Fernández, que había creído no haber sido reconocido en su primera llamada, que tenía el convencimiento de que por tratarse de él la joven pasaría al teléfono.

El resto del domingo es un domingo de verdad: el día más aburridor del mundo.

*Durante mucho tiempo estuve convencido de que poseía el don natural de un buen juez de caracteres. Atributo que si bien representaba una suerte, una ventaja y una fortuna en cualquier circunstancia, se convertía en un asunto de vida o muerte por el tiempo en que me vinculé al Partido. En esa época de gobiernos de derecha, casi fachistas y dictatoriales que por ley habían proscrito al Comunismo, constituía un riesgo inmenso confiar en las personas que uno adoctrinaba, en las que nos hacían donaciones en dinero, en las que decían ser simpatizantes de la causa. Se vivía en una especie de “ruleta rusa” física y psicológica pues cualquiera de ellas podría denunciarte ante las autoridades. Y lo peor de esta circunstancia era que se hacía extensiva a las relaciones entre camaradas: uno se encontraba prácticamente en las manos de quien hacía de centinela frente a la casa en la que tenía lugar una reunión clandestina, de quien cuidaba la calle mientras se pintaban consignas y se pegaban afiches en las paredes, de quien te acompañaba a enviarle por correo peltrechos a la guerrilla: cualquiera de ellos ante la presión o la tortura de agentes del Estado podría delatarte: pronunciar tu nombre, revelar la dirección de tu casa.*

*Confiaba a ultranza en este atributo de buen conocedor de la idiosincrasia de los humanos. Poco a poco había ido estableciendo criterios que me permitían determinar si la persona con quien me relacionaba por asuntos de mi actividad política merecía mi confianza en tanto que se trataba de un colega leal, honesto, valiente y abnegado o, por el contrario, estaba frente a un traidor, un cobarde o simple hijo de puta. Una a una (como un químico del alma que manipula los elementos de sus experimentaciones) sometía a la confrontación de las pautas que había establecido para determinar en quién se podía tener fe sin recibir a cambio una decepción o una infausta sorpresa.*

*Ahora que han pasado los años, recuerdo que uno de los primeros criterios que adopté para juzgar a las personas era el de considerarlas confiables si sus padres habían poseído un status económico y social*

*superior al suyo. Quienes no caían en este rango se me antojaban sospechosos, se me aparecían a mis ojos arribistas y oportunistas, simples escaladores que sólo buscaban obtener una nueva condición y abjurar de la que hasta entonces habían tenido.*

*Utilicé esa norma como derrotero pese a que negaba el derecho que tienen todos a progresar, pese a que contradecía la tarea en que me había empeñado y que consistía, justamente, en mejorar las condiciones materiales de obreros y trabajadores; pese a que carecía de un registro histórico de mi hipótesis y aquellos que alababa por su status superior al de sus hijos podrían provenir a su vez de progenitores con un inferior nivel económico y social, eventualidad que desbarataba el andamiaje teórico de mi sistema de valorización y lo volvía, además de infantil y necio, retardario y acientífico. Pero tuve que dejarla a un lado no tanto por todo lo anterior, sino ante la evidencia de las cualidades espirituales y morales de quienes conocí en mi quehacer político: gente elemental y buena, proletarios con corazón de oro, entre quienes sobresalían Susana Figueroa y Rogelio Mondragón. Nadie como ellos inspiraban tanta confianza; nadie como ellos buscaban con tanta honestidad el bienestar de sus congéneres y, por supuesto, el criterio utilizado en mi balanza no les hacía justicia, no se compadecía con su modo de ser y con su actividad.*

*Sin embargo, más tarde estuve tentado a revivirlo, dispuesto a contradecirme a despecho de mi capacidad para emitir juicios con bases más sólidas, por causa de otros miembros del Partido: directivos de cuello blanco y cuadros que se desempeñaban en oficinas: pequeños burgueses cuya militancia se nutría de oportunismo y resentimiento: dos condiciones que los fustigaban a convertirse en un miembro de “mejor familia” que la de sus progenitores.*

## **47**

El lunes llega (lento y difícilmente, como si hubiese sido tallado en una roca) por fin para Fernández. Esta vez el sol no lo ha sorpren-

dido dormido en su cama redonda puesto que el enorme deseo de ver a Marina casi que le ha hecho pasar la mitad de la noche despierto: bañado, vestido, listo para salir. Pese a su prematura intención de estar bien presentado, el aumento paulatino de la luz del día probará que ha cometido varios descuidos en su atuendo y compostura, como por ejemplo, que se ha perfumado (ya se volvió costumbre perfumarse, ya no le interesa “oler a hombre”) con un “after shave” que no huele bien pero que en su inexperiencia considera finísimo y fragante, que la cuchilla de afeitar ha dejado incólume sectores en su cara, que el extremo inferior izquierdo de su camisa yace por fuera del pantalón (en un descuido que lo hubiese puesto en evidencia ante los detectives que antaño le seguían la pista a los dirigentes comunistas de la ciudad de que el es en realidad diestro aunque se haya acostumbrado a fingir lo contrario manipulando los objetos con la izquierda, informado de que la policía sólo tenía en sus archivos las huellas dactilares de su mano derecha), que el cuello de su camisa luce doblado hacia arriba como si esta fuese un pájaro que a causa de su edad proveya ya no pudiese volar, que en la cintura dos pasadores se le han escapado al yugo del cinturón, que se ha puesto un calcetín negro y otro azul oscuro que sólo eran idénticos en la penumbra de su alcoba.

Abandona su apartamento. Como si defecara fuego por su escape, el enclenque Volkswagen devora calles y sube como un bólido por la cuesta empinada que hay a un costado del Hospital Universitario. Llega al edificio donde esta su salón de clases primero que la joven, primero casi que los demás alumnos, primero que la cuadrilla que hace el aseo, primero que la estatua del profesor con la enorme serpiente y el pene diminuto.

Cuando Marina aparece en el aula es como si el día anterior terminara por fin o comenzara en el que va transcurrido de hoy uno nuevo, no sólo por la inmensa alegría de volver a verla sino porque va vestida enteramente de blanco y contagia con la movible aurora boreal de su prenda la estancia. El hace otro descubrimiento en su carácter: se está acostumbrando a fijarse, como si éste implicase alguna conno-

tación especial, en el color de la ropa de la joven con tanto interés como respectivamente lo hacen los agricultores y los joyeros con las frutas y las piedras preciosas. Y se alegra mucho de que sea así pues más tarde su bikini blanco que se transparenta a través de la falda del mismo color le antojará el capricho de pensar que bien puede estar por dentro o por fuera de esta última y que ella es un engendro de los tres reinos de la naturaleza en tanto que parece formada con armiño, pulpa y nieve: un monstruo exquisito y adorable.

Al terminar la clase Marina lo espera en la puerta:

–Hola...! -le dice; y, más quedo –... cariño.

Sin ponerse de acuerdo, se van juntos a la cafetería. Se sientan frente a frente. Piden donas y café y cada vez que Fernández la mira su sonrisa se vuelve una estepa colosal.

–Te llamé ayer y me enteré de que no estabas en casa -le dice, temeroso, a pesar de su alegría, de una respuesta humillante o perversa.

–Primero salí con mi mamá a hacer una visita... Después estudié con una compañera tu asignatura -responde ella.

–Eso está muy bien, pero pudiéramos vernos esta noche e ir, por ejemplo, al cine -susurra Fernández con una voz que quiere ser calmada a toda costa, pero que se quiebra nerviosa.

–Esta noche no... Debo estudiar un tanto más para tu examen -dice la joven, a la vez amable y decidida.

Por un instante Fernández está a punto de decirle que no necesita estudiar, que tiene aprobada su materia desde el principio, pero se arrepiente ante el temor de perder respeto y valía en la opinión de su alumna.

–Bueno... Entonces podríamos vernos pasado mañana cuando el examen haya transcurrido.

–Tampoco podría... En cambio el sábado sí -exclama, al parecer triste, Marina, y Fernández confirma una idea que venía

pergeñando: que la medida de su vida son los sábados, que no existen para el otras especificaciones del tiempo, que sus emociones más grandes y profundas saltan como las ovejas imaginarias que cuentan los insomnes de siete en siete días.

## 48

*Poco a poco había ido progresando dentro del Partido. Lenta pero seguramente ascendía por escalones de jerarquía que para hacer más tortuosa, imprecisa y meritoria su escalada no existían a priori, no estaban determinados por los estatutos, no constaban en ningún reglamento interno, no eran fijados desde Moscú, no aparecían estratificados en la mente de los jefes, a quienes, también, poco a poco conocía.*

*Mediante un procedimiento típico e inevitable (que debía efectuarse muy temprano por si más adelante se caía en desgracia con el Partido), ya se me había conminado a que hiciese pública la opinión que tenía tanto de mí como de mis camaradas superiores. Yo pensaba (pero, como era de esperarse, no lo expresé así) que algunos directivos eran hombres decididos y sinceros en su militancia por la que algunos, incrustados secretamente en posiciones del gobierno, se jugaban la vida, y de otros tantos sospechaba que sólo buscaban aprovecharse del dinero y demás gajes que recibíamos del extranjero. A su vez, yo fui considerado como una persona hipócrita o... muy inteligente.*

*Ahora bien, el hecho de ser tomado por inteligente me preocupaba más que el de ser tomado por hipócrita por dos motivos: en primer lugar, había aprendido a manejar muy pronto toda forma de desprecio o de hostilidad y hasta sacarle provecho: por ejemplo, cuando An-na me pellizcaba o me empujaba yo fingía un gran daño tirándome al suelo, simulando haber perdido el sentido, dando falsas muestras de dolor con el objeto de que fuese castigada ejemplarmente, y aunque a veces mis padres la reprendían o la dejaban sin cenar, en otras oportunidades (para no perder la armonía milagrosamente lograda entre seres tan extraños) era yo quien recibía el castigo, tornándome más insignificante pero obligándome a ser más imaginativo en la búsqueda*

*de nuevas inventivas que lograsen convencer a mis progenitores de que había sido golpeado con saña y que mi hermana se merecía una sanción drástica a pesar de que, sin ella saberlo, se había reconciliado conmigo al dejar colgadas en una cuerda del baño sus bragas (rígidas y anchas flores que me turbaban con un triple sentimiento de asco, aprensión y agrado); y en segundo lugar, sabía bien que al interior del Partido no se tenía afecto por los muy listos, que sus camaradas sólo les fingían admiración para poder disimular y soportar la envidia y la desconfianza que suscitaban o, lo que era peor, para aprovecharse de esta circunstancia y asignarle las misiones más peligrosas o difíciles. Así pues, con el fin de pasar desapercibido y no atraer sobre mí la desgracia, dejaba en manos de otros el manejo de la información secreta, de los recursos materiales y de la suerte de vidas ajenas, concretándome a la taimada tarea de ser el más humilde de todos, el más bondadoso y desinteresado, el más consagrado al estudio de nuestra doctrina.*

*Entre tanto, mis actividades continuaban dedicadas a la conscientización de estudiantes y obreros. Les hablaba ahora acerca de un tema que a mí y a ellos nos gustaba oír: la inminente llegada del tercer milenio, la época en que el marxismo daría al traste con toda forma de explotación y rapacidad, en la que el proletariado destruiría a todas las demás clases antes de fundirse como tal, en la que desaparecería la esclavizante subyugación del trabajo dividido en intelectual y manual, en la que los individuos incrementarían su poder productivo haciendo fluir con mayor abundancia que nunca las fuentes de riqueza cooperativa. Pero, igualmente, les advertía que antes del advenimiento de esa Edad Dorada, sería necesario transitar un camino lleno de escollos, penalidades y sufrimientos, pasar por una fase de disciplina y autodisciplina, de sacrificios y sobre todo, luchar por un autentico renacer, el mismo que yo había vivido, el mismo que había hecho de mí otro hombre: el mejor, porque, en gracia de una extraña ocurrencia, había renacido del futuro hacia el pasado.*

Durante los cuatro días interminables que faltan para la nueva cita del sábado, Fernández tiene a diferencia de otras ocasiones la oportunidad de charlar amable y amistosamente con Marina. Platican unos cuantos minutos antes de las clases, se van juntos a la cafetería cuando aquellas concluyen, aprovechan los encuentros imprevistos en los pasillos y en las escaleras para saludarse de mano largamente.

Se ha dado el festín de tenerla muy cerca (absorbiéndola con sus diez sentidos) durante las tres horas que duró la prueba reciente que le practicó al curso. Prueba que sólo necesitaba de cuarenta y cinco minutos para ser resuelta, pero para la que dispuso un gran tiempo artificial (haciéndoles la falsa recomendación a sus alumnos que leyesen muchas veces las preguntas porque eran deliberadamente capciosas) con el único objetivo de demorar a la joven en su presencia.

Sentado a su lado mientras ella resolvía el examen, olió el triple perfume de su piel, loción y ese olor ideal y misterioso que todo hombre asigna gratuitamente a la mujer que ama; la vio evolucionar en distintas posiciones y puede recordarlas milimétricamente como si a cada una de ellas le hubiese tomado una fotografía: con su cabeza inclinada hacia el cuadernillo, mirando hacia el cielo raso, clavando la mirada en el piso; escuchó su respiración que era un mar distante o el mar de un sueño; contempló su mano larga y delgada como un riachuelo escribiendo con una letra grande y redonda que a él se le provocó una señal de generosidad y desprendimiento, y se desconcertó (y sufrió la herida moral de presenciar y callar un delito) cuando descubrió que hacía trampa puesto que en sus muslos, que desnudaba por momentos, tenía escritas algunas respuestas, pero no se atrevió a reprenderla a pesar de que por el mismo acto había hecho expulsar a varios discípulos suyos con la excusa de no avergonzarla en público, con la disculpa de que la contemplación de esas piernas, que eran para él el origen del mundo, bien valía un fraude y un engaño.

*Mi labor dentro del Partido me demandaba un gran esfuerzo físico y mental, puesto que para corresponder a la confianza que él decía tenerme (y de paso demostrar que me la merecía) me veía precisado a volverla, real y artificialmente, más intensa y polifacética; es decir, a trabajar con empeño y a fingir que lo hacía. Además, como si no fuese suficiente lo anterior, me esforzaba por evitar las eternas, tediosas y circulares discusiones de carácter hermeneútico en que se enfrascaban los cuadros directivos, y que cundiese el aburrimiento y la pérdida de entusiasmo entre los obreros y estudiantes que me correspondía adoctrinar.*

*Para impedir la abulia entre los obreros diseñé un plan de acción que tuvo gran acogida y que se desarrolló en una perfecta escala. Como primera medida, se combatió el temor que sentían de ser despedidos si fundaban en su empresa un sindicato, afianzando en ellos la fe y la confianza en el espíritu de grupo, vigorizándolos con la vieja y efectiva receta de que la unión hace la fuerza; lograda la creación de los sindicatos y la afiliación másiva a ellos, se procedió a colocar en sus juntas directivas a aquellos que simpatizaran con las ideas de izquierda; obtenida la conformación de las juntas directivas como deseábamos, se trabajó en pro de su politización, mezclando y disimulando este objetivo entre reivindicaciones de tipo salarial, metiéndoles en la cabeza que a partir de este momento tendrían que volverse de hierro los gérmenes del comunismo; politizadas con éxito las juntas directivas se les convenció de que debían demandar de su empresa mayor participación en la toma de decisiones, pero, eso sí, advirtiéndoles que obtenida esta conquista no podrían utilizarla para exigir nuevas prebendas sino para lograr el ingreso en su respectiva institución de un gran número de trabajadores comprometidos de antemano con el Partido. Como segunda medida, se organizaron desfiles y se elaboraron discursos para los días de conmemoraciones patrias, campesinas y obreras; se redactaron boletines sindicales teniéndose*

*el cuidado de que no fuesen tan suaves que no conmovieran a los patrones ni tan agresivos que desataran en éstos el deseo de emprender persecuciones; se imprimieron periódicos en los que se soslayaba nuestros intereses políticos en tanto que se resaltaban (con el ánimo de hacernos simpáticos, didáscalicos e imparciales ante la comunidad) asuntos referentes a la cultura, la creación y la seguridad industrial; se conformó un grupo secreto encargado de golpear y hacerle la vida imposible a quien nos traicionaba delatándonos o vendiéndole su fuero sindical al patrón, acusándolo mediante anónimos entre sus amigos y familiares de ser loco, homosexual o drogadicto, grupo del que yo (para impresionar más a mis dirigentes) hacía parte, alterando mi fisonomía con lentes y barba postiza.*

*Respecto a mi trabajo entre los estudiantes, diseñé un conjunto de tareas que debían ejecutar a la manera como los atletas vuelven más fuerte sus músculos y los devotos más fuerte su fe mediante ejercicios diarios. Constituía para ellos una obligación impostergable repartir volantes, pegar afiches y gritar consignas en un número fijado previamente; al terminar la jornada diaria, todos debían haberle expuesto por lo menos a diez personas los innumerables atributos que adornaban a Stalin y las infinitas bondades que prodigaba y perseguía nuestra causa; todos debían leer, como si se tratase de un breviario, algunas páginas de un texto marxista y resumir su contenido en un cuaderno al que yo había bautizado “La Excelencia”. Les hice saber que solo cumpliendo con estas obligaciones especie de florecillas espirituales podrían llamarse a sí mismos estudiantes de verdad, soldados de la patria futura.*

## 51

Fernández despierta este sábado acordándose de un pasaje de su infancia cuando creía que la música de fondo que acompaña a las escenas cruciales de las películas era espontánea, se producía naturalmente; consistía en una potestad de los actores para convocarla, en un

poder especial como el que tienen los sacerdotes católicos de convertir el vino en la sangre de Cristo, y enseguida desea que su candidez pueril hubiese sido cierta y que la música alegre y ligera que viene de uno de los apartamentos del apretado edificio sea la propicia y pertinente para los acontecimientos que le esperan en este maravilloso día en que concurrirá de nuevo a casa de Marina.

Corre de un tirón la cortina de su alcoba para que la luz -que entra fuerte y como si gritara, asesine de una vez por todas a lo que resta de la noche anterior. Es un día radiante y lleno de premoniciones, como si viniese envuelto en un papel para regalos. Sin embargo al profesor no se le ocurre otra idea mejor para celebrarlo que dormirse de nuevo.

A medio día -esa zona irreal de dos horas en que el sol parece quedarse estático y frenar el avance del día- abandona el “Santiago de Cali” y penetra en el supermercado del frente ataviado con camiseta, bermudas y sandalias, ropa por demás juvenil para él, con el propósito de burlarse de quienes concurren a éstos vestidos formalmente y asumen impresionados por su asepsia y su luz neutra la actitud digna y severa de los creyentes en el templo.

A las tres ya se ha preparado y consumido sus alimentos. Sobre la mesa del comedor se ven platos sucios, cortezas de frutas y botellas vacías como el bodegón de un pintor aprendiz. Y, justamente, al momento de lavar esa loza sucia sentirá vergüenza de sí mismo, se calificará de nuevo dedicado a una actividad mujeril, opinará que su vida sexual es paupérrima y vislumbrará la posibilidad de sentar cabeza al lado de la alumna que ama.

En la sala, mira la televisión, pero se aburre pronto; abre el periódico, que la agencia de la suscripción envía cerrado con un gancho de grapadora y se queda dormido. Tiene un sueño formidable que quizás a otro le hubiese permitido dilucidar el misterio acerca del tiempo exacto que duran los sueños, y colegir que estos son atemporales, que no se producen de principio a fin en un lapso determinado, sino que se suscitan en un espectro del vacío por muy extensos y elaborados que parezcan: vive en el siglo XIX y es un curtido guía de las carabanas

de colonos que pueblan los vastos territorios del oeste norteamericano. Muchísimas veces ha conducido a través de las llanuras a poblaciones enteras que se desplazan en carretas. Una vez más debe poner su pericia de vaqueano al servicio de inmigrantes que buscan tierras y oportunidades en el nuevo mundo, pero siente temor de emprender una nueva travesía. No lo inquieta esta vez el miedo de perder el rumbo y morir de hambre y sed en los insondables parajes, sino la presencia a lo largo del trayecto de pieles rojas que en los últimos días han hecho retumbar sus tambores de guerra. Pero el prurito de demostrar que es un hombre recio y de palabra -en un lugar donde las leyes del arrojo y el coraje son la Constitución- lo obliga a aventurarse al frente de un desfile infinito de carretas. A mitad del camino sus temores y presagios se vuelven realidad: los indios atacan convertidos en un doble aguacero de cuerpos y flechas. Compasados a gritos indescifrables, destrozan el círculo perfecto fabricado con carruajes y caballos, matan o escalpan a los hombres y raptan a las mujeres y a los niños. Él intenta escapar pero una flecha le atraviesa el muslo izquierdo. El dolor que siente lo hace despertar y persiste aun en la vigilia, y Fernández descubre que no sólo lo ha producido el afilado pedernal de la flecha sino un gancho para grapadora que se le ha clavado en la piel, pero no capta (distráido y ensimismado por su próxima visita a la casa de los tulipanes africanos) la gran revelación sobre el enigma onírico, a saber: que sus años de experiencia como conductor de caravanas, la persecución que sufrían los colonos en sus países de origen por motivos religiosos y políticos y su travesía por el atlántico, la ira, la preparación del maquillaje para la guerra y el ataque de los indios, el flechazo que recibe en su bíceps femoral y la perforación que le hace en su piel el gancho de la grapadora suceden al unísono, en un mismo plano de la realidad, en una dimensión extra del espacio y el tiempo, verdadera pero inefable, en la que se intercrucan la vigilia y el sueño a través de una relación bipolar de causa y efecto, y que, precisamente, soñó su odisea, la de los peregrinos y la de los indios debido a que un gancho de grapadora le perforó la piel, y un gancho de grapadora le perforó la piel porque soñó esas aventuras diversas.

A las cinco va al baño, se lava la cara y cambia su ropa deportiva por la usual. Sale y en el primer piso se entera de que en su tiempo libre el conserje le ha convertido su automóvil en uno nuevo, pintándolo con agua y jabón. Camina lentamente bajo un sol fuerte aún las siete cuabras que lo separan del restaurante “Shop Suey”, esperanzado de que la comida china no le producirá eructos ni flatulencias que lo hagan avergonzar ante la joven. A las siete ya esta de regreso en su apartamento y se ducha por segunda vez. En el parqueadero un nuevo e inesperado fenómeno favorece su Volkswagen: la luz azulada y metálica de un poste del alumbrado se lo esmalta de otro color.

Se enruta hacia San Fernando. La noche huele a los elementos que la componen: a hierro por las estrellas, a tinta por la franja negrísima que la circunda, a sal por el viento que viene del Pacífico y que al arrastrar hojas secas, polvo y basura parece que moviese de su sitio a la ciudad unos cuantos centímetros, a tela por las escasas nubes, que de tan cortas y delgadas parecen sábanas. En la carrera 40 los clientes habituales de las veintitrés discotecas que hay en una sola cuadra alborotan en las aceras y le dan al tramo el aspecto de un pequeño pueblo independiente, desesperados por obtener buenas mesas, urgidos de diversión puesto que por causa de la actividad que los ha enriquecido vertiginosamente saben que morirán temprano y de forma violenta.

A la altura del Hospital Universitario, debido a cambios de última hora en la dirección de algunas calles, se ve obligado a desviarse y circundar la Plaza de las Banderas, que lo anima como un buen augurio y lo ayuda a sobrellevar el fastidio de tener que recorrer tres manzanas adicionales. Por fin llega y antes de llamar a la puerta le sobreviene una idea festiva más: que el de hoy, es un día al revés que ha terminado al amanecer y amanecerá en la noche, justamente cuando Marina aparezca.

*Ya estaba a punto de terminar mi carrera y aún por recomendación expresa de los jefes de nuestra colectividad no había conocido íntimamente a mujer alguna. Aunque con muchas camaradas había tenido relaciones de trabajo o de militancia, ninguna se había atrevido a insinuárseme, convencidas de que no disponía de tiempo para asuntos diferentes a los de mi actividad política. (Años más tarde descubriría que a mis espaldas los directivos se encargaban de hacerles saber que, en efecto, no podría brindarles la atención adecuada y que les convenía buscarse otro pretendiente). Pero cuán equivocadas estaban al pensar eso y cuánto más lejos de adivinar que no solo me gustaban, sino que me másturbaba teniéndolas en la mente y acarreado sobre mí (como en la época del internado) un fuerte sentimiento de culpa, agravado esta vez por el miedo y el autodesprecio ante la posibilidad (remota, por supuesto) de ser descubierto por el Partido, que consideraba el onanismo no como un vicio o una debilidad sino casi como un delito que castigaba entre sus jóvenes con el vilipendio y la expulsión de su seno.*

*Para remediar mi condición de célibe, Federico Meza, cuarto jefe en el mando local, que disimula su condición de subversivo gerenciando una inmobiliaria, me invitó a su oficina recordándome seguir el estilo que acostumbrábamos en nuestras filas para desplazarlos: dando con sigilo varias vueltas a la manzana; fingiendo mirar las vitrinas o buscar una dirección.*

*Esa tarde de mayo camine, pues, hasta un edificio situado en la Plaza de Caicedo, la más tradicional de la ciudad. Aguaceros dispersos me arrinconaron repetidas veces bajo los aleros para contrariar mi apremio y hacerme faltar al sagrado principio de la puntualidad, expresado como un precepto por Makarenko: “La puntualidad es productividad del trabajo, es riqueza, es respeto hacia uno mismo y hacia los camaradas; en la puntualidad se manifiesta el respeto a la colectividad, sin el que no puede existir la ética comunista”. A partir de esta cita reforzaría mi impresión, como le sucede a los detectives*

*cuyos pies se les ha vuelto planos de que por culpa del Partido siempre caminaba (en una Diáspora personal y penitente) buscando un personaje misterioso, incógnito o inexistente, en pos de una revelación o una clave que hiciese ceder todos los resortes, impresión que yacerá decantada para siempre en mi memoria al igual que sucede después de una relación profunda entre dos amantes de la que sólo ha quedado la familiaridad de un olor íntimo, la visión parcial de un cuerpo -unos labios, una mano, los ojos- o el recuerdo de un ceño que se engrería al momento de respaldar una frase de reproche.*

*Meza pasaba de los cuarenta años, pero como desde muy temprano había pertenecido a las Juventudes Comunistas -y continuaba haciéndolo- vestía a la manera informal de un joven y se peinaba con un enorme bucle que le caía sobre la frente.*

*Después de hacerme esperar más de una hora en su sala de recibo, me gritó (invisible detrás de una mampara de vidrios velados):*

*–Entra!, sigue...!, pero, contradiciendo su invitación, se apareció inesperadamente en la puerta de su reservado y se abalanzó sobre mi para darme un fuerte abrazo. Charlamos un rato sobre asuntos insustanciales, aromando las palabras con el mejor café del mundo. Ya me había sorprendido con su confesión de que cuando niño fue de esa clase de indigente que pasa varios días sin comer y duerme con sus padres y sus numerosos hermanos en una pequeña habitación; y que tanto como lo hacía su amor por el Partido, su fe en el Comunismo y la aventura de vivir con el corazón en la boca por causa de la persecución de parte del sistema lo motivaban en su trabajo la belleza de su oficina (decorada con gruesas alfombras, músculos y antiguos muebles de nogal y, lo que constituía su mayor orgullo, un pequeño original de Siqueiros), contrariando la teoría del famoso psicólogo Herzberg sobre el comportamiento, que asegura con vehemencia que no conmueve ni predisponen a la actividad laboral la apariencia física del lugar donde se lleva a cabo en tanto que si lo hacen la tarea misma, la realización personal y el reconocimiento por parte de terceros. De pronto me aturdió yendo directamente al meollo de nuestra cita:*

*–Necesitamos que consigas mujer! me espetó, y, dejándome por un instante ciego y perdido entre la nube de polvo de la confusión, agregó con tono paternal:*

*–Siempre te hemos admirado y considerado el mejor ejemplo para la juventud por tu castidad vigorosa y varonil!. Eres la clase de militante que Lenin tenía en mente cuando afirmaba que el joven comunista debe conservarse puro y abstenerse de seguir los sucios ejemplos que ofrece el mundo burgués de reducir el amor a la satisfacción de la necesidad sexual y llamar a esto amor libre... Acuérdate que para él la incontinencia en la vida sexual era una característica de las clases decadentes, un síntoma de descomposición. Si te hubiese conocido estaría orgulloso de ti. Difícilmente se puede llegar a tu edad incontaminado: se requiere para ello el dominio de sí mismo y la autodisciplina, atributos supremos, brújula y norte de un buen camarada!*

*Y para concluir su sentencia, agregó con un tono burlón y una sonrisa filosa:*

*–Pero como dice el judeo-cristianismo, no en bueno que el hombre este solo!.*

*–No entiendo muy bien! -exclamé porque, precisamente, entendía muy bien aunque me molestase que tomara en sus manos una decisión tan íntima y delicada, y porque pese a todo me sentía expectante, interesado y... feliz.*

*–Muy fácil... queremos que tengas novia, que mantengas con ella una relación formal y rápida y que luego te cases.*

*–Pero no he pensado en ninguna muchacha para eso... No hay candidata a la vista!.*

*–Descuida, que si la hay. Hemos pensado en una camarada que reúne una serie de atributos físicos y morales y que por lo tanto puede estar a tu altura, merecer tu amor.*

*–Y ella estaría dispuesta a entablar una relación conmigo?*

*–Lo estaría... de hecho ya lo está puesto que conoce de tu trayectoria y de tus méritos.*

*–Y como podría contactarla? -me animé a decir, haciendo dos veces el idiota: primero, en vez de preguntar “Como podría conocerla?”, inconscientemente hablé de un contacto como si se tratase de una misión o de un negocio, y, segundo, indagué cómo hacer un contacto siendo yo miembro de un partido que se dedicaba todo el tiempo a hacer contactos aquí y allá.*

*– Ella vendrá a ti, como viene la mañana al día -dijo, con un tono entre burlón y poético.*

*Abandoné la oficina de Meza pareciéndome un tanto a él su ardid pueril de negarse a envejecer, puesto que me embargaba el sentimiento de haber llevado a cabo una transacción con dinero de juguete como lo hacen los niños con canicas o papelillos brillantes: no era en nada el joven púdico que los dirigentes del Partido suponían. No sólo continuaba siendo el onanista contumaz de siempre, sino que no me tragaba el cuento de la ventaja de ser célibe y casto: mediante mi propia experiencia y la que decretaba a las personas que instruía en el marxismo había descubierto que el Partido se oponía a las relaciones sexuales entre sus miembros solteros no por razones éticas sino con el fin de conservar para su exclusivo servicio él tiempo, la energía y el vigor de estos camaradas, y, en especial venganza, no sólo imaginaba haber convertido a mis compañeras de militancia y a mis discípulas en el objeto de mi lujuria, fornicando con ellas a cada instante en los lugares más inopinados, degradándolas y degradándome a los ojos del Comunismo en una actitud idéntica a la de un caballero que se perfuma y se viste de smoking para revolcarse en una porqueriza, sino que, también, me hacía a la idea de portar en el alma heridas dejadas por esos amores concupiscentes, por las traiciones e infidelidades de mis camaradas (convertidas para mi capricho en asquerosas ninfómanas, en vampiras viciosas), heridas que no por ser fantásticas dejaban de ser válidas para algunos efectos morales, como lo son para efectos de prestigio y respeto las que los cazadores de algunos pueblos primitivos se infligen a sí mismos para hacerles creer a los miembros de la tribu que son producto de la lucha con las fieras.*

Fernández va a llamar a la puerta utilizando la garra de león, que pese a su pátina resplandece por causa de un cercano poste del alumbrado, pero se lleva una sorpresa: aquella sólo se encuentra levemente ajustada. La empuja introduciendo en la quietud un sólo monocorde de un violín horrible. Como si hubiesen degollado la luz tan efectivamente que no le han dado tiempo para sangrar con algunos destellos, el zaguán y el interior de la casa se encuentran completamente a oscuras. Los olores familiares del lugar se multiplican por dos: los que se le han quedado para siempre en la memoria y los que disfruta de verdad en la corriente de aire que ha creado al abrir la puerta.

Avanza lentamente por el zaguán con los brazos extendidos hacia adelante: burdo remedo de un sonámbulo; aspas de otro molino de viento quijotesco. Como conoce la casa, sabe que si al final de ese recargado y falso túnel tuerce a la derecha encontrará la sala de sus dichas y desdichas.

Ignora en qué orden preciso se suscitan los acontecimientos, pero de pronto hay en el ámbito un perfume (agresivo, hostigante: la noche en lo profundo de la selva virgen), el aletear de un enorme pájaro enfermo, un susurro, una excepción en la ley de la gravedad, una sombra que es dos veces tal por la oscuridad y el color de su contorno, un cuerpo que se le agrega súbitamente al suyo haciéndolo presa de un enorme y doble temor: por sentir que lo atacan, por no saber quién lo ataca. Elabora, por tanto e igualmente, una doble conjetura: por un lado piensa que debe tratarse de Marina que le ha querido sorprender con una broma abalanzándosele juguetona; por otro, supone que unos asesinos han penetrado en el lugar minutos antes (a eso se debía la puerta abierta) y ultimado a todos, como ahora quieren hacerlo con él.

Sin embargo hay un alivio rápido en su miedo de haber sido atacado por un maleante puesto que el cuerpo que lo avasalla no tiene el ímpetu ni la dureza muscular de los asesinos; puesto que lo atacan sin furia, levemente, con rasgos de educación y amabilidad. Porque, además,

el cuerpo que lo agrede transpira con otros humores diferentes a los de la conspiración y la villanía; porque, definitivamente, el cuerpo que lo ataca es de mujer.

Logra recuperarse de la sorpresa inicial y deshacerse del cuerpo extraño, que blando y desleído rueda al piso. Un flash de la memoria (que se hace literalmente evidente en la oscuridad rotunda) le recuerda en qué pared está situado el interruptor de la bombilla. A tientas (en el segundo sueño del falso sonámbulo) se dirige hacia la pared invisible, pasando quizá por encima del cuerpo que se agita y resopla como un animal cansado. La luz estalla y quien yace en el suelo (desnuda, patética, tan sudorosa como si se lloviese por dentro), es, efectivamente, una mujer, pero no Marina, sino su madre.

Fernández queda petrificado (esta metamorfosis ya se le ha vuelto costumbre desde que conoció a su alumna), estupefacto, mudo. Alcanza a pensar que en ocasiones así un hombre puede quedar completamente canoso en un instante. Recuperándose un poco, se agacha y ayuda a levantar a la mujer, que luce congestionada y asténica hasta el punto que tiene que alzarla en vilo. Como la luz que ha encendido se expande con la presunción de un hijo único, puede llevarla hasta la sala, donde, con gran delicadeza y enteramente falto de fuerzas ya, la coloca sobre el sillón.

Sólo hasta ahora Fernández mira el rostro de la mujer, congelado con una horrible mueca de suplica. Como al colocarla en el sillón se ha sentado también, ella lo mira, igualmente, con aire de perplejidad. Y de nuevo él sufre esa sensación de que los rápidos eventos que ocasiona la mujer son piedras que le caen del techo, porque de súbito e impensadamente ella lo toma del pelo y le restrega la cara contra sus senos (que son, lo comprueba de nuevo, enormes, duros, como pedidos prestados a otra mujer), que se vuelven panoptes puesto que con sus pezones y los ojos del profesor cada uno parece formar una cara con tres ojos; le arranca de un tirón la camisa (los botones se escurren como monedas para hacer compras baladíes en la tienda de la demencia; como esquivarlas de una granada inocua y doméstica que hacen tintinear un jarrón y el vidrio de

un cuadro); le clava las unas en el pecho y se lo alivia enseguida con un larguísimo beso húmedo.

El temor por la aparición repentina de Marina (ese monstruo que ya conoce) crece, y así se lo hace saber a la mujer:

–Por Dios, mi señora, cálmese...! Mire que Marina puede entrar de improviso! -le recalca varias veces.

La mujer replica también una y otra vez con una horrible voz que a él se le parece la que pudiese utilizar un epiléptico en medio de su ataque; con una frase que supera toda connotación de lo ridículo, abyecto o demencial:

–Ella no...ella no... Ella no vendrá... Ella no podrá suspender el infierno de esta dicha!

Fernández cree soñar. En verdad, quiere creer que sueña para paliar que comienza a responder con el suyo al deseo de la mujer. Confortado dentro de su inmenso fastidio por la frase terminante de que su alumna no aparecerá, ramalazos de deseo lo invaden más y más. Siente crecer, tímida, vergonzante, timorata, una erección, que no reconoce como la respuesta natural a un estímulo, sino como una especie de tumor que se inflara en su entrepierna. Y de pronto descubre que le besa -leve, disimuladamente -los senos.

La emoción del hombre va en aumento como la noche afuera y tan velada e imperceptiblemente. No sabe en qué momento una mano suya -libre, voluntariosa- ha buscado la vagina que se deshace corroída por sus propios ácidos.

Al tocar a la mujer por el lugar donde más se deshidrata, desató un perfume acre y filudo que invade la estancia y le corta la respiración, y justificó el beso pleno que recibe de la boca de la mujer, donde se repite el viejo truco de su madre de disimular con clavos de olor el aliento fétido.

Como quiera que en un acto de prestidigitación de los sentidos su deseo se torna de repente en náuseas irrefrenables (¡y que la madre de Marina es un poco la suya propia!), quiere a toda costa huir. Recu-

pera del suelo su camisa y -cubriéndose con ella a la manera de una mujercilla que hubiese sido sexualmente atacada; como un huérfano; como un pordiosero- abandona la sala en busca del zaguán y la puerta, tropezándose en su carrera con las paredes, cayendo dos veces.

Apenas ha ganado la acera cuando la voz de Marina lo detiene.

–Espérame, que he venido por tí -le grita, haciendo con sus manos la más delicada bocina.

## 54

Pese a que ha detenido a Fernández con su primer grito, la joven insiste con otro que, por redundante, produce el efecto contrario.

–Detente, por favor! -vocifera.

El profesor reinicia su rápido avance hacia su automóvil pero tiene tiempo para comunicarle con una mirada a Marina que se encuentra copado por la ira. Abre la puerta pero no consigue entrar porque ella lo empuja y se introduce primero. Deja sobre el cuero negro de los dos asientos delanteros una raya resplandeciente hecha con la transpiración de sus piernas, que tiene el efecto mágico de aplacar por un instante la rabia del profesor. Él sólo se limita a quejarse con un enigma:

–¡Si supieras lo que me acaba de hacer tu maldita mamá!  
-exclama, sin tacto; sin preocuparse de que sus palabras puedan enojar a su alumna.

–Qué te ha hecho esta vez? -inquieta la joven, dando por sentado que tiene motivos para estar disgustado.

–Se aprovechó de nuevo de tu ausencia para insinuárseme sexualmente!

–Si así fue, te presento disculpas... Pero no acepto que te pongas furioso conmigo. La relación nuestra no tiene nada que ver con los demás! -dice Marina como una experta domadora de fieras y logra calmar del todo a su profesor.

–Me molestan las cosas de tu madre, pero tengo que pasarlas

por alto en beneficio de nuestro amor! -exclama Fernández, conciliador; sin percatarse que ha caído como un gatito en la red para cazar tigres que la joven le ha tendido.

–Así tiene que ser! -concluye ella y el incidente que acaba de vivir el profesor se desvanece.

Como todavía no ha puesto en marcha el Volkswagen, su alumna se apodera de la iniciativa.

–Arranca! -le ordena-. Vamos a algún lugar.

Antes, cuando frecuentaba a los alegres camaradas del Partido, solía visitar bares y restaurantes y hasta sabía qué noche se celebraba un evento especial en cada uno de ellos: “los martes de la “Manzana”, los miércoles del “Honka Monka”, los jueves de la “Jirafa Roja”, los sábados de “Juanchito”, los lunes de “Libaniel”. Pero ahora ha perdido toda referencia de los lugares que están de moda y las pocas veces que toma o come por fuera, lo hace en establecimientos cercanos a su apartamento. Por los tres motivos de sentir que su vida es el reflejo de un espejo, de ser un entusiasta lector de Nietzsche (quien reivindica la tesis de que la vida se mueve en círculos e implica un eterno recomenzar) y de vivir pegado a una rutina en que los días se imitan fielmente entre sí, termina por volver al “Green Bird”, donde el fantasma de las piernas de su alumna se convirtió en la única y concreta realidad que anima su vida.

Bajo el estrépito de los parlantes piden dos cervezas y antes de que el camarero las traiga, Fernández tiene la oportunidad de comprobar -echado a perder por la vanidad- que los parroquianos de las mesas contiguas se han impresionado de verlo acompañado de tan deliciosa criatura. Suceso que más tarde aportará algo en su arrojo y decisión. Cuando ya cada uno se ha tomado cuatro cervezas, que a él no le han hecho la más mínima mella, pero han ruborizado el rostro de la joven, decide, después de grandes mareas y huracanes interiores, ser franco y directo:

–Fuí a tu casa con la intención más limpia y honesta de proponerte que hiciéramos el amor y a cambio recibí el ataque de una loca! -dice de un tirón; orgulloso, como pocas veces lo ha estado, de sí mismo; sacándose de adentro los vientos que le metió con sus desafueros la mujer.

–Es muy lindo lo que dices... si lo haces sinceramente -responde Marina, dulcemente; tan apacible como una lluvia escuchada en una siesta.

–De verdad te parece lindo? -inquire el hombre, emocionado.

–Me parece dos veces lindo: porque es la demostración de que me amás y porque lo haces de una manera que ya no se acostumbra.

–Si...? Y por qué más? -dice Fernández, como en un juego de niños.

–Porque había esperado que me lo propusieras... Porque estaba a punto de proponerte lo mismo pero me contenía, contagiada de tu timidez.

–Entonces vayamos a un lugar propicio... -agrega el profesor, con dificultad por causa del nudo que se le hace en la garganta.

–El único lugar que aceptaría sería mi casa un sábado, cuando no están mi tío, ni mis hermanos, ni mi mamá.

–Tu mamá? Si tu mamá casi me estrangula esta noche! Como dices que tu mamá no está en casa los sábados?

–Usualmente no lo está. Hoy permaneció en ella porque sospechó, no se por qué, que nos veríamos... que haríamos el amor.

–En tu casa, no! Nunca!, protesta con vehemencia el profesor.

– Bueno, pues no será.

– Los encuentros en tu casa me parecen una burla, una ofensa -grita Fernández. Luego calmado y temeroso de haber perdido la mejor oportunidad de su vida, agrega:

–Por lo que más quieras, en tu casa no!

–Tú eres lo que más quiero!

–Pues no lo parece.

–Te lo repito: tú eres la persona que más quiero, pero no haré

el amor contigo en otro lugar que no sea en mi casa un sábado por la noche... Por fuera me sentiría como una puta! -concluye con entereza la joven para ponerle punto final a esa conversación.

Después de un rato, como saliendo de un sueño, Fernández vuelve a hablar.

– Podemos ir a mi apartamento... o a otro lugar decoroso.

–Por favor, no insistas!. Mejor cállate -dice Marina, disgustada de nuevo.

Y él obedece.

## 55

*Solía tener un sueño en el que recordaba haber tenido el mismo sueño varias veces. Un sueño que hacía referencia a los anteriores e iguales sueños en el sentido de que no sólo lo rememoraba, sino que volvía a tenerlo de nuevo. Un sueño que se las arreglaba para reproducirse de la manera más práctica posible: volviéndose a repetir.*

*Este sueño era un sueño al estilo de las estaciones que, por cierto, regresaban cada año parecidas a mi sueño, sueño que se manifestaba igual pero diferente cada vez, que se me antojaba invertido cual si me mirase al espejo, que se comportaba como un objeto fotografiado desde distintos ángulos cada vez, un sueño que se extendía en el tiempo, que daba brincos entre la inefable materia del éter. Era una especie de puente cuyos extremos descansaban en las orillas de la nada, o, mejor aun, cuyos dos extremos conformaban uno solo formando un círculo que explicaba y justificaba su condición de reiterativo.*

*En este sueño, que comencé a tener a raíz de mi vinculación al Partido, yo jamás nacía o nacía sin nacer puesto que continuaba viviendo en las entrañas de mi madre. Permanecía en su vientre pero no como un feto o un neonato, sino como una criatura normal que después de haber cobrado vida continuaba creciendo como lo*

*hacen los demás niños, hasta adquirir la estatura y complexión de un hombre.*

*Jamás abandoné la cálida seguridad de mi ámbito. Allí gateé, di los primeros pasos, pronuncie mi primera palabra, fui a la escuela, aprendí a leer y escribir, viaje a Tuluá, me convertí en comunista, llevé a cabo las misiones que se me encomendaron, conocí a Susana Figueroa y Rogelio Mondragón y un sinnúmero de obreros y campesinos que mejoraron mi visión del mundo y de la vida.*

*Todo transcurría, todo lo emprendía sin necesidad de salir de mi delicioso escondite, de mi delicada habitación. Metido en este útero amable, inverosímil y práctico dejaba que el tiempo transcurriera, iba a todas partes y visitaba a mis amigos. Me sentaba en la banca de los parques, frecuentaba las salas de cine y las bibliotecas y, como todos los de mi generación, me divertía mirando las primorosas jovencitas que salían de las oficinas a las seis de la tarde. Nada se me era negado: estas entrañas eran tan generosas y complacientes que en compañía de millares de furibundos espectadores presenciaba los partidos de fútbol que tenían lugar en el viejo estadio del barrio San Fernando. Y todavía me quedaba el consuelo y la dicha de saber que volvería a soñar que había tenido este sueño.*

## 56

Fernández decide no levantarse ese domingo. Empiyamado en su cama ensaya un juego macabro: finge estar muerto, y comprueba objetivamente como lucirá en esa condición quedándose muy quieto y sin respirar mientras que a través de sus pestañas se contempla en el espejo del armario que tiene al frente.

## 57

*Producto de mi visita al camarada Meza, me correspondió ir a tomar helado a la cafetería del Hotel Aristi en compañía de Valentina*

*Correa, la prometida que me había asignado el Partido.*

*El Hotel Aristi, aunque decoroso y sitio de moda, quedaba situado en una zona que desesperaba a los arquitectos urbanistas y dejaba mudo a los sociólogos puesto que había pasado de prestigiosa a deprimida al tiempo que negaba y escondía las razones sociales de su decadencia. Antaño, en un parque cercano, las madres burguesas llevaban allí a sus pequeños hijos a tomar el sol y en los kioskos que lo circundaban se podía comprar los libros de todas las editoriales del mundo. De pronto, como si se tratase de una maldición, había pasado de estrato número seis a estrato número dos en la clasificación de la Alcaldía Municipal, que no servía para nada ni explicaba nada a no ser el hecho de proporcionar la excusa espuria para cobrar las tarifas del acueducto y la energía más cara en un lugar que en otro.*

*Había esperado largo rato a la joven interrogando a mi imaginación acerca de la apariencia que tendría, sentado a una mesita donde me convertía en una especie de camaleón artrítico que ya no pudiese combinar los colores para mimetizar su piel y dejaba que se reflejasen directamente en su cuerpo el azul y el verde de las letras de neón que en las paredes anunciaban algunas delicias del establecimiento.*

*De pronto, apareció en la puerta con toda la luz del mundo a sus espaldas. Mirándola por primera vez desde mi rincón sombrío, se me antojo una aparición, un ángel, una estrella que al caer hubiese adoptado forma humana. A medida que avanzaba hacia mí, se convirtió en una figura todavía más extraña: vestida con un traje rojísimo que le servía para que pudiese identificarla, se semejaba a un centauro por causa del enorme cinturón blanco que la dividía en dos, que la partía a la mitad con el violento contraste de los dos colores, pero como un centauro que al haber prescindido de su cuerpo equino resultaba doble únicamente en sí misma, o sea dos Valentina Correa, una mujer encima de otra.*

*Me dio la mano cuando me puse de pie. Enseguida me dijo que por habernos presentado nos convertíamos en novios oficiales. Yo acepte su imposición porque en otro rasgo secreto de mi carácter era un hombre*

*solitario y un mal camarada: fingía que sólo tenía amigos del tipo que lo permite el Comunismo que, como se sabe, repudia (por carecer de valor moral alguno) toda amistad formada sobre la base de intereses personales (como la simpatía, el aprecio, la atracción) desconectados de las grandes tareas sociales, pero, en verdad, no sentía que por el hecho de contar con su concurso en la edificación de una sociedad y un hombre nuevos fuesen amigos míos mis correligionarios; más aún, estaba convencido de que eran mis colegas quienes debían -sin esperar reciprocidad de mi parte- buscar y solicitar mi amistad, enternecidos, conmovidos e impresionados favorablemente por mi devoción al Partido y en pago a mi labor de guiarlos por la senda adecuada, y me gustaba mantenerlos a distancia y otorgarles mi estima tan sólo en la medida en que aceptaban mis críticas y seguían mis consejos, en la medida en que, colocado frente a ellos, reconocían que yo era la persona que debían admirar y emular.*

## 58

El propósito de Fernández era madrugar mucho ese lunes, como si en un sentimiento másoquista necesitara dedicar más tiempo a la consideración de su desgracia. Hay en su intención algo de la torcida lógica de algunas personas rústicas y elementales que en los días de asueto despiertan al alba para tener más horas sin hacer nada. Pero las cosas le resultan al revés: se queda dormido hasta las nueve. Tan sólo a las diez y media logra arribar a la Universidad y, después que sus alumnos que revolotean por ahí se enteran de que por fin se ha hecho presente, dicta la mitad de las clases que le correspondían.

Embargado por la confusión, comprueba que Marina no ha concurrido al aula. Pero cuando está a punto de alegrarse por la frustración de no verla, ella aparece de la nada como otras veces y le habla con una voz que es una combinación de alimento y flor:

—Cariño, estaba preocupada por ti... Me moría de pensar que no te vería hoy.

– Eso hubiese sido lo mejor... -comienza a decir Fernández mientras se van por las escaleras hasta la cafetería del primer piso, en una acción que, por ser idéntica a las de otras veces, anula la ocurrencia de las anteriores; las convierte de realidad concreta en episodios que cree haber soñado- ... sí, lo mejor, ya que no he sacado nada de conocerte, amarte y estar loco por ti! -concluye con dividida sinceridad puesto que además de expresar lo que siente, espera obtener dividendos de sus palabras en forma de una demostración positiva y extraordinaria de parte de la joven.

–Sí, sí has ganado mucho... Has logrado que yo también te ame intensamente -responde Marina para inmenso beneplácito del profesor.

–Entonces, por qué no quisiste acostarte conmigo? -exclama a la vez descarnado y burdo, pero como si lo que dice le saliera del fondo de las entrañas; asombrándose de que su resentimiento y pena le produzcan el coraje para decir las cosas tan crudamente; aparentando ser un hombre rudo en cuestiones sexuales; cobrándole a la joven el malestar que le ha hecho padecer su madre.

–Yo si quería...quiero. Quien no quiere eres tú con tu negativa a aceptar una condición baladí! -responde Marina con entereza.

–Pues no me parece tan baladí. Al contrario, es tan seria que ha logrado impedir mi propósito.... nuestro propósito.

A partir de ahora y siempre (con un recuerdo tan fuerte que lo transmitiría a través de sus genes a los hijos que engendrará) cada vez que sienta el aroma dulzón del café -que expele las dos tazas que la camarera ha traído- recordará la frase que Marina contrapone a su queja.

–Con toda el alma quiero que seas mío y quiero ser tuya, pero parece que mi entrega se antoja tan insignificante que a cambio de ella no estas dispuesto a concederme el más pequeño capricho.

*Cuando acepté convertirme en el prometido de Valentina Correa, los jefes locales del Partido que no sentían simpatía por mi cambiaron de actitud. Quisieron conocerme personalmente, incluidos aquellos que (por tener orden de captura, por haber sido declarados injustamente criminales, por padecer una persecución de muchos años en razón de sus ideas) permanecían escondidos y se les consultaba subrepticamente, circunstancia que le daba a nuestra organización política el carácter de una religión que incluso cumplía con el requisito indispensable de tener un dios o dioses y tenerlos absconditos, irrevelados, cubiertos por el manto del secreto y el misterio.*

*Esos hombres sabios me impresionaron profundamente, no sólo por su conocimiento sino por su apariencia y talante. Había uno que pese a su voluminoso cuerpo se desplazaba a la manera suave y silenciosa de un karateca de quinto dan y apenas si probaba bocado, haciéndome concluir que se alimentaba de la preocupación y el interés por los asuntos del Partido; y otro que basaba su prestigio en el hecho de no dejarse complacer por ninguno de sus subalternos pues (para evitar congraciarse y sentir aprecio que a favor de un inferior que comprende bien y ejecuta mejor su labor se convirtiese en familiaridad y motivo de participación y democratización de la autoridad) todos los días cambiaba sus consignas, tácticas, criterios y opiniones acerca de lo que le convenía al Comunismo.*

*No sólo quisieron verme, sino que me felicitaron por mi reciente grado universitario -obtenido con excelentes calificaciones-, me expresaron su buena voluntad y se comprometieron a aumentar la bonificación que recibía por mi actividad proselitista (bonificación que, por cierto, experimentaba como la mesada que concede un padre a su hijo), y a correr con los gastos de mi boda. Algunos incluso, fueron más allá: encomiaron mi inteligencia, haciéndome sentir el peligro de convertirme en la mira de mis envidiosos colegas y avergonzándose en lo profundo de mi ser puesto que recordé ciertas*

*ideas tontas que desdecían de mi alabado talento. Por ejemplo, en lugar de concebir en todo momento la realidad desde la óptica del materialismo dialéctico y el materialismo histórico, me dedicaba a lucubraciones que aunque las pergañaba pensando en los obreros no dejaban de ser utópicas e infantiles, tales como la de que todos los comunistas del mundo deberíamos luchar porque se acuñara una moneda de oro de uso universal que a la vez que no se devaluara conservara el valor nominal del metal, con el objeto de trancar la disminución del poder adquisitivo del salario del proletariado; o la fabricación de unos zapatos que durasen muchos años ya que tanto su suela como su tacón serían circulares y atornillables, es decir que se podrían rotar en la medida en que se gastasen sus bordes exteriores; o la elaboración de un perfume fragantísimo para que se lo aplicaran las obreras, y que, al contrario de los carísimos que consumen las damás ricas derivados del almizcle y la grasa de animales inmundos, se obtuviese simplemente a partir del ácido indoxilsulfúrico, que es el que le confiere su peculiar olor a la vagina de la mujer.*

*A partir de mi compromiso matrimonial me convertí, pues, en una especie de iniciado al que por fin se le revelan los nombres secretos de las divinidades y se le concede potestad de sacerdote. Y fui feliz entonces. No sólo por el axioma de que a quien se le confían los misterios de la secta transita de una posición social a otra superior, sino porque mi trabajo se extendió en una gama de relaciones que iban desde la cima de nuestra dirigencia hasta los obreros más pobres, con quienes planeaba una huelga en respuesta contra los gremios burgueses de la industria y el comercio que se negaban a reconocerles sus prestaciones laborales.*

*Permanecer entre obreros de tan modesta condición me permitía vivir de nuevo la época de Tuluá cuando al vincularme al Partido me torné de crisálida en mariposa; habitar sus casas pagándoles generosamente por su hospitalidad; recordar a Susana y Rogelio, a quienes (aunque no les escribiese ni visitase para no alterar la imagen que tenía de ellos con otras que pudiesen proporcionarme*

*sus nuevas y mis nuevas circunstancias) les continuaba profesando enormes devoción, gratitud y cariño; compartir su entorno: sentir omnipresente el aroma del pan que amásaban con forma de animales para divertirse con el antes de ingerirlo , como si definitivamente el pan fuese comunista.*

*Convertido en un obrero más, ayudaba a las mujeres en sus labores domésticas; daba a leer a los jóvenes obras que mostraban el temple de los héroes comunistas que lucharon en la guerra o contra los enemigos de los trabajadores o combatieron por la reconstrucción económica de su país, tales como “El Torrente de Hierro”, “Chapaiev”, “La Derrota”, “Cemento”; instruía a los hombres no sólo en el marxismo sino en la manera de construir una habitación, levantar una huerta o perforar un pozo, que había aprendido de otros obreros para no parecerme (por recomendación de Lenin) a esas personas cultas que no han cursado la escuela del trabajo físico y que separan anormalmente el trabajo manual y el trabajo intelectual y cuyas cualidades personales son la incuria, la negligencia, la prisa nerviosa y la tendencia a sustituir los hechos por las discusiones.*

## 60

La semana siguiente no le aparece a Fernández colmada por los días, sino por dos alternativas antagónicas. Por un lado, quiere, como nada en la vida, hacerle el amor a la joven: la sola idea de contemplarla desnuda constituye en súmmun de la felicidad y la belleza. Por otro, concibe la visita a su casa como una fuente de fracaso, desasosiego y temor.

Este predicamento lo agota con signos visibles: engorda, calva más rápidamente, padece un insomnio que le alarga las noches (como si fuese el único habitante que vive cuatro estaciones en el trópico) en cinco o seis horas del día siguiente, y en las pocas veces que concilia el reposo sueña con un episodio de su infancia: recrea, con todas las terribles y caprichosas modificaciones que introducen las pesadillas,

la costumbre de su madre de esconderse tras las puertas y asustarlo con la deleznable pero eficaz máscara de su enorme cabellera volcada sobre su rostro, configurando un monstruo que, precisamente, por ser íntimo y particular lucía más horrendo y terrible.

## 61

*Resultaba difícil describir a Valentina Correa, mi prometida, a no ser que se le considerara un engendro (o se le designase con un apelativo más terrible, como procedí a hacerlo después). No lucía ni bella ni fea, ni alta ni baja, ni gorda ni flaca. No se podía saber si era insondable o transparente. Los adjetivos perdían vigencia con ella, quedaban en lo que son y el motivo por el cual se les desprecia: simples adjetivos. Aunque, era mayor que yo, muy nerviosa, un tanto neurasténica, y parecía estar hecha de retazos de su propia vida, puesto que había practicado, sin éxito, teatro, canto, danza, yoga, fotografía, gimnasia, cerámica y atletismo.*

*Sin embargo, cuando me notificó que debíamos hacer el amor en un pequeño departamento situado en la Avenida Oscar Rizo, se transformó en un portentoso y positivo basilisco (que si no fuese por el respeto que le guardo al marxismo la hubiese nombrado como el mejor y absoluto ejemplo de los tres principios de la Dialéctica de la Naturaleza, pues representaba por sí sola y al tiempo “la recíproca interpenetración de los opuestos”, “la negación de la negación” y “la transformación de la cantidad en calidad”). Desnuda, era bellísima. Una muestra magnífica del género: sus piernas semejaban dos riachuelos que no terminaba de pasar, sus pies los de una muñeca de porcelana y sus senos el juguete de un alquimista a la vez demente e iluminado: una combinación de peras puntiagudas y de pequeños y duros globos a punto de elevarse al cielo sin necesidad de gas o aire caliente, y, como si no bastase estos motivos para causar terror y asombro, su cuerpo expelía delicioso aroma como si la materia de la que estaba hecho transitase del reino de lo animal al reino de lo vegetal.*

*En la segunda oportunidad en la que estuvimos juntos (y en la que, al revés como sucede a menudo, fui yo quien todavía con quejidos y aprensiones daba muestra de estar perdiendo la virginidad) me hizo una revelación que la convirtió por segunda vez en un monstruo. Me confesó que en la misma cama donde yacíamos había estado con varios de nuestros más altos jefes y, aunque sospechaba que se trataba de una mentira, de una calumnia o del más soberbio acto de arrogancia, sembró en mi la duda acerca de la honestidad de tan ilustres varones.*

*Para la tercera vez que fornicamos no era uno ni dos sino tres monstruos, como las personas de las divinidades, ya que primero se reafirmó en su historia de las cópulas con los directores del Partido, segundo confesó, con descomedido tono de orgullo, haber socorrido a los más ancianos de la camarilla en una terapia llamada “karezza” en la que, para aliviarse de su incipiente impotencia, el hombre viejo introduce como puede su pene en la vagina de su pareja y lo deja allí largo rato hasta que el calor y las contracciones del sexo de la mujer le hace tener por fin una erección fuerte y duradera, y tercero me aseguró, no sin dejarme perplejo y a punto de que mis ojos abandonaran mis órbitas, que la mayoría de las veces sus orgasmos solían coincidir con sus ataques de epilepsia y que por este motivo era que resultaba una compañera tan apetecida, una amante formidable.*

*A partir de entonces se me antojó que (así como otras organizaciones clandestinas poseen expertos asesinos y sitios para practicar torturas) ella constituía un arma secreta del Partido, un instrumento inefable para sonsacar recónditos secretos, ablandar a los remisos y premiar a los fanáticos; una especie de daga de doble filo y doble empuñadura que aprisionaba con las piernas a su víctima antes de perforarle las entrañas. Y no pude ya dejar de pensar que se sospechaba de mí, que se me consideraba traidor o indiferente y que por eso le habían encomendado la misión de espíarme, de ponerme un trampa midiendo mi reacción ante las cosas terribles*

*que me contaba, de sondear mis pensamientos más profundos, de indagar mis emociones y sentimientos más íntimos. Con el objeto de registrar mis palabras y capturar mi semblante a través de un sistema asaz avieso, ella fungía como la más fiel grabadora, como la más sensible filmadora.*

## 62

El sábado llega para Fernández y no del modo corriente, inexorable y natural, sino como si fuese un día distinto, un octavo día de la semana que además llevase en su interior otro, una especie de humúnculo travieso y repulsivo. Constituye el fin de un plazo paradójico puesto que podrá por fin visitar a Marina pero verse abocado a sufrir de nuevo el asedio de su madre. Dado que implica tanto la dicha de un nuevo encuentro amoroso como la posibilidad de caer en esa trampa que representa la casa con los dos tulipanes, se había hecho a la idea de que este sábado se semejaba al vencimiento para el pago de una factura onerosa, e invocado el milagro de que jamás sucediese o que por lo menos se quedase para siempre congelado en la mañana.

Pero la noche, el candado del día, arriba, asoma su cara de carbonero y, como si se tratase de una condena sedosa y sutil de su propietario, el pequeño automóvil abandona el sitio donde se decolora a la intemperie y se enruta otra vez hacia San Fernando. En el trayecto el profesor busca señales de buenos augurios, pero el ambiente esta mudo, tan sólo le comunica la desazón de desplazarse en el vacío.

La puerta de la casa de la joven se abre antes de que él llegue siquiera a tocarla, y como nadie aparece decide revisarla por detrás. Allí encuentra a Marina parada muy quieta, a la manera de una aparición. De inmediato ella le borra su falso supuesto de que venir aquí constituye una noria y no la velada promesa de dicha; lo alivia de ese íntimo sentimiento suyo de creerse el ejemplo que utiliza en clases para ilustrar la tautología: un hombre parado sobre la piedra que quiere levantar.

Marina lleva un negligé muy transparente: parece vestida con la ducha que acaba de tomar. A causa de sus piernas desnudas y evidentes, luce más alta. Y se vuelve gigante cuando como si fuese un niño toma a Fernández de la mano y lo conduce a la sala, donde con gestos y actitudes desmedidos lo han crucificado más de una vez.

–Está tu madre en casa...? -pregunta apenas se sienta.

– No temás...! No está, ni vendrá -responde la joven, tajante.

Pero de todos modos él siente en el aire la presencia amenazadora de la mujer y en uno de esos rápidos pero cuidadosos suplicios mentales que suele elaborar, imagina para sí -con todos los efectos físicos y mentales, con pruebas evidentes de sufrir estos efectos- el terror de una mosca atrapada en una telaraña.

Cuando la joven va (en un rito que se sabe de memoria) hasta el fondo en busca de la mesita con los licores, se queda calmado y seguro puesto que el placer de contemplarla vestida con una prenda que desnuda en lugar de vestir, ataviada de libélula o de filamento de bombilla, apaga de tal manera su recelo que hasta se atreve a imaginarse sus genitales, que concibe monstruosos: diferentes a los de las otras mujeres, enormes y pequeñísimos a la vez, capaces de sonreír y casi que de hablar, hechos de espuma y metal.

Después de que trae la pequeña mesa, Marina no demora mucho en la sala:

–Te voy a dejar solo.. Te tomás un trago mientras yo me desnudo en mi alcoba. Te llamo luego y vas en mi búsqueda -le dice a Fernández, al tiempo candorosa, atrevida y didáctica, como si le diese instrucciones a un hombre que es a la vez un violador y un retrasado mental.

Él obedece a medias: se toma cinco tragos seguidos de la botella de brandy, que le hacen rápidamente efecto: la mesita con rodachines se le vuelve un hombrecito bruno y cubico, un miembro más de esta

familia, un cómplice malvado, un detestable proxeneta.

Pasan varios minutos sin que se produzca ruidos en el interior. Comienza a preocuparse, pero se salva con uno de sus mecanismos que usa a la manera de quienes máscan goma, que padece como quien tiene un tic nervioso: piensa en una época futura, se imagina un tiempo lejano cuando ya haya pasado muchos días de la ocurrencia de esta noche.

De pronto la voz de la joven (que es una que él no le conocía; que es suave como la de una madre, amigable como la de la hermana, dulce como la de una esposa, sugestiva como la de una amante) interrumpe sus pensamientos.

–Ven ya... -dice y él tiene la extraña ocurrencia de pensar que esa voz se ha producido hace ya mucho tiempo pero que hasta ahora la escucha, de la misma forma que la luz de las estrellas demoran millones de años en llegar a la Tierra- . ... Ven a mi... ven.

La repentina paroplejia que lo invade le hace creer durante algunos segundos (que equivalen, medidos en la intensidad de su angustia, a siglos) que no logrará ponerse de pie. Por fin se incorpora -senil, débil, herrumbroso- y abandona la sala para encontrarse con la noche doble de la absoluta oscuridad de las otras habitaciones.

La sensación de haberse zambullido de pronto en un frasco de tinta lo detiene, molesto e inseguro, pero sin dejar de gozar con la idea de ser el primer hombre lanzado a las tinieblas de los días iniciales de la creación, cuya prioridad en la presencia de las cosas había sido alterada por un Dios ebrio.

Avanza a tientas un poco, pero otro “Ven ya”, que lo trata como si fuese un perro amaestrado, lo frena y humilla.

Reanuda sus pasos de robot y sus prefiguraciones, en las que equipara la oscuridad que reina en el ámbito con la nada, la nada con la muerte, la muerte con el final del coito que lo espera y que lo dejara sin otro proyecto que emprender, vitalmente vacío.

–Ven mi amor... Ven mi cielo -estalla de nuevo la deliciosa

voz, propalándose, por causa de las tinieblas y el silencio absolutos, más como una luz que como un sonido.

–Ven por aquí... Por este lado está mi alcoba -insiste la joven y el profesor se ablanda de nuevo, se le licúan las piernas de hielo.

–Tres pasos hacia el fondo... pero con cuidado que hay un desnivel de veintitrés centímetros delante de ti -instruye la voz, combinando los atributos de un timonel experto y de una bruja nictálope.

–Un paso más, sin miedo... luego a la derecha!

Por un instante Fernández duda acerca de la oscuridad circundante: se le antoja que no existe como una realidad concreta, que no radica en el espacio físico de la casa, sino que sucede en su espíritu, se afinca en el reparo que se hace a sí mismo, en el repudio de su perversión que lo ha traído hasta aquí para fornicar con su alumna, a la que está obligado no sólo a educar sino a proteger.

–Ven mi cielo...! Ven, mi niño...! -suena la voz, más meliflua; más grave y profunda puesto que Fernández la escucha viniendo en línea recta y sin tropiezos desde el fondo de una habitación.

Las palabras incrementan su picardía; se hacen más provocadoras y explícitas:

–Sigue derecho... aquí estoy, en mi cama... en nuestra camita.

El profesor pasa sin tropiezos por la puerta de la alcoba de la joven, impregnada de un olor que ya conoce y que lo apremia más. Otra de esa clase de ideas que lo atosigan, pero tolera, lo invade: cree penetrar en un túnel cuyas paredes están hechas con hogazas. Un cambio radical y súbito en el tono y contenido de las frases que lo han guiado hasta el mismísimo pie de la cama de la joven lo paraliza de nuevo:

–Desnudate para que gocemos como cerdos! -dice. Y agrega, ominosa y horrible en su transfiguración:

–¡Te engulliré con mi vagina como si fueses una lombriz!

Los vocablos soeces y asquerosos crean otra vez sentimientos contradictorios en Fernández. Por un lado, le produce nauseas; por otro, lo seducen e incitan al placer desvergonzado. Concibe a la joven como un monstruo fabricado con el mismo material de los pétalos, pero capaz de lanzar en forma de palabras una baba untuosa y repugnante que provoca en sus víctimas la excitación y el debilitamiento que las hace presa fácil de la depredación.

El profesor se sorprende de la presteza y facilidad con que se despoja de su ropa, hasta que advierte que desde que conoció a la joven la usa más amplia para disimular su gordura.

Tírate en la cama que estoy aquí, perro lascivo! -es la última instrucción que recibe; y obedece con bifurcada voluntad: con la de un autómatas, con la de un hombre que pone todo su vigor y su carácter al servicio de la consumación de un acto que deseo e imaginó por mucho tiempo.

En la cama lo recibe un cuerpo desnudo, tibio, ansioso. El responde con frenesí a esos atributos y se desespera tanto por querer besarle al tiempo la boca, los senos, el sexo y los pies que quisiese que ese cuerpo fuese redondo.

En el paroxismo de su deseo (por debilidad o por la ahora malhadada costumbre de razonar bajo toda circunstancia que le han infringido los años de experiencia marxista y profesor universitario) logra aquietar y ordenar un poco sus sentidos y descubre que no es Marina la que lo envuelve bestial y jadeante sino su madre. Adivina el truco de que ha sido víctima: escondida en la penumbra o quizá bajo la cama, la joven utilizó su voz para guiarlo hasta los brazos de la detestable mujer. Entonces a tientas -como el ciego más torpe; rabioso; apresurado; confuso- trata de recuperar del suelo sus ropas y, reuniéndolas malamente, abandona el lugar tropezando y cayendo aquí y allá.

*La relación que mantenía con Valentina Correa me deparó una nueva sorpresa: se tornó de un asunto íntimo en otro digno de la atención del socialismo. Puso en evidencia que yo no era del todo consciente de que el interés general debe prevalecer sobre el interés particular, puesto que decidí abandonarla sin mediar un permiso y una explicación ante mis superiores. A despecho de lo que se esperaba de mí, logré superar la atracción de sus contradictorios y turbadores atributos (que la hermanaban con esos crustáceos, moluscos y batracios que aunque lucen repulsivos saben deliciosos; con esas flores salvajes que aunque inodoras deslumbran con la orgía de sus colores) y me negué rotundamente a casarme con ella, convirtiéndome a los ojos de mis camaradas en esa clase de comunista detestable y egoísta que antepone su felicidad y sus intereses personales a los intereses del Partido, que procedió como convenía: me obligó a aceptar (mediante el famoso expediente de la autocensura pública) que yo era un hombre débil que concebía la existencia y la vida privada como sectores independientes de las relaciones sociales, que consideraba el amor como un asunto pasajero y no como la fuente que nutre las fuerzas intelectuales y morales, y que me había comportado como un farsante hablando de un afecto que no sentía y convirtiendo a la prometida que se me había asignado (y a través de ella a la mujer) en un instrumento de mi lascivia y en la expresión de mi propia degradación.*

*Sin embargo, mis superiores se mostraron magnánimos. No consideraron mi actitud como un motivo de desacato y traición; por el contrario, me premiaron con la oportunidad de viajar a Bogotá para conocer los miembros de la dirigencia capitalina. Tanta generosidad no hacía más que avergonzarme y agravar más mi condición de felón que, secretamente, le concedía veracidad a lo que Valentina Correa me había contado sobre mis jefes políticos, a quienes en el fondo de mi alma les reprochaba el haber convertido a mi novia en*

*su concubina colectiva e intentado lavar su culpa y responsabilidad endosándomela en matrimonio.*

*Fue por este tiempo que, con el objeto de demostrarme y demostrarle a los demás que continuaba siendo un buen comunista, quise incorporarme a la guerrilla. A diario le mermaba importancia al disgusto que le había causado a nuestros directivos y me daba a la tarea de imaginarme al lado de esos hombres que exponían su vida por defender sus ideales. Pero el Partido, que ya había comenzado a sospechar de mi carácter, no me lo permitió. Sin siquiera someterme a las pruebas físicas y a los exámenes de laboratorio de rigor, conceptuó que yo no era apto para “vivir en el monte”, infringiéndome una humillación que nos ponía a mano en ofensas mutuas y que constituiría hasta el final de mi vida el síntoma y la evidencia de que tanto a nivel de toda una civilización como a nivel íntimo nadie escapa al sentimiento de la Caída, a la Pérdida del Paraíso.*

## 64

Fernández despierta el lunes con la sensación de yacer bajo una capa de lava endurecida, que a la vez que lo ha despabilado le impide -petrificado como está- abandonar la cama. El enorme peso que lo oprime no deriva del peso real de sus frazadas -asaz livianas- ni del que éstas tenían en su sueño que acaba de concluir, sino de la circunstancia de tener que ir a la Universidad y enfrentarse con Marina, ese monstruo.

Como ocurre con algunas personas que luego de embriagarse la noche anterior no recuerdan cómo ni cuándo arribaron a casa, el profesor no recordará jamás el trayecto hasta su salón de clase pese a que debido a la lluvia, el calor, el cielo empizarrado y el contradictorio granizo, era un día imposible de olvidar, una especie de rostro al que le faltase un ojo y la nariz e infamase la sección de serpiente de un labio leporino.

Cuando dejó su auto en el estacionamiento la mañana no había comenzado aún, aunque ya fuese por la mitad: tal era el ánimo que

imperaba en el otro clima gélido que llevaba por dentro. Mientras se dirigía al edificio con la estatua del profesor pensó con alivio que quizá la lluvia habría detenido a la joven en su casa. Pero no era así: pese a que en el aula no se encontraba ni la mitad de los alumnos, ella sí estaba. Más fresca y hermosa que nunca; resplandeciente aunque nubes bajas y apretadas oscureciesen el recinto.

Sin más preámbulo que el saludo -y fuera de contexto ya que le correspondía tratar “las carencias en el personaje como motor de la narratividad”- les espetó a sus estudiantes una tesis que los escandalizó y en la que, sin saber, trasuntaba la contrariedad que por culpa de Marina sufría. Sostuvo -en una fragante contradicción a la ley de la selección del más fuerte- que son los animales más degenerados y endebles quienes poseen la mayor capacidad de perpetuar su descendencia, puesto que el principal síntoma de su debilidad -y, paradójicamente, de su fortaleza- consiste en el deseo irrefrenable de aparearse (nacido de la certidumbre que, en forma de alarma biológica, les da la naturaleza de que van a perecer muy pronto) y en el ardid de hacer su esperma más efectiva que la de los ejemplares más robustos y fieros de la misma especie, tal como sucede con los hombres atacados de tuberculosis o lepra.

Pese a que expuso su discutible argumento con prisa, interés y vehemencia, no dejó de pensar que era increíble que Marina permaneciese sentada en su pupitre tan serena, tan interesada en sus palabras, rezumando tanto ecuanimidad e inocencia.

Al terminar -y pese a su enorme encono y frustración- temió y deseó que la joven lo abordase para tener el gusto de despreciarla, pero ella se le había desaparecido en uno de sus parpadeos.

*Mi estadía en Bogotá duró seis semanas al cabo de las cuales tuve el honor de conocer al número uno y al número dos de los jefes del Partido que, también, dieron muestra de extraña generosidad.*

*Para compensarme por la negativa del permiso para vincularme a la guerrilla, me concedieron un viaje de varios años por la Unión Soviética, sellando para siempre mis sueños en que avanzaba en medio de la selva con un grupo de hombres hacia el inmenso espejo del horizonte; cancelando las marchas que emprendía bajo el sol de hierro derretido o bajo la lluvia (enemiga, hipócrita, un sádico animal transparente) que caía sobre nuestro cansancio, sobre nuestros uniformes (mojados, secos y mojados) sobre el peso de los morrales y los fusiles, sobre el tren hecho de botas que penetraba en el fango y como una nueva bestia miriápoda rompía el silencio milenario.*

*Antes de viajar a Europa, quise conocer a una célula del Partido, de Buenaventura, pues simpatizaba con ese grupo cándido y romántico que a la muerte de Stalin (reunidos en una barcaza) había lanzado al mar una corona de flores para que viajará a través del Océano Pacífico desde ese pequeño puerto de mi infancia hasta Vladivostok.*

Durante tres semanas el descubrimiento que ha hecho de que su salón se divide entre quienes detestan a Marina y quienes lo ofenden a él estimándola, le hace tener a Fernández un sueño enfadoso y recurrente. Es una nodriza con enormes tetas de las que, por un lado, brota leche y miel para el primer grupo, como, por otro, arena y lodo para el segundo.

Pero su incordio no terminaba allí: también le incomodaba el hecho de turbarse y sonrojarse cada vez que la joven lo miraba tan intensamente como si estuviese desnudo o empapado. Concretamente, lo desespera no poder precisar qué sentimiento cobija esa mirada, que

no se deja determinar con certeza si es de odio, amor, indiferencia o expectativa; una mirada que se torna para el profesor en el súmmun de las miradas; una mirada que existiese autónoma, libre e independiente, como un objeto separado de quien la proporciona, a la manera de un árbol, un río o una casa.

## 67

*En un síntoma de que había llegado a la madurez, adopté la costumbre de la introspección. Dedicaba largas horas a explorarme por dentro como un buzo inefable. Sólo que mi tarea se orientaba en dos campos tan disímiles como lo espiritual y lo excrementicio, aunque, paradójicamente, existe un término -"escatológico"- que los relaciona a ambos.*

*Por un lado, me aplicaba a la tarea de precisar el sentido y el destino últimos de mi vida y la de todos los hombres y, por el otro, a la indagación de las causas del eterno problema del manejo de mis evacuaciones, el incordio de mi estreñimiento.*

*En el primer tipo de actividad habían fatigado mi imaginación y mi curiosidad, hasta dejarlas ahitas, el Catolicismo y el Marxismo: las dos caras de un sólo lado de la moneda. En el segundo, no se trataba de precisar si la dificultad para efectuar mis deposiciones se relacionaba con una posible "Personalidad anal", con cierta "orientación acumulativa" de mi carácter, que hipotéticamente podría tornarme desde homosexual hasta letárgico, pasando por mezquino, carente de imaginación o pedante. En esencia, correspondía a una averiguación acerca del origen histórico de mi dolencia y para el efecto partía de dos hipótesis: o bien se originaba en el hecho de haber recibido de regalo en mi infancia una alcancía de barro que en una combinación de sentimientos, originados tanto en la vigilia como en el sueño, se convirtió en una especie de pequeño ídolo mágico y poderoso que controlaba a su voluntad mi peristaltismo: las monedas -transformadas en heces dentro de la hucha de barro-*

*deberían crecer allí y en mis propios intestinos y por eso me molestaba ir al excusado (dado que esta acción iba en contra de la dicha futura que debería procurarme mi atesoramiento), me parecía que mis excrementos no eran el resultado de un proceso normal, que no expulsaba heces sino partes valiosas de mi ser, pedazos de mis órganos internos; o bien, tenía su origen en un malentendido que se había creado por una lisonja (que no solamente no fue tomada como tal, sino que me mereció un acre reproche) que le endilgué a uno de los jefes del Partido que se ofendió porque comparé su condición de estíptico con la de Lutero quien, como se sabe, era “compulsivamente retentivo” puesto que al acumular el producto de su digestión creía que lo hacía con su vigor y erudición, como si fuese consciente de que algún día serían liberados en un único y explosivo momento, en un relámpago purgativo, que lo purificaría a él mismo y a la iglesia.*

*Mi mentor político -rígido y fanático- no se alivió jamás de su enfado conmigo pese a mi explicación conciliadora y dulzona de que a menudo el estreñimiento es el precio que pagan los hombres verdaderamente poderosos debido a que no sólo deben controlarlo todo, sino estar decididos a no soltar nada.*

## 68

A medida que pasan los días el rencor de Fernández disminuye en tanto que aumenta su esperanza -latente, soterrada, secreta- de que Marina se comunique con él. Se muere por saber cómo ha tomado ella su desapego, cuánto le molesta su desinterés, qué grado de contrición le causa su desprecio... o, si por el contrario, es incólume a las actitudes que él asume con tanto esfuerzo, con tanto gasto de energía, tan teatralmente.

*Estando en Moscú recibí el aviso de volver. “La situación es propicia para tu regreso”, decía la lacónica comunicación. Pensé, entonces, que había llegado la hora en que el Partido podía llevar acabo su militancia con libertad en un clima de concordia y paz instaurado por una inesperada y sorprendente apertura democrática, circunstancia ésta que me entristecía, puesto que debía tratarse de una coyuntura que no había sido creada por el Comunismo en su advenimiento como sistema final. Pero al llegar comprobé que las condiciones objetivas eran harto diferentes: por causa de la consolidación de nuevos y más numerosos frentes guerrilleros atrincherados en las montañas y socorridos por eficaces redes urbanas, el Establecimiento había recrudecido su persecución en contra nuestra, temeroso de que se repitiese aquí el ejemplo cubano.*

*Mientras me consolaba pensando que me habían llamado simplemente porque alguien sintió envidia de mi condición de bebedor directo de la fuente que nutría nuestras ideas, me ví obligado a volverme clandestino y a permanecer escondido en pequeños hoteles, pero al mismo tiempo (y para gloria del marxismo que ha elevado la contradicción al carácter de principio científico) obtuve un puesto de directivo en una compañía multinacional de seguros, a la que faltaba cuando nos enterábamos de alguna redada acusiosa de parte de las fuerzas armadas esgrimiendo la loable excusa de estar visitando a hipotéticos clientes o supervisando subrepticamente a los vendedores de pólizas.*

*Justamente por el tiempo de mi arribo y pese a las persecuciones que nos conducían a la cárcel y a soportar torturas o la muerte, vivía lleno de optimismo y fe respecto a las tareas que nos esperaban. Gracias a mi directo y novísimo conocimiento de la situación del comunismo soviético me sentía un profeta, y lleno de entusiasmo quería decretar para nuestros obreros y estudiantes las mismás condiciones que sus Pares experimentaban en sus países, es decir, que sintieran*

*y vivieran los postulados comunistas como la esencia constitutiva de su ser; como parte integrante de sus convicciones personales y de sus rasgos de carácter y que lo hiciesen tan naturalmente como respirar o estar sediento, que sus normás morales se identificaran en todo con las normás de la madre Rusia y que se cumpliesen voluntariamente y por costumbre, que tuviesen una total y profunda comprensión de los fundamentos científicos del marxismo, de sus principios y categorías básicas.*

*Igualmente, con el objeto de superar la parálisis que en las ciudades nos producía el asedio de las fuerzas militares y conforme al método practicado por Tito en el que para vencer el temor que produce el hostigamiento del enemigo se debe emprender acciones arriesgadas y suicidas, transporté en autobuses comerciales municiones para la guerrilla y conduje hasta los contactos campesinos en sitios cercanos a los focos a quienes querían vincularse a nuestro ejército revolucionario. A su vez, el Partido, con el objeto de preparar a la base comunista para la guerra civil que preveíamos y menguar en mi ese talante doctoral que había adquirido a raíz de mi periplo, me encargó de repetir entre grupos de camaradas las tácticas guerrilleras que había aprendido en Ucrania. (A propósito, por culpa de mi actitud de dómine me apodaban a mi espalda el “Colombo-Soviético”, segundo remoquete que me endilgaban, pues antes de mi relación con Valentina Correa me habían dado el de “El Hombre de Virginia”, “El Virginiano”, haciendo alusión a mi condición de virgen).*

*Fué así como (disfrazados con overoles iguales a los de los aseadores del Municipio y armados con los inocuos fusiles de escobas y cepillos, como si en lugar de prepararnos para un gran conflicto ensayásemos en parajes solitarios métodos más eficaces para limpiar grandes edificios) tres veces a la semana instruía a estudiantes y obreros en la formidable estrategia del ataque y la huida rápidos y sorprendidos, muchas veces en las narices de la policía, que detenía sus autos celulares para burlarse o animarnos en lo que suponían prácticas de calistenia.*

Cada sábado Fernández disminuye su condición de hombre y de paso la de todos los demás: como un simple conejillo de indias sometido a la comprobación de los reflejos condicionados, todo se altera en él: el apetito, los nervios, el sueño, la tensión arterial. Es el síndrome de la visita a la casa de Marina que lo traspasa; que lo vuelve -convertido en monstruo del tiempo- antiguo y posterior a sí mismo; que lo torna inseguro y febril como un adolescente, meditabundo y valetudinario como un anciano.

Es apenas un mecanismo que responde a todos los estímulos puesto que el sábado opera en él como la luna en los licántropos, como el olor acre en los asmáticos, como cierto impulso eléctrico del cerebro en los epilépticos, como un silbato ultrasónico en los perros.

En la apócrifa noche diurna de su apartamento, fabrica, con el mecano de las cortinas desplegadas y las bombillas sin encender, un sábado que le dura cuarenta y ocho horas y se dedica a rumiar la ausencia de Marina convertido en un Nosferatu contradictorio e inverso al que en vez de su apetencia por la sangre humana y la certeza de un día rotundo más allá de la ventana clausurada lo atormentase las deficiencias de su carácter.

*Cuando me promovieron al nivel sexto en la jerarquía (tan sólo dos escalones abajo de Federico Meza, el eterno director de las Juventudes Comunistas) me quedaba mucho tiempo entre mis actividades de oficina para cavilar sobre la suerte del Partido a lo largo de su historia. Recreaba sin cesar sus viejas circunstancias; enumeraba sus tareas del pasado y las comparaba con las del presente.*

*Antaño le había correspondido el hecho de inaugurar en el país el nuevo e inopinado delito de ser comunista; el de haber sido el único que denunció la matanza que la dictadura de Rojas Pinilla llevó a cabo en la Plaza de Toros de Bogotá, cuando los dos partidos tradi-*

*cionales callaron por cobardía o complicidad, denuncia que le costó más que nunca la muerte y el ostracismo a muchos de sus miembros; el de haber conformado la primera guerrilla con el objetivo general de establecer la democracia avanzada y el particular de defender a los campesinos expoliados durante la Violencia que nunca quisieron rendirse pese a las mentirosas promesas de pacificación; el de haber sido colocado al margen del pacto injusto y arbitrario que los partidos liberal y conservador acordaron para sucederse cada cuatro años en el gobierno; el de haberse sumado en todas las oportunidades a la causa de los campesinos que defendían sus tierras, de los obreros que luchaban por sus reivindicaciones, de los estudiantes que reclamaban sus derechos; el de haber saludado y considerado como suyo el triunfo de la revolución cubana; el de haber asumido una posición ambigua ante la huelga general de los trabajadores y los estudiantes en Mayo de 1968.*

*Recientemente (ante la proliferación de grupos guerrilleros con otra orientación y de nuevos partidos de carácter marxista) su tarea más conspicua consistió en la creación de falsas y minúsculas disidencias con el objeto de captar mediante esas gamas diversas y sutiles a los descontentos con otras fracciones de la Izquierda. Yo trabajaba en estas desesperadas estrategias. Sentado en mi escritorio luchaba por extraer ideas de mi mente, tornada de pronto en una vasija que dejaba escapar gotas de hierro. Todavía no me recuperaba de mi frustración de no haber podido convertirme en guerrillero, y para cumplir con mi jornada de trabajo, con mi condición de prematuro burócrata prostático, me dedicaba como antaño a confundirme con el tiempo, volvía a ser el muchacho obsesionado con el transcurso de las horas, el cangrejo que se desplazaba sin dificultad entre el futuro y el pasado. Fatigado por lo que no había acontecido todavía, fastidiado por lo que no había hecho, los días se me antojaban enormes e interminables: todo una paradoja: sombras de luz que no dejaban ver mi destino, el albur que me esperaba al lado del Partido.*

## 72

A Fernández le resulta agotador pensar todo el tiempo en Marina: recordar los días felices que no han vivido; reconstruir los momentos de dicha que no han tenido. Añora sin cesar eventos que sólo han acaecido en su deseo y que se han vuelto reales de tanto imaginarlos, como las falsas veces que han ido a nadar a las playas de Buenaventura, o paseado en una alameda a la inusitada hora de las tres de la tarde de un día laborable, o charlado en un jardín una noche de luna en la que el aliento de la joven ardía como una fogata de perfume.

Todas las noches antes de acostarse -en una tarea impostergable y concienzuda- busca señales de aquellas actividades placenteras: granos de arena entre sus sábanas y sus gruesos calcetines de lana, que ahora le ha dado por usar pese a los días calurosos; hojas secas adheridas a su camisa; azahares y jazmines envoltados entre sus escasos cabellos.

## 73

*Justamente al cumplir sus cuarenta años, el Partido decretó en mi contra “la noche política” y, sin otro motivo que no fuese su disgusto por un baladí comentario mío en el sentido de que en la directiva nos habíamos vuelto demasiado oficinescos, que descuidábamos la masa y que gastábamos demasiado tiempo en la interpretación de los textos marxista, me acusó de haber propalado entre nuestros obreros (inspirándome en la huelga general de los trabajadores franceses en Mayo de 1968 por la que, según él, yo había demostrado excesivo entusiasmo) la tesis anarquista y ultrarrevolucionaria de que debían luchar para conseguir que inmediatamente los instrumentos y los medios de producción pasaran a ser propiedad de los sindicatos y los consejos obreros, quienes los deberían administrar; me acusó, por lo tanto, de pregonar “la democracia económica inmediata”, el peor delito en uno de sus militantes puesto que equivale a desear la supresión a priori del Estado que crearía en nuestro país la economía*

*socialista y comunista, como lo había hecho en la Unión Soviética; me acusó de negar (en el papel despreciable de un quintacolumnista) la necesidad de un partido de la clase obrera, de propugnar la sustitución del mismo por los sindicatos; me acusó de considerar que la fuerza motriz del desarrollo social no es el progreso de la producción material ni la lucha de clases sino la inteligencia, la voluntad y los sentimientos de los individuos, tergiversándome con esta afirmación, puesto que en realidad lo que yo dije fue que sin la inteligencia, la voluntad y los sentimientos de los individuos no podría lograrse la fe y el deseo de trabajar en pro de la instauración del comunismo; me acusó, finalmente y para sepultarme con la última piedra del alud de sus recriminaciones, de desconocer la dialéctica marxista y soñar con una dialéctica nueva para el papel revolucionario de la clase obrera y de ver en los obreros y estudiantes que se amotinan la fuerza capaz de destruir el Capitalismo.*

## 74

Después de una clase de reposición a la que faltó por estar enfermo de Marina, Fernández abandona su aula fatigado de sufrir por tres horas la apabullante presencia de la joven, que lo ha cohibido restándole vivacidad y decisión a sus gestos y palabras, pareciendo aplastarlo contra el tablero y dificultarle la tarea de escribir en él.

Lentamente desciende por las escaleras, abandona el edificio y se dirige al estacionamiento. Como camina cabizbajo, tan sólo cuando ha penetrado en su Volkswagen se cerciora de que la joven -inexplicablemente puesto que las puertas estaban cerradas con seguro- yace en su interior, llenándolo con un aroma fragantísimo, inundándolo con una luz brillante, colmándolo como si en vez de un compacto fuese un autobús con todos sus asientos ocupados por pasajeros.

El profesor pasa de la sorpresa al enojo (en verdad, de la falsa sorpresa al falso enojo puesto que su turbación es tal que le impide sentir o pensar cabalmente). Sólo después de algunos minutos, aturdido aún,

deja escapar una frase estúpida y convencional:

–¿Qué hace aquí? -interroga, fingiendo el tono más neutral e impersonal posible; adoptando una cara nueva en él, pero vieja en su padre cuando interactuaban.

–Ya lo vés... ¡Esperándote! -responde Marina, calmada y cínica, según la opinión del profesor.

–Esperándome ¿para qué? -responde el hombre haciendo el tonto, como si no supiese que con sólo estar a su lado la joven llena todas sus aspiraciones posibles, rebasa todas sus antiguas sensaciones placenteras.

–Para conversar... Para poner las cosas en claro -responde, tímidamente, Marina en una concesión graciosa puesto que siempre que están juntos es Fernández el apocado.

–¿Las cosas en claro...? ¡Por Dios, sí todo lo que se relaciona contigo resulta, precisamente exento de claridad! -exclama el profesor, teatral y patético.

–Eso no es cierto... ni justo -susurra la joven.

–¡Vete de aquí!...! ¡Tú no eres más que un monstruo despreciable! -grita Fernández, porque las palabras de Marina le resultan el colmo del descaro.

Por un momento parece que la joven fuese abandonar el auto echando su cuerpo hacia adelante, pero el propósito de salir se convierte en el gesto de juntar las manos con la cara, ésta con las rodillas y prorrumpir en llanto.

Pálido y mudo, Fernández se conmueve hasta el infinito. Jamás hubiese imaginado una actitud semejante en Marina, a quien considera el ser más duro, cruel e insensible. Está a punto de sucumbir, de ceder a todas las debilidades que ella le produce. Por un instante quiere tirarse a sus pies para besárselos, pegar la boca a sus ojos para beber sus lágrimas hasta el desfallecimiento o el orgasmo. Pero se contiene: no por orgullo o por integridad, sino porque quiere hacerle pagar un ápice por lo mucho que él ha sufrido por su causa.

Contempla por largo rato cómo ella llora (convulsionándose levemente como un niño enfermo; desconsolada; disminuída en la inmensa grandeza que él le ha adscrito y reconocido) e imagina que su llanto es un aguacero que cae sobre el planeta, inundándolo, borrando sus contornos, aplanándolo en una sola e inmensa laguna.

Como si hubiesen pasado muchos años desde cuando penetró en el auto, la rabia, el despecho y el rencor del profesor quedan lavados con las lágrimas de su alumna, y en su lugar su ternura antigua comienza a vislumbrarse como un sol suave que es igual al de la tarde pero que hubiese salido al mediodía. Extrae su pañuelo y con la leve delicadeza de su mano temblorosa levanta el rostro de Marina para enjugarlo y se entera -trémulo no sólo en su diestra; a punto de rendirse nuevamente- que es más bello en la feura que le confieren sus ojos enrojecidos, su boca mustia, su maquillaje desleído por sus lágrimas, mocos y saliva.

-Está bien, pongamos las cosas en claro -musita después de un tiempo el profesor, recuperando el aplomo que había perdido por la emoción de contemplar el otro rostro de la joven, que parecía emerger del fondo de la inmensa masa de agua que minutos antes imaginó.

-Pero no sé si me creerás -responde por fin Marina, con una voz que ahora no es la que suele estremecer al profesor.

-¡Sí, te creeré, pero sosiégate! -exclama, amablemente, Fernández ante los sollozos que no terminan de disiparse.

-Aclaremos todo, como tú dices -agrega, desesperado por el mutismo de la joven; hambriento de sus palabras, que presiente cargadas de terribles revelaciones.

-A ver, a ver... -incita de nuevo Fernández-. Comencemos por aclarar ¿qué te movió a montar esa patraña tan burda e infame de tu mamá esperándome en la cama?

-Ninguna patraña... Yo no monté ninguna patraña -dice, por fin, Marina, de regreso del lejano farallón donde su mirada se había posado por largo rato.

-¡Vaya, qué cinismo! ¡Cómo te atreves a negarlo! -estalla el profesor.

-Tú no me entiendes... ¡Lo que quiero decir es que no fue idea mía! -responde la joven venciendo, al parecer, una gran indecisión.

-¡Ah, entonces fui yo el de la idea! -dice Fernández, sarcástico.

-Fue idea de mi mamá -dice la joven, como si dejase en el suelo una enorme piedra.

-¿De tu mamá...?

-Sí, ella me convenció de que lo hiciera.

-¿Y tú te prestaste para esa infamia?

-No es una infamia... es una demostración de caridad... de amor -argumenta, débilmente, Marina.

-¿Amor a quién...? ¿Acaso a mí? -pregunta doblemente Fernández, alborotando su alma con temblores porque espera una respuesta afirmativa.

-A tí, no, por supuesto... Amor por mi mamá... Así de simple.

-No le veo en absoluto la simpleza a este asunto -protesta el profesor, que ha quedado muy mal con la respuesta a sus últimas preguntas; ansioso e impaciente por llegar a grandes profundidades.

-Quería que tú y mi mamá se amaran... Hicieran el amor -dice la joven, procurándole paz a su espíritu.

-Pero, ¿por qué con ella?, ¿si a quien amo eres tú!

-Eso lo sé muy bien.

-¿Entonces...?

-Quería compartir con ella tu amor.

-No entiendo.

-Muy simple, mira: como ella vive sola... como ya no es bella ni joven... como no tiene amigos, me pidió que te compartiera y yo no pude negarme. Es mi mamá, ¿no?. Además no soy egoísta.

-Quiere decir que desde que nos conocimos estabas buscando la manera de comprometerme con tu mamá... ¡Significa que fui un tonto y que me diste alguna esperanza con el único objeto de conducirme como un estúpido hasta ella!

-Sí y no.

-¡Explicate, por favor!

–Al principio ella me obligó contra mi voluntad a que te invitara a casa con el fin de tener relaciones contigo. Yo me negaba rotundamente a cederte como si fueses una cosa, pero después me dió lástima con ella y accedí... De pronto me ví en ella, sentí como si fuese yo la que no podía conseguir alguno con quien mitigar la soledad. Sufrí una especie de transposición romántica o sexual, ¿qué sé yo? Si te... si te acostabas con ella era como si lo hicieses conmigo.

Fernández se queda atónito, lo que no le impide sin embargo otro incordio de su imaginación: la de suponerse un boxeador golpeado salvajemente la noche anterior y recuperándose apenas, volviendo al tiempo la luz y a la conciencia. Tímidamente pregunta:

–¿Entonces todo el cariño que me demostrabas, que creí que me demostrabas, no era más que un ardid, un plan fraguado meticulosamente... una burla?

–No fue siempre un plan o una burla... Tan sólo fue al principio: nos pusimos de acuerdo mi mamá y yo para llevarte a casa los sábados porque ese día ni mis hermanos ni mi tío están presentes y aprovecharnos de tí, pero al final te quise. Te quise doblemente: por mí y por ella.

–¿Cómo así? -pregunta lentamente y sin mucho apremio el profesor, sintiendo que su rabia y sorpresa pasan como un gas de un compartimiento más pequeño a uno más grande, perdiendo densidad.

–Después de tu primera visita me obligó y convenció de dejarte solo con ella en la sala... y yo acepté su imposición después de terribles discusiones. Pero luego no sólo yo te amé, ella también lo hizo.

–Dime una cosa... -musita Fernández, recuperándose un tanto, saliendo de la cuarentena psicológica que le ha impuesto su alumna con su confesión-... ¿Intentaron con otra personal el truco del reemplazo?

–No, con nadie... Mi mamá dijo que probáramos con otro hombre. Que sedujese y llevase a casa a otro profesor o a uno de mis condiscípulos, pero yo me negué a ello terminantemente. Le dije que con el único que aceptaría sería contigo.

–Claro, ¡con el más estúpido! -resopla furioso el profesor a la vez que zapatea en el piso, que suena con el doble estruendo de las latas y la soledad del estacionamiento, donde el único auto que queda -como si lo hubiesen dejado olvidado a propósito- es el suyo.

–El más estúpido, no... El más amable y generoso... Por el único que podría sentir cariño, tenerle confianza. El que podría comprenderme y perdonarme -dice, muy quedo y dulcísimamente, la joven.

Las palabras de Marina producen en Fernández -que enmudece por varios minutos- un alivio que no es del todo suficiente, que es apenas dos gotas de agua que quisiesen combatir el calor de un hierro candente porque a continuación su alumna se deja venir con otra enorme sorpresa:

–No puedo dejarte de hacer una confesión -dice- Sí hubo algo de engaño de parte mía: adopté ciertas actitudes para que te enamoras de mí y no pudieses negarte a estar con mi mamá si yo te lo solicitaba.

–Pues te equivocas... No convendré jamás con ese capricho absurdo -dice el profesor, sorprendiéndose con su calma y ecuanimidad.

–Es una lástima porque como te lo he dicho antes, ¡me muero por ser tuya a condición de que lo seas primero de mi mamá!

–Te repito: ¡eso no sucederá jamás! -exclama Fernández, recuperándole la calidad de endémico a su disgusto-. ¡No soy un maniquí, ni una veleta, ni mucho menos el juguete de dos mujeres de moral dudosa!.

## 75

*Por tercera vez el Partido utilizó un remoquete para dirigirse a mí. “Romántico Anarquista”, me llamó, y a partir de esa demostración de desprecio elevó a un plano personal (y por supuesto, indefendible e inmanejable) las acusaciones que inicialmente me había hecho dentro del campo estrictamente político cual si fuese revisionista o un traidor o me correspondiese expiar enteramente a mí el ardid que*

*-para debilitarlo, precisar el número de sus afiliados y controlarlo- el Estado, a través de una pálida reforma constitucional, utilizó en su contra al convertirlo de un partido clandestino y con brazo armado en otro que podía participar a nombre propio en elecciones que jamás ganaría.*

*Primero, me descalificaba y me reprochaba por ideas más que tiempo atrás consideró audaces y pertinentes, como la de agregar firmás y cédulas falsas a las cartas de protesta colectiva que algunos grupos demócratas hacían a través de nuestro periódico por los atropellos a los que nos sometía el gobierno de turno, y nombres de camaradas nuestros a los detenidos o muertos que pertenecían a otras agrupaciones de izquierda; la de involucrar, igualmente, en nuestras filas a personas famosas (actores, escritores, científicos) cuya filiación política se desconocía, obligándolos así -al quedar en falsa evidencia- a vincularse de verdad al Partido para buscar protección en él contra la mala ventura que les desatábamos; la de elaborar artificiosas estadísticas para probar que no ganábamos las elecciones por la simple razón de estar divididos y que otra bien distinta sería nuestra suerte si todas las fracciones marxistas cerraban filas alrededor de la nuestra. Segundo (en lo que constituía el reverso de la moneda de las recriminaciones anteriores), me culpó de crear en la base, mediante esos aumentos aspurios de afiliados, simpatizantes y electores, la sensación de que éramos una colectividad extremadamente fuerte y numerosa y de introducir por ende la confusión y la falsa seguridad de no necesitar de más campañas en pro de nuestras vinculaciones; me culpó, también, de buscar dentro de las huestes del Partido un poder extravagante y soberbio valiéndome de las circunstancias de que algunos camaradas no podían acceder a mis cualidades de persona ecuánime, estudiosa, astuta e inteligente, y de no haber podido superar el resentimiento por la negativa del permiso para unirme a la guerrilla ni la soberbia de considerar que allí hubiese resultado un titán y un incomparable estratega; me culpó, por último, de lo que uno de mis superiores denominó el “Delito Aureo”: el de suponer que*

*por mi fe ciega en el marxismo, mi militancia honesta y mi entusiasmo por la educación de los obreros y estudiantes me podía apartar de la línea trazada por nuestros dirigentes.*

## 76

Marina vuelve forzosamente a convertirse en una extraña para Fernández. En su clase se dirige a ella como si fuese un alumno más, pero cada vez que la mira (la mayoría de las veces de soslayo o furtivamente) se quema por dentro: le provoca abalanzarse sobre ella y pedirle cuentas, exigirle que se arrepienta por lo que le ha hecho, obligarla a prometer que lo amará sin esas trampas complicadas y tortuosas a que lo ha sometido.

Sin embargo, el rencor ha ido cediendo gracias al efecto tardío de la explicación que ella le diese sobre su conducta y la de su madre. Ya no la experimenta como un ser despreciable y siniestro sino apenas como una timadora llena de trucos y algo simpática.

Aunque durante el día no le habla y la evita, se vuelven a encontrar casi todas las noches en un sueño elemental y proteico: flotan juntos en un río manso y transparente y de pronto la diversión de chapotear y lanzarse entré sí agua con la boca se ve interrumpida por la presencia de la madre que al introducirse en el agua la vuelve rápida, profunda y oscura y altera la identificación mutua que existe entre los dos, hasta el punto que ya no se reconocen el uno al otro o no sabe -inexplicablemente, puesto que es obvio que nadan y retozan- qué hacen en el lugar esas dos mujeres.

## 77

*Después de caer en desgracia con el Partido me sentí sólo. Sólo de una manera estúpida y extraña (como una pieza de recambio que no pertenece a ningún mecanismo, como una fruta de cera dejada a propósito -para impactar con el escándalo de su discordancia- en medio*

de otras naturales), viviendo el infierno cívico de no tener amigos ni pertenecer a ningún grupo, padeciendo la endemia que los sociólogos llaman anomia.

Sin embargo, en uno de esos reflujos del ánimo (que, como dice David Wingate, no son gobernados por nuestra inteligencia como pretenciosamente se supone, sino por el sistema límbico, llamado comúnmente el “cerebro de reptil” y sometido al intestino o acaso a los cambios de la luna) volví a ser penosamente consciente de que por haber estado al servicio de la causa del Partido no había tenido tiempo ni predisposición para cultivar otras amistades diferentes a las de tipo político ni emprender empresas distintas a la de mi militancia y que, por ejemplo, no visitaba siquiera a mis padres, que continuaban viviendo en la vieja casona de San Fernando mientras que yo había tomado un elegante apartamento situado a dos cuadras de la plaza de San Francisco.

Entonces, invadido por la desazón que me causaba mi distanciamiento con mis superiores, decidí buscar la manera de lograr de nuevo su aceptación antes que la aventura de realizarme en otros ámbitos, y en una contricción de hijo pródigo, logré -después de seis intentos fallidos-reunirme con ellos que accedieron a restituirme a mi lugar de jerarquía si deponía mi soberbia y volvía a considerarme a mí mismo un camarada del montón.

Coincidentalmente, por esos días se presentó la necesidad de enviar municiones a un grupo guerrillero que operaba entre los Departamentos del Cauca y Huila que había quedado desconectado de los otros frentes por causa de una acción rápida y envolvente del ejército. Como vislumbrase en la misión de suministrarles municiones a los hombres copados la doble oportunidad de congraciarme con mis jefes y enmendar el defecto de mi desmedido orgullo, me ofrecí para llevarla a cabo y junto con el generoso permiso para ejecutarla se me otorgó la ocasión para reivindicarme.

Un segundo Sábado de Mayo partí muy temprano por la ruta que de Cali conduce a Neiva pasando por Popayán y La Plata. Once kilómetros antes de llegar a este último municipio tendría que

*apearme para dejar en una cabaña la caja con las balas, que sellada cuidadosamente y marcada con el nombre de un famoso almacén de Neiva iban en el fondo de la bodega del autobús.*

*Una hora antes de viajar -y cometiendo de nuevo un desacato al no enterar al Partido de mi decisión- resolví disfrazarme de campesino y, alterando los finos cortes de mi cabello y bigote y agregando a mi rústica vestimenta el toque genial de un canasto con dos gallos, logré convertirme en una persona tan distinta a mí que no me reconocí al espejo.*

*Sintiéndome seguro y protegido con mi atuendo y la falsa identificación que hacía juego con él, dormí a ratos a lo largo del trayecto. Cuando despertaba mi ventanilla se llenaba de campesinos de verdad dedicados a la faena de convertir en rubias cabelleras a las fibras que extraían del fique en un truco de evolución de un elemento vegetal en un elemento animal, de bloques de azufre que los indígenas desprendían de los yacimientos cercanos a la carretera y que en mi calenturienta imaginación se tornaban en inmensos bloques de oro, de volcanes que a lo lejos emergían como conos de helados para los niños de los gigantes que sin duda debían retozar en el parque natural de Coconuco, donde la semana de la Creación no había terminado aún, de cascadas blancas como la leche que hacían suponer que remontando el río que las producía se llegaría al País de Jauja, de las nuevas mañanas de este día, que volvía a comenzar con frío y niebla cada vez que el vehículo atravesaba el lomo de una cordillera, de un silencio y una soledad tales que contradecían al cabo de los siglos a Cristóbal Colón, puesto que -habiendo dejado atrás el borde dela “Tierra Plana- nos desplazábm0s por el vacío infinito.*

*Quizá eran las dos de la tarde (no podía precisar con exactitud la hora porque los campesinos no usamos reloj, porque por esos parajes me faltaba la referencia cotidiana de la actividad y el devenir de la gente, porque el autobús no tenía -curiosamente- el consabido y bullicioso radio) cuando una patrulla del ejército -que de tanto espera en el lugar ya hacía parte del paisaje- nos detuvo.*

*Abiertos de piernas y con las manos en la cabeza (se diría relojes de sol, que tanta falta me hacían para calcular el tiempo) todos los pasajeros fuimos colocados a empellones a un lado de la vía mientras que, primero, los soldados iban directamente -y descartando de plano los otros bártulos- hacia la caja con las municiones, que abierta a culatazos dejó salir, para que brillaran en el suelo a modo de monedas para un comercio pavoroso y secreto, los proyectiles, y segundo, el sargento pronunciaba mi nombre a gritos, enmarcándolo con su tono de voz entre dos signos de interrogación que parecían garfios para colgar carne.*

*Enmudecido por la sorpresa y el terror alargué mi mano (cuidando que no se notara que carecía de los callos propios de las de los campesinos y rezando para que el afeite hecho con betún remedara a la perfección la negrura que deja la tierra entre las uñas) y le entregué al comandante de la patrulla una tarjeta sucia y arrugada en la que mi firma era ininteligible, verdadera mi huella dactilar y tan apócrifa mi fotografía que podía ser la mía o la de un hombre que hubiese muerto ya o no nacido aún.*

*Ambientados por un bosquecillo de naranjos polvorientos que no sólo expelían su aroma sino una musiquilla hecha con viento y rozar de ramás como en una película gótica, los minutos que duró mi interrogatorio están durando todavía.*

*Como no me encontrasen, los soldados nos permitieron proseguir luego de insultarnos y quedarse con algunas de nuestras pertenencias.*

*Girando en sentido contrario al de las manecillas del reloj, y pasando por Ibagué y Armenia, emprendí un viaje circular de dos días para regresar a Cali una noche cegada por la lluvia y la tormenta.*

## **78**

Fernández se ha prometido que tendrá éxito en el propósito de olvidar a la joven, que logrará domar el potro que representa echarla siempre de menos, pero cuando emplea este símil su mente acalo-

rada se le llena de las acepciones del término, conformando en su imaginación un monstruo que es al tiempo Marina, un instrumento de tortura y un mustango que relincha y se encabrita.

También se ha dicho a sí mismo que tendrá que superar la necesidad de contemplarla en clase todo el tiempo, aunque se sepa un habitante de un continente con sólo dos regiones: la selva feraz y pródiga que remata en el mar si Marina está presente, y el yermo y vasto desierto plagado de alimañas si no la tiene a su lado.

## 79

*Los agentes secretos del ejército entraron dos veces en mi apartamento: abriendo con su llave maestra e inmiscuyéndose en mi sueño, en el que cuatro hombres me alumbraron a los ojos con sus linternas -como se hace para cazar cocodrilos en la noche- y me llevaron preso con mantas y todo.*

*La escena fue grotesca: en mi indefensión e impotencia yo continué soñando durante algunos segundos que lo que ocurría, ocurría realmente en mi sueño; para comprometerme más, los agentes (que en su afán por parecer “civiles” exageraban su vestimenta de ciudadanos con trajes pasados de moda dos lustros atrás y horribles corbatas de payaso) se movían muy rápido colocando bajo la cama y detrás de los armarios explosivos, armás y propaganda subversiva.*

*Apenas tres días después, leyendo un periódico en los calabozos militares, me enteré de que las autoridades habían desbaratado un complot comunista allanando mi vivienda y decomisando (como se veía en la fotografía) las pruebas del terrible propósito.*

## 80

A Fernández todos los días se le han convertido en sábados, pero no en el sentido de antaño, cuando la expectativa por la visita a la joven los tornaba interesantes, nerviosos e impredecibles, sino en los

eternos, solitarios y aburridos que le resultan éstos ahora que ya no frecuenta la casa con los dos tulipanes africanos.

Las veces que no asiste a clase, permanece recluído en su apartamento; sentado todo el tiempo en el sanitario leyendo viejas revistas de contenido trivial. Mientras tanto el desorden de la cama sin tender, de los cuartos sin barrer, del polvo sin sacudir, de los platos y cubiertos sin lavar se ha ido apoderando del lugar como la maleza de una parcela abandonada, como el engendro del cuento de Cortázar.

Cercado por la suciedad y el abandono lo invade la nostalgia de un tiempo que no fue: es decir, lo invade la nostalgia de la nostalgia.

## 81

*Al finalizar mi interrogatorio el coronel González (todos los comandantes de guarniciones militares se llaman González y en el caso de otras latitudes algo parecido, por ejemplo Golodkowski) concluyó -más a la manera de un psiquiatra que de un alguacil- que yo era cándido, astuto y cobarde.*

*Cándido, porque a pesar de la doble celada del Partido en contra mía continuaba pensando que me rescataría o enviaría al menos un abogado en mi defensa; astuto, porque para evitar ser torturado y posteriormente “desaparecido” le conté, primero, que en la trastienda de una talabartería de la calle diez imprimíamos la literatura subversiva y, segundo, le di la dirección de un quirófano secreto en el barrio Bretaña donde atendían a los guerrilleros heridos en combate; cobarde, porque aunque el único tormento que recibí consistió en ser despertado continuamente durante tres noches por un sargento que me preguntaba si dormía bien, reunido en el patio con los demás prisioneros me quejaba y renqueaba para hacerles creer que mi delación había obedecido al terrible sufrimiento a que me sometieron.*

*Llevado posteriormente ante un juez civil fui condenado a cinco años de prisión. Me adapté con cierta facilidad a la vida de la cárcel gracias a las pobres comodidades que me brindaba mi status*

*de delincuente político, tales como poder leer revistas viejas, usar sanitario que aseaban cada quince días, utilizar jabón para lavarme y lavar mis sábanas. Pero me costó muchísimo esfuerzo dejar de impresionarme por un sueño casi cotidiano en el que era abandonado a mi suerte por mis camaradas del Partido en una selva profunda, y superar el sentimiento que me llevaba a considerarme a mí mismo a la vez infeliz y ominoso, como alguien que, por ejemplo, es sordomudo además de asesino. En cambio, fue superior a mis fuerzas y voluntad la pena que sentía por el destino de mis padres, que murieron por la vergüenza que les causó mi arresto.*

## 82

Ahora Fernández despierta temprano y duerme menos pese a que se acuesta tarde y abatido por la certidumbre de su soledad, de su vejez prematura, del poco tiempo que le resta para vivir esa vida tan árida que lleva, de la necesidad de doblegar su orgullo y abordar de nuevo a Marina.

Al cabo de un tiempo decide no luchar más. Toma por fin la determinación que lo humilla y libera: le escribe una nota a la joven. Pero todavía se acongoja un poco más: pensando en cómo hacérsela llegar sin que su madre la intercepte, sin que sus alumnos se enteren; tratando de economizar la energía que le cuesta enviarla, imaginando la energía que se ahorraría con no hacerlo.

Por fin, después de mucho cavilar, se le ocurre un medio para que la nota llegue a Marina, y que de tan fácil y expedito le costaba concebirlo: simplemente, la anexa a su copia del cuestionario del examen que le practica al curso.

Un esfuerzo mayor -que le demanda gran empleo de agudeza, síntesis y cuartillas desechadas- representa concretar el texto: “Te espero mañana a las tres en el estacionamiento, junto a mi auto. Por dios, no faltes”.

*No alcancé a cumplir los cinco años de condena: mi buena conducta y mi actividad alfabetizadora me merecieron una rebaja de siete meses.*

*Libre ya, la felicidad no estalló en mí con grandes emociones como tantas veces -dedicado a este único pasatiempo posible- lo imaginé en la estrechez de mi celda cada vez con detalles más precisos y exultantes.*

*Vivir por fuera de la prisión fue al principio para mí un reto más difícil que vivir en ella: no haber encontrado en el exterior ningún apoyo moral o económico representó una sensación idéntica a la de naufragar asido a un pequeño madero o a la que produce el aviso del médico de que se padece una enfermedad mortal de la que sólo se cura uno de cada cien pacientes. Pero como durante los años de militancia proscrita había ejercitado la supervivencia, pude arreglármelas con la idea de que era un inmigrante recién llegado a un país extraño, y con algunos ahorros que, inmovilizados en un banco durante el tiempo de mi encierro, se habían multiplicado considerablemente.*

*Más tarde dí clases a domicilio para niños torpes en una escala muy amplia puesto que mi desesperación -al contrario como sucedía con mis alumnos- me volvía genial y me permitía incluir en ella asignaturas que iban desde la aritmética, pasando por la ortografía y el canto, hasta la apologética.*

*La A escarlata e invisible que portaba en mi pecho en calidad de antiguo comunista resultó concreta y tangible para los comités de los partidos tradicionales, que no quisieron siquiera considerar mi posible vinculación a ellos ni muchísimo menos hubiesen considerado mi secreta aspiración de convertirme de inmediato en uno de sus dirigentes.*

*Un día leí en un diario local la convocatoria a un concurso para ocupar la vacante de profesor de español en la Universidad del Valle. Tres horas completas gasté en la operación de convertir en decoroso mi*

*único traje de paño azul el día anterior a mi examen, al que por cierto me presenté desanimado y pesimista, por causa del convencimiento de que mi pasado político sería un factor en mi contra.*

*Posteriormente comprobaría que mi antigua militancia había obrado, justamente, en mi favor: en 1971 un Rector reaccionario logró expulsar del plantel a casi todos los profesores marxistas, y aunque un posterior movimiento estudiantil dió al traste con él, subsistían enclavados en la administración y en la academia sectores de derecha que vieron en mi condición de renegado un excelente y útil candidato y me facilitaron extraordinariamente el ingreso pese a que los resultados de mi examen y entrevista habían sido no sólo buenos sino magníficos comparados con los de los demás concursantes.*

*Las deprimentes sensaciones de no pertenecer a ningún grupo político (idéntica a la de una mujer vieja, virgen y pobre de no llevar el apellido de un esposo) y de sentirme socialmente como si fuese un leproso resultaron compensados con creces por un sentimiento excepcional: el de no necesitar su apoyo ni verme obligado a rendirle pleitesía a sus dirigentes para garantizar mi permanencia en la Universidad del Valle. Aquí únicamente valían la responsabilidad y la capacidad docente y en retribución a ellas un año después de mi vinculación fui premiado con una beca para cursar un postgrado en lingüística.*

## 84

Aunque Fernández imaginó (al igual que Zenón de Elea, que postula que nada ocurre en el universo y ejemplariza su turbadora afirmación con la carrera que Aquiles no pudo ganarle a la tortuga) que este día no llegaría, llegó. Estalló en su alcoba manchándolo a él y a sus cosas con una pegajosa luz.

Dado que no le correspondía dictar clases, permaneció hasta las dos y cuarenta y tres en su apartamento, y a la manera de una matrona arregló su ropa, limpió y barrió aquí y allá y preparó de una vez sus tres comidas.

Justo cuando el conserje corrió la reja metálica que le daba al edificio esa apariencia de cárcel, le invadió el temor o el arrepentimiento. Estuvo a punto de devolverse y sepultarse bajo la tumba endeble de la penumbra de sus cobijas y sus cortinas. Para poder superar su indecisión recurrió a uno de sus particularísimos mecanismos: ponderó la suya en tanto que disminuyó otras indecisiones famosas, como la de Hamlet, Cristo y los conspiradores contra Julio César.

Recordó (no podría nunca dejar de hacerlo) sus famosos recorridos sabatinos hasta la casa de Marina. Ahora que ya ha padecido sus consecuencias comprende por fin que la lluvia que casi siempre lo acompañaba era una premonición de sucesos infaustos. Entonces se alegra de que no llueva, aunque no esté seguro de que ésto suceda: de algún modo se le parece un aguacero los mínimos y redondeados rayos de luz que se cuelan como gotas por entre las hojas de los árboles que -sembrados en los separadores- bordean o dividen en cuatro a la calle Quinta.

Sube -como siempre- por la cuesta sur de las dos que conducen a la Universidad, y va tan alterado por el inminente encuentro con la joven que lo abordan dos impresiones metafísicas: siente una enorme fatiga, como si ascendiese utilizando sus musculos y no un medio mecánico; piensa que aunque lo ve, ya no está allí el restaurante al que invitará dentro de poco la joven.

## 85

Con velocidad e imprudencia desacostumbradas, Fernández abandona la calle girando hacia el estacionamiento, que es un arco iris terrestre por causa de la luz que rebota en autos de todos los colores.

El siempre se ha vanagloriado de su orden y costumbres rutinarios que le dejó de herencia la rígida disciplina del Partido. Lejos de considerarlos hábitos alienantes, tiene razón para llamarlos virtudes cuando, por ejemplo, se desplaza con éxito en su apartamento y en su cubículo de profesor a pesar de la falta de fluído eléctrico. Ha llegado

a pensar que podría vivir en un mundo sin sol gracias a su obstinación por el detalle, pensamiento que en ese instante se refuerza porque cuando dirige su auto al lugar donde siempre lo aparca encuentra a Marina esperándolo.

Reflexiona de nuevo sobre la idea del eterno retorno, del perpetuo recomenzar, que pregonaran Pitágoras, Nietzsche y Eliade puesto que ella viste la bata que usaba cuando la conoció y -para que el círculo se cierre, para que la realidad se complemente a sí misma- otra vez se trasluce dejando entrever las piernas de la joven.

Se baja del auto temeroso de que el hermosísimo espectro desaparezca; temeroso, también, de que otras personas puedan gozar del resplandor de su vestido, de esas piernas que, por cuenta de la luz que llena hambrienta el declive que hay entre el estacionamiento y el Hospital Universitario, parecen los árboles de un mínimo bosque al momento de la aurora boreal.

El gesto de abalanzarse sobre ella para tapar la luz que transforma sus piernas en una lámpara antropomorfa recuerda el acto reflejo de cubrir con una manta a quien se halla desnudo, y recibe pese a su naturaleza egoísta un premio inesperado: el olor de Marina le produce la efectiva certeza de penetrar en un bosque en la mañana: huele a nuevo, como si la acabaran de hacer, como si hubiese nacido de una vez crecida y adulta.

-¡Hola, cariño! -dice, saludando al profesor, quien no acierta a precisar si se trata del ser más adorable, sibilino o astuto. No se explica cómo ella puede comportarse tan serenamente después de lo que ha sucedido, pero se alegra de su insolencia y se convence de que sería ridículo insistir ahora con su rencor. Decide, mejor, imitarla.

-¡Me moría de las ganas de verte! -exclama, copiando el talante de la joven, que cree más atrevido que sincero, pero sintiendo reales deseos de fundirla con un abrazo a su cuerpo.

En el colmo de la felicidad (de esa imposible que sólo experimentan los niños o se vive en sueños) siente que su mano le aprieta

la suya y se deja conducir así algunos pasos alrededor de su auto, preocupado de que sus superiores o sus alumnos lo sorprendan en sus escauceos amorosos.

Penetran en el Volkswagen (que se convierte en otro objeto: un cubo o un cofre), pero el calor los sofoca. Deciden, entonces, dar vueltas por ahí.

Callados -y dándose tiempo para ventilar sus asuntos- se van por las calles gozando los paisajes de la ciudad, que es la más hermosa, que posee el derecho -exenta como está de la polución atmosférica- de proclamarse, en una versión modesta, “La ciudad luz” o “La región más transparente”.

Afásico y expectante, el profesor espera por más de dos horas a que la joven -en el papel que él le asigna de enfermera de su alma- lo alivie. Y así sucede: al momento de detenerse en una esquina más de lo normal para gozar la sombra que procura (como otro clima, como la ribera de un río) una ceiba sembrada antes de que Colón naciese, ella pregunta:

-Bueno, ¿y qué has pensado de lo nuestro? -al tiempo que lo fusila con su mirada, que no sólo posee la capacidad de matarlo varias veces, sino de resucitarlo por un número igual.

-¿De lo nuestro...? Se más específica, pues lo nuestro es todo para mí... ¡Es más que la vida! -exclama el profesor, adulado, conmovido, sincero.

-¡Qué lindo! -responde ella mientras le acaricia con sus dedos la boca de Fernández, que se contrae en un mohín infantil.

-¡Si, tienes razón. Lo nuestro es todo, pero me refiero a la propuesta que te hice -musita con calma la joven, como si hiciese apenas un comentario sobre el estado del tiempo, como si no supiese que en este diálogo se le va la vida al profesor.

-Aclaremos un poco más a qué propuesta te refieres -dice el profesor, por demás consciente de qué alude su alumna, pero invadido por la sensación de que hace mil años conversó con Marina al respecto.

–A la propuesta de estar con mi mamá y luego conmigo -responde ella, tranquila, amoral; como un líquido dispuesto a tomar la forma del recipiente en que a bien tuviese Fernández envasarlo.

–He pensado que anhelo con el alma lo segundo y abomino lo primero -dice el profesor, tratando de copiar la fría e impersonal inflexión de la joven.

–Lo entiendo muy bien... pero esa actitud equivale a retractarte de nuestro convenio.

–¿Cuál convenio?

–Del convenio de que accederías a estar con ella como premio a la confesión que te hice acerca de que mi mamá me obligaba a llevarte a casa para aprovecharse de tí... y que pese a eso yo te amo entrañablemente.

–Que me acuerde, no hemos llegado a ningún acuerdo -dice el profesor, haciendo, sin proponérselo, un juego de palabras-. Por lo demás, no estaría dispuesto a darle a lo que sería el acontecimiento más placentero de mi vida un cariz de sacrificio bíblico... de esos que implican una resurrección feliz después de un martirio infame.

–Que lástima... Yo creí que tácitamente habíamos llegado a un acuerdo a raíz de mi acto de sinceridad... y arrepentimiento, pero veo que es una falsa impresión.

–Hablando de impresión, ¡yo también tengo una! -dice el profesor, oportuno y con los ojos iluminados por chispas de inteligencia.

–¡Dime de qué se trata? -pregunta con desgano la joven, dejando que su mirada se vaya detrás de los grupos que abandonan las fábricas, las oficinas y los almacenes.

–¡De que tu confesión sobre el ardid de tu mamá es otro ardid! -dispara, a quemarropa, Fernández.

–¡No entiendo! -protesta Marina.

–Que tu revelación hace parte de un cálculo muy estudiado, que no fue más que una argucia para impresionarme y conmovirme; que lo que persigues con ella es, precisamente, conducirme a tu mamá; que desde un principio planearon las cosas tal como sucedieron y que entre lo planeado estaba tu ilustre confesión, consistía en el toque final.

–¡Mientes...! Eso no es así! -grita la joven, súbitamente rabiosa; con un gesto descompuesto; convertida (para el capricho del profesor) en una bruja demente que se estremece toda, que sacude violentamente su cabello, que golpea con sus manos y frente el tablero del auto. E, igualmente gritando y sin dejar de agitar todo su cuerpo, agrega (para apabullar al profesor, que siente que ha sido imprudente en desatar su furia que es -según su jerga del marxista recién iniciado de antaño- idéntica a la de “los medios de trabajo en sentido amplio”: ríos, vientos, canales y cataratas desbocados cuya fuerza no puede controlar):

–Eres un torpe y un estúpido... un ciego voluntario que sólo vé sombras donde impera la luz: de lo que se trató desde el principio era que me amaras... ¡todo lo demás es la intromisión indebida de mi mamá, a la que estoy sometida y no puedo superar!

Enseguida calla duramente para que hable la proverbial brisa caleña que, caída la tarde, inunda las calles con el aroma de camias y jazmines.

Sólo después de un rato, tímidamente, Marina vuelve a hablar:

–Está bien, aceptemos que te he conducido a una trampa y que mis palabras también lo son... ¡pero es una trampa de la que tú ni yo podemos zafarnos ya! -sentencia y se sumerge de nuevo en su mutismo.

Es una muestra típica de su carácter que, definitivamente, está estructurado para funcionar en círculos como las manecillas del reloj, el profesor conduce, inconscientemente, de nuevo a la Universidad.

Temerosa de que todo concluya allí, la joven le pide que vayan a comer. Fernández obedece y es entonces cuando visitan el restaurante que él vió sin ver cuando subía la cuesta emocionado por la cita, y al que nunca le hubiese gustado concurrir porque ahora recuerda que en el lugar funcionaba anteriormente una funeraria.

Cuando penetran en la vieja casona otra idea acomete a Fernández. Según él -equivocadamente, por supuesto- el restaurante conserva

muchos rasgos del negocio anterior: las paredes pintadas con tonos oscuros en los que predominan el negro y el gris; la predilección por los ambientes lúgubres y la música fúnebre; cierta apariencia macabra en los meseros, que le resultan demasiado delgados, ojerosos y pálidos. Se le antoja preguntarse cuántos cadáveres embalsamarían o velarían en el rincón donde está la mesa que ha escogido; se atormenta con la posibilidad de que los alimentos estén contaminados por los efectos indelebles e infinitos de la descomposición de los cuerpos.

Sin embargo, a manera de compensación por el recelo que experimenta contra el lugar, le traen -antes que el menú y por cortesía de la casa- el único líquido capaz de calmar de verdad la sed: una jarra de sangría bien preparada.

Aunque es una hora temprana para visitar un restaurante, ya hay parroquianos en las mesas y se siente el aroma de salsas y parrillas. El mesero vuelve con el menú que por desgracia está impreso en una cartulina de marrón, color que inquieta al profesor.

Contrario a lo que debía esperarse, él pide apenas un consomé y una ensalada, mientras que la joven (cuyo cuerpo habla de rigurosa dieta) hace anotar tres platos fuertes y dos entradas en la pequeña libreta del hombre.

-¿Y bien...? repite, infructuosamente, cuatro veces Fernández en su empeño de sacar a Marina del mutismo huraño en que yace sumida.

Con insospechada prontitud y a despecho del profesor, las viandas llegan humeantes y frescas (y no verdosas, putrefactas y gélidas, como él suponía). Enseguida -y viendo cómo, paradójicamente, la joven devora su comida en tanto que él sólo prueba su caldo y escoge algunos trozos de verdura- le nace otra inquietud porque sabe muy bien que es una señal de que incuban propósitos malvados las personas que comen muy poco y de repente muestran un apetito voraz.

Decide, por lo tanto, provocar a su alumna, auscultar sus verdaderos sentimientos, e insiste con el asunto que tanto la mortifica:

-Me mantengo en mi punto: ¡tú y tu madre me prepararon una trampa! -le dice, sorprendiéndola a la vez con su alusión repentina y

su insistencia en un tema que ella consideraba aclarado del todo-. Pero si lo hicieron por motivos que consideraron valederos, las comprendo -agrega, contemporizador y temeroso de una reacción demasiado violenta de parte de Marina.

-¡No sé qué hacer contigo! -dice la joven, a manera de protesta-. Si te digo la verdad te enojas; si te engaño, te hago feliz... ¿Qué es lo que quieres?

-Simplemente quiero llegar al fondo de las cosas.

-¿Y hasta dónde llega ese dichoso fondo?

-Hasta donde todo quede absolutamente claro.

-Por Dios, dime de una buena vez ¿qué es lo que quieres saber?

-Tú estabas de acuerdo con tu mamá en el ardid, ¿no es cierto? -pregunta, lentamente; con la inoportuna actitud didáctica de practicarle una prueba académica; necio; con el único objeto de mortificarse.

-¡Ya te dije que sólo lo estaba en parte!

-Pero lo estabas del todo en utilizar tu confesión como una trampa más, como la manera definitiva de presionarme para que aceptara la burla.

-¡No, ya te dije que no! En eso fui sincera, pero si quieres te digo que sí para acabar con todo esto, ¡para permitir que siga la vida! -exclama con desesperación y disgusto la joven.

-Igualmente, tu rabieta de hace rato... y de ahora... son fingidas. Otro truco para obligarme a aceptar lo que ustedes se proponen -agrega, con chocante tono policíaco, el profesor.

Marina vuelve a callar con su estilo tan propio que parece gritarle a Fernández. En las mesas contiguas -que se han llenado del todo- el ruido de cubiertos, lozas, vasos y botellas ensayan a componer una sinfonía a la manera como lo hiciese Haydn con los juguetes.

De pronto, la joven estalla con una frase que conmueve infinitamente al profesor:

-¡Sí, mi disgusto es fingido... con él sólo busco salirme con las mías!

—Así que definitivamente se trataba de que yo me acostase con tu madre y luego tú te negabas a hacerlo conmigo -dice Fernández luego de que su mirada ha vagado largo rato por el cielo raso y los arabescos del mantel; muy triste pero quitándose de encima el enorme peso que le representaba llegar por fin al meollo de su preocupación.

—¡No, eso no...! ¡Verdaderamente yo estaré contigo después de que tú estés con mi mamá! -se defiende con vehemencia la joven-.  
Compréndelo, por favor: ¡te quiero locamente!

Fernández no sabe qué pensar, qué actitud asumir, a qué atenerse. No puede precisar si Marina es del todo sincera o, si por el contrario, miente. Pero descubre de pronto que la verdad no es ahora importante; que, al revés, resulta impertinente; que -como esa otra que, a la manera de su propio espíritu, le insufló el Partido y en la que tanta esperanza puso, en la que tanto confío- es baladí e inútil. Adivina que el destino le brinda la última oportunidad de amar, que después ya no seguirá nada, que si deja escapar esta ocasión ya no habrá otra más para estremecerse, y resuelve, entonces, rendirse -vencerse a sí mismo, sería más exacto-, no luchar, no atormentarse más con dudas y recriminaciones, deponer de una vez sus principios:

—Está bien, estaré con tu mamá... pero, por favor, ¡permíteme estar contigo primero! -concluye claudicante pero sereno.

Marina responde de una manera insospechada: alarga su brazo sobre la mesa, le toma una mano a Fernández y se la lleva a su boca para besársela. Emocionado, el profesor deja escapar algunas lágrimas. Pero tiene aún la suficiente predisposición de ánimo para agregar:

—Si nos amamos primero los dos, tu belleza y mi amor me darán la fuerza para estar con tu madre... y si quieres que ya no nos separemos jamás, me casaré contigo... o con ella.

—Así será... Nos amaremos, mi búfalo hermoso.

Los ojos azules de Marina crean en la penumbra el mar y el cielo diáfanos que el profesor presiente:

–Vayamos el sábado a la costa, pero hagámoslo en la mañana puesto que no podría resistir otra noche de engaño -dice.

## 86

*Fuera de esas informaciones generales y públicas propaladas a través de la radio y los periódicos, no volví a saber nada en forma personal, íntima y directa acerca del Partido ni de sus jerarcas, quienes, para comprobarles a la opinión pública y a las autoridades que no habían tenido nada que ver con mis delitos de tráfico de armás y conspiración, me ignoraron absolutamente, se volvieron invisibles para mí a la manera como sucede en las grandes urbes con las personas que conocemos. En cambio, solía encontrarme en la calle con obreros y estudiantes comunistas que pese a mi denuncia sobre la existencia de una imprenta y una clínica clandestinas (que había causado muchas detenciones en sus filas) me invitaban a tomar cerveza, invitaciones que yo declinaba para evitarles problemás con sus superiores.*

*La actitud que finalmente asumí frente al Partido fue similar a la que a veces asume después de una profunda relación afectiva uno de los miembros de la pareja, que no sólo le perdona al otro haberle roto el corazón, sino que llega a desearle sinceramente que sea feliz y próspero.*

## 87

Por fin aparece Marina y la espera de Fernández a un lado de una gasolinera de la Avenida Roosevelt -calle luminosa de palmeras erectas que a modo de hisopos quisieran pintar de verde el cielo, y que ahora reverbera como si bajo su pavimento hubiesen colocado carbones encendidos- termina.

Vé venir a la joven, que camina alegre y presurosa. Sin embargo, a ratos no la ve o se escandaliza al comprobar que va desnuda: pero todo no es más que un espejismo porque viste enteramente de rosado, en un tono que imita a la perfección el color de su piel y uniforme del mismo color desde su rostro hasta sus mocasines, desde sus pantalones de vaquero hasta el bolso que lleva en la mano.

Penetra en el auto -que es un Volkswagen amarillo por fuera y una sartén por dentro- pero él no se entera de su acción puesto que todavía cree soñar tanto la dicha de tenerla a su lado como la conmoción que le produce el beso que ella le deposita, perenne y quemante como un tatuaje, en la mejilla.

Parten para impedir que -como en el cuento de Grimm- se agote el tiempo fijado para tener este sueño. Se enrutan enseguida hacia el oeste en busca del mar y, de pronto, el profesor vuelve a recordar el Comunismo: piensa (quizá parafraseando una sentencia que olvidó a medias) que hemos tenido suficiente de él como para poder odiarnos los unos a los otros, pero no lo suficiente para poder amarnos, pero que quisiera como antaño contar con la fuerza que en todo trance éste le procuraba, poder utilizar de su ímpetu -capaz de transformar el mundo- aunque fuese un ápice que le sirviese para desempeñarse con decoro en la aventura que emprende.

FIN

## ENRIQUE CABEZAS RHER

Nació en Guapi (Colombia); cursó sus primeros estudios en Buenaventura y Cali; posteriormente viajó a Bogotá para estudiar Sociología y Ciencias Políticas y Administrativas. Más tarde recibió el título de Magíster en Administración Industrial y Magíster en Sociología. Ha sido ganador y finalista en varios concursos de cuentos en su país. Su primera novela, *Miro tu lindo cielo y quedo aliviado*, mereció el Primer Premio de la Bienal de Novela, de la Universidad del Valle. Su novela *La estrella de papel* recibió el primer premio en el concurso de novela “Ciudad de Pereira”, el primer premio en la bienal de novela “José Eustasio Rivera”, y el primer Premio en el concurso “Mundo Visión”. Su novela *Luisa o el infierno rosado*, fue finalista en el concurso Plaza y Janés. Acaba de publicar su novela *El capitán del capitán o la próxima utopía*.



## Programa Editorial

Ciudad Universitaria, Meléndez  
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227  
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>  
[programa.editorial@correounivalle.edu.co](mailto:programa.editorial@correounivalle.edu.co)

**i S i g u e n o s !**



[programaeditorialunivalle](https://www.instagram.com/programaeditorialunivalle)